

# TOLETVM



**BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS  
ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS DE TOLEDO**

**46**

**1.º Semestre**

**TOLEDO**

# RAÍCES HISTÓRICAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ

JOSÉ CARLOS GÓMEZ-MENOR FUENTES  
Numerario

He de confesaros que la elección del tema de este discurso no me ha resultado fácil, porque han sido varios los asuntos que se me presentaron como temas posibles a desarrollar, y no querría defraudaros. Pero ya mis años no me permiten ser optimista sobre mi capacidad de trabajo, y el corazón se inclina por decirnos algo sobre san Juan de la Cruz, ese fraile del que dice el escritor José Jiménez Lozano: «una de las personalidades humanas de que puede enorgullecerse la especie». En efecto, creo que fray Juan de la Cruz debería incluirse entre las diez ó doce personas más eminentes que ha dado al mundo el Siglo de Oro español.

*Juan de la Cruz es ante todo un gran místico.* Pero es muy importante tener una idea cabal y precisa de lo que ello significa. «La palabra mística –sigo al profesor Jiménez Duque– ha alcanzado hoy un noble sentido. Ya no significa sin más el éxtasis somático y fenómenos adyacentes. Ni expresa un nuevo sentimiento», como una de tantas necesidades vitales, sin duda la más radical del hombre. «Por mística se entiende, más universalmente ahora, *el encuentro personal y vivencial del hombre con el Dios personal que se le revela.* El hombre no soporta la finitud temporal que le limita y le asfixia». Por eso el hombre –en algún momento de su vida– sale de sí mismo en busca del Absoluto, del Eterno. «Instintivamente busca a Dios, aún sin saberlo y hasta negándole proclamadamente. Esa búsqueda de Dios es ya un encuentro y un contacto con el Infinito», hoy más necesario que nunca.

Los grandes místicos nos brindan su propia experiencia viva como solución y testimonio del tremendo problema de lo divino.

Solución que vale según la confianza que en cada caso nos merezca el testigo. Afortunadamente, casos de auténticas vidas místicas se nos presentan en número interminable en cada generación humana. Bien cerca hemos tenido a la madre Teresa de Calcuta, cuya grandeza se manifiesta no sólo en su conducta con personas desamparadas, sino en la formulación de sus palabras de oración y unión con Dios. Y en España han sido también muchas las almas místicas a lo largo del siglo XX.

Por eso escribió el gran filósofo y Premio Nobel francés Henry Bergson: «Ellos [los grandes místicos] han abierto una vía por donde otros hombres podrán caminar. Ellos han indicado al filósofo de donde venía y hacia donde iba la vida. Porque el amor que consume al místico no es simplemente el amor de un hombre para con Dios: es el amor de Dios para con todos los hombres. A través de Dios, por El, el hombre ama a la humanidad con un amor divino».

Y una vez dicho esto, añadiré que Juan de la Cruz es obviamente un extraordinario poeta, en un tiempo de grandes poetas, como fray Luis de León, Lope de Vega, Luis de Góngora y Francisco de Quevedo. Juan de la Cruz está considerado por su lirismo, su originalidad y la hondura y belleza de sus versos, el más grande poeta del Siglo de Oro.

Y aún es bastante más; porque fray Juan escribe en múltiples ocasiones en bellísima prosa poética o en ceñida prosa sapiencial. Tiene, además, verdadera alma de artista; es un teólogo genial; difunde un mensaje profético, reformador y santificador; es un hombre bueno a carta cabal. Como hombre dotado de una sensibilidad viva y humanísima, fue también un enamorado de su tierra, Castilla; un enamorado de nuestros cielos azules y nuestras noches



Es éste, a mi parecer, el más notable retrato de fray Juan de la Cruz, obra probable de fray Juan de la Miseria, de 1571-1576. La leyenda *S. Juan de la +* debe ser un añadido a raíz de su canonización en 1726.

Creo que es un retrato muy verídico, cuando el santo tiene treinta ó treinta y cinco años de edad, tomado del natural, si bien en la Orden Carmelitana se cree del siglo XVIII. Se conserva en Alcalá de Henares, en el convento de Carmelitas Descalzas del Corpus Christi.

Los rasgos físicos de fray Juan en este retrato coinciden realmente con el retrato *post mortem* que decora una de las urnas en que estuvo el cuerpo del santo, hoy en el Museo del convento de Carmelitas Descalzos de Alba de Tormes.



De la riquísima colección de retratos de los siglos XVI al XVIII que se conserva de san Juan de la Cruz, hay algunos que sobresalen por su realismo, como éste mismo. Concuera muy bien con las descripciones de aquellas personas que le conocieron en vida y destacan su nariz aguileña y su barba negra. *Barbinegro*, dicen quienes le conocieron.

Los Carmelitas Descalzos de Úbeda conservan otro lienzo, proveniente de Málaga, que tiene las mismas características y es calificado de retrato *primitivo* y de *verdadero retrato*.

serenas, caminante por extensas llanuras, hermanadas en sencillez y austeridad con la vida del asceta.

Juan de la Cruz, que sólo vivió cincuenta años, conoció muchos lugares, ambientes y conventos. Conoció de niño las villas medievales de Fontiveros y Arévalo; la vida estallante de Medina del Campo, corazón mercantil de la vieja Castilla y notable centro de cultura en un momento áureo del Renacimiento español, que constituyó una encrucijada de espiritualidad y de humanismo, de florecido interés hacia todo lo humano; de cultivo del Arte en sus mejores manifestaciones –personificadas, para mi gusto, en las exquisitas obras de Alonso de Berruguete, escultor y pintor– que se entrelazan con la vida personal y tanto influyen socialmente. Pasó cuatro años impregnándose de saberes en la universidad salmantina. Más tarde, ya fraile descalzo, pasa temporadas como formador de espíritus en lugares humildes: Duruelo, Mancera, Pastrana; en Alcalá de Henares, de nuevo en un ambiente universitario, y con más reposo en Ávila, años que terminan abrupta y trágicamente con su secuestro y su estancia de casi nueve meses en una celda y prisión conventual de Toledo. Es el precio que ha de pagar por sus afanes reformadores. Ha podido superar esta prueba dolorosa gracias a una explosión de poesía incontenible. Ha sido una crisis fecunda e iluminadora.

Durante los siguientes diez años, en su constante caminar plantando y rigiendo sus conventos, pasa a Andalucía. Estuvo menos de un año en el desierto de El Calvario, cerca de Beas de Segura, humilde eremitorio en una de las comarcas más espléndidas de la Alta Andalucía, donde el Guadalquivir es aún niño y no pasa de ser una parva corriente de aguas claras y cristalinas, entre montes y sotos agrestes, propios para gozar del contacto con la naturaleza, en la soledad y el silencio, compañeras de la paz del alma. Luego se



instala en Baeza, ciudad populosa, a la sombra de una universidad recién fundada, que conservaba todavía el prestigio y el buen recuerdo de su co-fundador el maestro san Juan de Ávila. Nombrado vicario provincial de Andalucía, funda conventos en Granada y Málaga: aquí contempla por vez primera la maravilla del mar. Estuvo incluso unas semanas en Lisboa, donde de nuevo el mar le acompaña en sus ratos de oración. Al fin vienen los años de máxima madurez y fecunda experiencia en el Carmen de Granada, situado en un bellissimo lugar cerca de la Alhambra, donde escribió sus más hermosas obras, como aquella que llamó *Llama de amor viva*<sup>1</sup>, comentando el poema de sólo 24 versos, exquisitos, que todos conocéis pero os gustará recordar, y dicen así:

*¡Oh llama de amor viva  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro! ,  
Pues ya no eras esquiva,  
acaba ya, si quieres;  
¡rompe la tela de este dulce encuentro!*

*¡Oh cauterio suave!  
¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado  
que a vida eterna sabe  
y toda deuda paga!  
Matando, muerte en vida la has trocado.*

*¡Oh lámparas de fuego,  
en cuyos resplandores  
las profundas cavernas del sentido,*

---

<sup>1</sup> Donde Juan de la Cruz entiende por *llama* el amor del Espíritu Santo, que perfecciona el alma, que queda transformada en el mismo Dios.

*que estaba oscuro y ciego,  
con extraños primores  
calor y luz dan junto a su Querido!*

*¡Cuán manso y amoroso  
recuerdas en mi seno  
donde secretamente solo moras!  
Y en tu aspirar sabroso,  
de bien y gloria lleno,  
¡cuan delicadamente me enamoras!*

\* \* \* \* \*

La vida e historia de san Juan de la Cruz fue breve en el tiempo, pero larga de contar y muy difícil (casi imposible) de resumir. Por eso he debido elegir algunos temas que presentan cierta novedad, y prescindir de otros muchos de su vida auténtica, hasta su muerte en Úbeda un día de diciembre de 1591, asistido por un grupo de fieles amigos seculares y de sus hermanos carmelitas descalzos.

Hablaremos, pues, de sus orígenes familiares y culturales, basándonos en nuevos documentos, no en vagas alusiones y tradiciones de sus recientes biógrafos de los siglos XIX y XX.

Su lugar de nacimiento fue la villa abulense de Fontiveros, tierra de Ávila, en una fecha que ignoramos con exactitud, en torno al año 1541. Fontiveros era entonces un lugar privilegiado porque en aquella extensa planicie llamada la Moraña, perfectamente cultivada, se recogían copiosas cosechas de trigo, cebada, azafrán y de un vino de alta calidad. Esta comarca castellana entre Ávila, Salamanca y Segovia, estaba considerada el granero mayor de Castilla, y tenía su centro geográfico precisamente en Fontiveros.

Esta villa de 2.000 habitantes tenía un fuerte núcleo nobiliario, con no menos de cuarenta casas de hidalgos, entre ellos algunos caballeros de Santiago. Uno de éstos era don Diego de Sandoval, con el cargo de «veedor general de las galeras y gente de guerra de Su Majestad», es decir, proveedor e intendente general del Ejército real.

En una conocida declaración, Francisco de Yepes, hermano mayor de Juan de la Cruz, informó sobre su familia literalmente así: *Los padres del padre fray Joan de la Cruz fueron naturales de Toledo. El padre era noble: llamábase Gonzalo de Yepes. Su madre se llamaba Catalina Álvarez. Fuimos tres hermanos: el menor fue el padre fray Joan. Vinieron su padres a vivir a Ontiveros, donde casó con la dicha Catalina Álvarez pobremente. Pobremente parece subrayar Francisco; adverbio bien expresivo, en contraste con las fastuosas bodas de muchos fontiveresños ricos, como era costumbre en aquel tiempo.*

Sabemos, pues, que Juan de Yepes, que luego trocó su nombre por el de Juan de la Cruz, nació cuando aún vive el Emperador y Rey don Carlos. El año exacto de su nacimiento no se conoce, pues el libro de Bautismos se quemó en un incendio que arrasó la Capilla bautismal de la iglesia de Fontiveros en 1546, pocos años después de nacer Juan.

Su padre, Gonzalo de Yepes, era noble, es decir, gozaba de la condición de hidalgo, entonces muy deseada y compatible con la pobreza. En rigor, Gonzalo pertenecía a una familia de clase media, prestigiosa y con bienes propios –aunque expoliada por la Inquisición–, residente en la villa toledana de Torrijos, donde poseía tierras, entre ellas algún olivar, y un molino de aceite junto a la Puerta de Gerindote. Esta familia tenía ramas en Toledo y en la villa

de Yepes. El abuelo paterno del santo se llamaba también Gonzalo y aún vivía en 1497 en Torrijos con su esposa Elvira González, según sabemos por un documento inquisitorial. Algunos otros documentos, por fortuna conservados, revelan sin género de duda el origen judeoconverso de esta familia.

Gonzalo de Yepes tuvo al menos cuatro hermanos, que son los siguientes: el bachiller Diego de Yepes, sacerdote vinculado toda su vida a la iglesia parroquial de Domingo Pérez, pueblecito cercano a Torrijos y perteneciente al señorío de Santa Olalla, del que eran señores en el siglo XVI los condes de Orgaz; Hernando de Yepes, que vivió también en Torrijos, hombre casado y con hijos; el licenciado Juan de Yepes, médico, que ejerció como tal en Gálvez, durante al menos ocho años; y una mujer, Aldonza Álvarez, casada con Álvaro de Madrid, de familia de mercaderes, matrimonio que dejó larga descendencia en toda la comarca torrijeña. Mucha información nos proporcionó el largo testamento del bachiller Diego de Yepes, que hallé en el Archivo Diocesano de Toledo, y dí a conocer en la revista *Monte Carmelo*.

El médico licenciado Juan de Yepes estaba casado con Inés Hernández, natural de la villa de Ajofrín; tuvieron dos hijos, Juan y Diego de Yepes. Este último fue sacerdote y tenía bienes rústicos heredados de su madre. Se licenció no sabemos en qué universidad, y escribió algunas obras históricas, correctamente escritas. He hallado su testamento, aún no publicado. Alcanzó avanzada edad y residió los últimos años de su vida en la villa de El Viso de San Juan, cerca de Illescas, con su sobrina doña María de Yepes, que había casado con el escribano público del lugar.

Parece ser que Gonzalo, padre de san Juan de la Cruz, y el licenciado médico de Gálvez, fueron los más jóvenes entre sus her-

manos. Gonzalo, nacido en los últimos años del siglo XV, contaría alrededor de los veinte de su edad cuando estalla la rebelión de las Comunidades castellanas. Se trata (como sabéis) de una contienda civil que se inicia en 1520, primero con alborotos muy localizados; luego, durante unos seis meses, con duros enfrentamientos armados. La causa fue no una sino varias: una protesta contra la camarilla de cortesanos flamencos que rodeaba al joven Rey y a quienes éste ha entregado los cargos mas lucrativos y honoríficos, como el arzobispado de Toledo. Los comuneros, cuyos representantes eran la mayoría de los jurados y regidores de las ciudades con representación y voto en las Cortes de la Corona de Castilla, reclamaban una mayor autonomía en la actividad municipal. A la vez se quería presionar al monarca para que residiera siempre en España, como habían hecho siempre los Reyes Católicos, pues su nieto y heredero parecía llamado, como así fue, a regir el Imperio, y en consecuencia, estar siempre ausente de sus reinos peninsulares. Contra esta previsible ausencia, que convertiría los reinos hispánicos en meros satélites del régimen imperial, se alzaron los regidores y jurados de los ayuntamientos, constituidos en Santa Junta Comunera. Esta se hizo con el control político de amplias comarcas de las cuencas del Duero y del Tajo, más algunas zonas andaluzas.

Tal vez las desventuras de Gonzalo de Yepes, y en primer lugar su pobreza, se deban a su participación en la lucha comunera. He visto documentos que demuestran el apoyo decidido de gran parte de los mercaderes toledanos, y en concreto, de los Yepes residentes en nuestra ciudad, a los regidores y jurados. Los hidalgos tenían que participar en las guerras con caballo y armas propias y sufragándose otros gastos. Además, Torrijos es un señorío de doña Teresa Enríquez, prima del Emperador y partidaria sin duda del régimen señorial, y por tanto, contraria a los intereses y proyectos de reforma que propugnaban los comuneros. Gonzalo de Yepes, en la edad

más conveniente para tomar parte en el ejército de la Santa Junta, pudo ser víctima, después de la derrota de los comuneros, de la acción represiva (que existió y fue muy dura) de los alcaldes ordinarios de Torrijos, que lo desterrarían del señorío, poniendo en desairada situación a sus parientes. No son, éstas, hipótesis improbables, sino razonables y sensatas. De ser así, los hermanos de Gonzalo se habrían distanciado de él incluso antes de su matrimonio con la joven tejedora de Fontiveros, tan aborrecida de ellos.

En cualquier caso, Gonzalo debió instalarse en la villa hacia 1526 o poco después. En Fontiveros vivían sin duda muchos comuneros, entre ellos varios Maldonado, que tal vez le protegieron. Todo hace pensar que Gonzalo ejerció de factor a las órdenes de algún mercader fontiveroño, vinculado acaso a las actividades de la dueña de los telares donde trabaja Catalina Álvarez.

De ésta no conocemos ningún dato familiar. Se dice que era huérfana y fue llevada muy joven desde Toledo por una señora noble de Fontiveros que tenía en su casa unos telares, de cuyo fruto vivía.

Un biógrafo antiguo de san Juan de la Cruz, fray Alonso de la Madre de Dios, carmelita descalzo (apodado el Asturicense por haber nacido en la diócesis de Astorga), cuya obra quedó inédita a su muerte en 1635, considerada hoy como un último borrador, acuñó una frase notable, muy barroca, para dar una idea de la personalidad de Catalina Álvarez. Dice: «Hablando [en Fontiveros] con tres personas viejas que habían conocido a [...] Catalina Álvarez, supo [este testigo] que, además de ser esta señora hermosa, su mesura, honestidad, retiro y apacibilidad con las de su calidad, en que era envidiada y amada de ellas, su término noble mostraba ser bien nacida». Ensalza así las virtudes de Catalina, afirma que su

conducta y comportamiento eran propios de una persona noble (eso significa «término noble»), de donde deduce que era «bien nacida», es decir, de noble linaje; pero no dice explícitamente nada concreto sobre su origen familiar, que queda en la oscuridad.

Somos muchos los que creemos que el rechazo tenaz de los Yepes torrijeños hacia Catalina Álvarez, de que nos informa claramente fray José de Velasco (biógrafo de los hermanos Francisco y Juan de Yepes), tiene su explicación en los muy probables orígenes moriscos de esta joven, circunstancia muy frecuente en su tiempo, tan próximo a los años de la última fase de la guerra de Granada, que produjo un gran número de huérfanos y mujeres cautivas. Algunas de ellas habían gozado anteriormente del *status* de nobles en la sociedad nazarí, y fueron acogidas como esclavas y criadas en los hogares de los castellanos vencedores en aquella guerra. Hay muchas huellas de ser así. Catalina Álvarez debió nacer entre 1500-1505; por tanto no conoció aquella cruel guerra, pero pudo pertenecer a una segunda generación de cautivas, criadas en un hogar cristiano, bautizadas y educadas como cristianas. Este hogar pudo ser el del algún deudo o conocido de la noble viuda que la trajo de Toledo siendo niña y la emplea en sus telares domésticos. A su orfandad pudo contribuir la epidemia de peste que se abatió en la región toledana entre 1505-1507 y causó enorme mortandad, pues coincidió con terrible sequía y malas cosechas.

Probablemente Catalina está prohijada o ahijada por la viuda del telar, que la dotaría al casarse, como era usual, con una modesta suma de algunos miles de maravedíes: alrededor de cinco mil. Tal dote constituía legalmente una especie de seguro familiar.

Gonzalo de Yepes y Catalina Álvarez, casados hacia 1527, vivieron unos años en Fontiveros del trabajo de sus manos. Los tela-

res de la viuda producen «buratos», que no son propiamente, como algunos afirman, unos vulgares crespones de luto, negros, sino *unos velos o cendales de seda, generalmente de color blanco, muy tenues y delicados*, usados en sus tocas por las damas ricas de los siglos XV y XVI, pues los buratos son artículos de lujo. La misma reina Isabel usó toda su vida estos velos, como podemos comprobar por su abundante iconografía; así por ejemplo, en su admirable retrato que se conserva en el Palacio Real de Madrid, obra eminente de Juan de Flandes.

El trabajo de un tejedor de buratos era un oficio artesanal muy monótono, aunque llevadero. Este trabajo estaba bien remunerado, pero dependía de los encargos de un mercader, que entregaba al tejedor la costosísima materia prima, que era el hilo de seda, más algo de lana muy fina de corderos lechales, lana que se usaba para reforzar los extremos de la tela fabricada en estos telares. Por todo ello, cuando un tejedor recibía un encargo, era normal que laborase a destajo unas doce horas diarias.

Gonzalo de Yepes no pudo ser un hombre vulgar e inculto. Tenía dos hermanos universitarios. Como todos los hijos varones de una familia burguesa de la época, se les enseñaba precozmente a leer y escribir con toda corrección, y los conocimientos de cuentas usuales en su tiempo. También aprendían el latín que era imprescindible como vehículo de la cultura en su ambiente, tanto para el eclesiástico como para el médico y el legista, e incluso muy usado en la documentación notarial mercantil en algunas ciudades, como Valencia y Barcelona. Como ocurrió en la familia Yepes, a cada hijo se le destinaba para una carrera distinta: clerecía, leyes, medicina o el oficio de mercader. En este último caso, se le preparaba para conocer las monedas, su valor real (que dependía de su peso) y todos los problemas del cambio de moneda; luego aprendía los



secretos de la economía de mercado, reglas de la oferta y la demanda, fabricación y distribución de mercancías, y otros aspectos teóricos y prácticos, como fianzas y pagos en las ferias, todo ello al lado de un mercader experimentado, casi siempre familiar. El mercader que carecía, al menos de momento, de bienes propios, se veía obligado a servir a otro mercader, y en este caso se le llamaba factor.

Gonzalo de Yepes debió de estar casado hacia 1527 y moriría unos quince años después, hacia 1543 tras una enfermedad que le dura dos años, según Velasco. Esta parece ser la causa de agotar los pocos caudales de su casa, precipitando al hogar de los Yepes fontiverreños en verdadera pobreza. Coincide este hecho luctuoso con unos años muy duros de esterilidad generalizada en Castilla, entre 1540-1543. Queda así sola Catalina Álvarez con tres hijos pequeños; el mayor, de doce ó trece años, pues nació en 1530 según cálculo de su biógrafo padre José de Velasco. Este escritor pone en estos años la mayor necesidad de la familia tras la muerte de Gonzalo, y un viaje de todos ellos al reino de Toledo, concretamente a Torrijos y Gálvez, para buscar ayuda de los hermanos del fallecido Gonzalo. Quería Catalina dejar a su hijo mayor en casa de alguno de sus cuñados. No lo consigue del clérigo bachiller Diego de Yepes, pero sí (al menos por el momento) del licenciado Juan de Yepes, médico en la villa de Gálvez, casado y a la sazón sin hijos. Después de lo cual regresa Catalina a Fontiveros, donde poco después se le muere su hijo segundo, Luis, que tendría por entonces unos diez años.

El hijo mayor, Francisco, es un caso especial de personalidad neurasténica, de gran emotividad. Puesto a la escuela, no logra el maestro que aprenda a leer y escribir normalmente. Se trata de un caso de dislexia, que le impide el aprendizaje de la escritura. Sí aprendió bien el oficio de tejedor de buratos. Sin madre le puso,

indudablemente bajo contrato, con un maestro del arte de la seda, en la cercana villa de Arévalo. Allí viviría en familia con un maestro tejedor que le perfeccionaba en su oficio, como era caso frecuentísimo. Un incidente, que narra con detención el P. Velasco (confesor de Francisco en la ancianidad de éste), debió obligar a Catalina Álvarez a trasladar su domicilio a Arévalo, para controlar mejor el carácter alegre y algo despreocupado de Francisco. Por tanto, y según Velasco, toda la familia –madre y dos hermanos– vivieron una larga temporada en Arévalo. Por entonces, contando Francisco unos 18 años, su madre le casó con una joven natural de Muriel llamada Anna Izquierda. Francisco, a pesar de su personalidad algo neurótica, manifestada en sus escrúpulos y rarezas, que le duraron toda su vida, fue un hombre de firme voluntad, muy caritativo, cumplidor ejemplar de sus deberes cristianos, constante en la oración, siempre obediente a su director espiritual (se fueron sucediendo varios a lo largo de su vida, la mayoría jesuitas; el último fue su biógrafo padre José de Velasco, carmelita). Así transcurre su vida en Medina hasta su muerte en 1607, ya viudo y con una sola hija, monja en Olmedo. Su madre, Catalina fallece en 1580, tal vez durante una epidemia de gripe maligna.

De Francisco, se sabe que hizo al menos tres visitas a su santo hermano, en Duruelo, Granada y Segovia. Por su recia fe, su conducta caritativa y tenaz oración, Francisco de Yepes gozó de verdadero prestigio personal y fama de santo, que rebasó los límites de la comarca de Medina, llegando incluso al confesor de la reina doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III. Gracias a sencillas alusiones del padre Velasco conocemos nombres del grupo de personas en contacto epistolar con Francisco, entre ellas doña María Maldonado, de la familia de los Abarca-Maldonado, salmantinos, parientes de la familia De la Fuente y Yepes vecinos de Toledo. Doña María Maldonado era dama de la Cámara de la Reina y esta-

ba casada con don Fernando de Ojeda, oidor de la audiencia de Sevilla; era bisnieta del doctor Hernando Abarca-Maldonado, médico de Cámara, y sobrina nieta de don Diego Abarca-Maldonado, limosnero mayor de la princesa doña Juana, Reina de Portugal y madre del rey don Sebastián. De esta familia fue Francisco Maldonado, regidor de Salamanca y capitán comunero, ejecutado en Villalar junto con Padilla y Bravo en abril de 1521.

El punto más delicado de juzgar en la vida de Francisco de Yepes es el de sus supuestas revelaciones, probablemente irreales. El padre Velasco se esfuerza en la defensa de su autenticidad. Lo cierto es que Francisco tuvo protectores y bienhechores entre personas doctas y virtuosas tales como los padres maestro Peredo, dominico; Juan Fausto de Guevara, jesuita; fray Jerónimo de Olmos, prior que fue de los carmelitas de Medina del Campo; el vicario de esta ciudad, licenciado don Francisco de Medina y Perú; el doctor Álvaro del Mármol, el licenciado Pedro Sánchez Centeno y otros. También menciona Velasco como protectores de Francisco a don Juan de Acevedo, obispo de Valladolid y después Inquisidor General; a la duquesa de Medina de Rioseco, esposa del almirante de Castilla; y a la hija del Conde de Buendía doña María de Padilla, que años después ingresó en el convento de las carmelitas descalzas de Talavera de la Reina. Al final de su obra, el P. Velasco resume el elogio que hace de la vida de Francisco con estas palabras: «Fue dechado de virtudes, un maestro de espíritu y un ejemplo de vida perfecta».

Debo poner fin a mis palabras. Lo haré recordando dos breves sentencias de un cuaderno autógrafo de san Juan de la Cruz que se conserva por milagro en una parroquia de Andújar. Este códice autógrafo no está destinado a religiosos ni seglares; es un cuaderno para uso personal y privado, solo para si. Este carácter de autógra-

fo le confiere una importancia excepcional, escrito como está –según el mismo Doctor Místico– «para llegar a la suma tranquilidad y paz de espíritu». Allí encontramos este aforismo, justamente famoso: «*Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, solo Dios es digno de él*». Y es que para Juan de la Cruz, el hombre, icono de Dios, tiene una dignidad tal, que está por encima del cosmos. Y allí encontramos también esta otra idea: «*A la tarde te examinarán en el amor*». Que quiere decir: al final de cada jornada o al final de la vida, después de cada empresa grande o sencilla, serás juzgado por la calidad de tu amor.

Muchas gracias.



## APÉNDICE DOCUMENTAL

*Un contrato de servicio de un niño del Colegio de la Doctrina  
Cristiana*

Son bastante escasos los documentos que se refieren al funcionamiento de los Colegios de la Doctrina Cristiana, una institución muy importante entre las obras de caridad y enseñanza en el siglo XVI, con vigencia hasta el siglo XVIII.

El niño para el cual fue más providencial su paso por un Colegio de la Doctrina acaso sea Juan de Yepes, con el tiempo el Doctor Místico san Juan de la Cruz.

De su oficio tal vez nos informe en algo el siguiente documento:

## Contrato de servicio.

Sepan quantos esta carta vieren como yo Luis de Penafiel cerrajero v.º de Toledo, otorgo y conozco que rescibo a servicio, de mano de Alonso Sánchez de Cisneros Jurado e v.º desta çiudad de Toledo, diputado de los niños de la doctrina xpiana a Juan de Hontillana niño de la dicha Doctrina xpiana, que es de hedad de catorce años poco más o menos para que me sirva en todas las cosas que le mandare honestas de hazer, por tiempo de çinco años cumplidos primeros siguientes, que será su comienzo oy día de la fecha de esta carta, durante el qual dicho tiempo me obligo de le dar mantenimiento de comer e beber e vestir e calçar e le mostraré mio oficio bien e llanamente como yo le sé, a vista de personas que del dicho ofiçio sepan, y si en fin del tiempo no le supiere le tendré en mi casa e poder e le pagare por oficial del hasta que enteramente le sepa; más me obligo

de le dar en fin del dicho tiempo vestido de nuevo de capa e sayo de a ducado la vara e calças de cordellate e jubón de fustan e gorra e çapatos e talabarte, todo de nuevo; e para lo así cumplir obligo mi persona e bienes avidos e por aver. E por esta carta doy poder cumplido a qualesquier Justicias e juezes desu magestad de quales quier parte, a cuya jurisdicción me someto e renuncio mi propio fuero e jurisdicción e domicilio e la cláusula sit convenerit de Jurisdictione para que por todo renunçiamiento e rigor de derecho me compelan e apremien a lo ansy cumplir e pagar con costas como si ansi fuese sentenciado por sentencia definitiva de juez competente e la sentençia por mi consentida [fuese] e pasada en cosa juzgada, sobre lo qual renuncio todas e quales quier acciones e derechos e plaços e traslados y otras cosas que en mi favor sean e las leys en que dize que general renunçacion de re fecha non vale. En testimonio de lo qual otorgué esta carta ante el escrivano público e testigos de yuso escriptos. Que fue fecha e otorgada en la dicha ciudad de Toledo a doze dias del mes de hebrero de mill e quinientos e sesenta y siete años. Testigos que fueron presentes: Hernando de Santa María e Juan de Segovia e Francisco de Vedia, vecinos de Toledo. E porque el dicho otorgante dixo no saver escribir lo firmó a su ruego el dicho Hrdo. de Santa M<sup>a</sup>.- Por testigo, Hernando de Santa M<sup>a</sup>.- Juan Sánchez, escrivano público.-



## HOMENAJE AL DR. D. JOSÉ BOTELLA LLUSÍA

BALBINA CAVIRÓ MARTÍNEZ  
Correspondiente

Eminencia, Excelentísimo Sr. Director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores Académicos, queridos amigos y, muy especialmente, queridas Maruchi y Mari Pepa Botella.

Confieso que me siento especialmente emocionada al compartir con todos Uds. este encuentro dedicado a la memoria del Profesor Botella, el gran médico, el gran investigador, el humanista, el gran caballero... y el entrañable amigo... Y mi médico en horas difíciles. Horas en las que su calidad humana y su afecto compitieron de igual a igual con su saber científico.

Es, pues, para mi un gran honor participar con todos Uds. en este merecidísimo homenaje que la Academia toledana le dedica hoy. Don José sigue estando con nosotros en este Toledo al que tanto amó.

Yo no pretendo aquí hablar del profesor Botella en su vertiente científica –no soy quien para ello–, por otra parte mundialmente reconocida gracias a sus numerosas publicaciones, y a la que aludirán después los otros académicos que van a intervenir.

Yo, modestamente, pero con gran cariño y añoranza, quiero recordar a un gran amigo, a todo un señor, en cuya compañía transcurrieron horas inolvidables, especialmente aquí en Toledo, y en las que, después de los saludos iniciales, el Toledo de ayer, el Toledo de



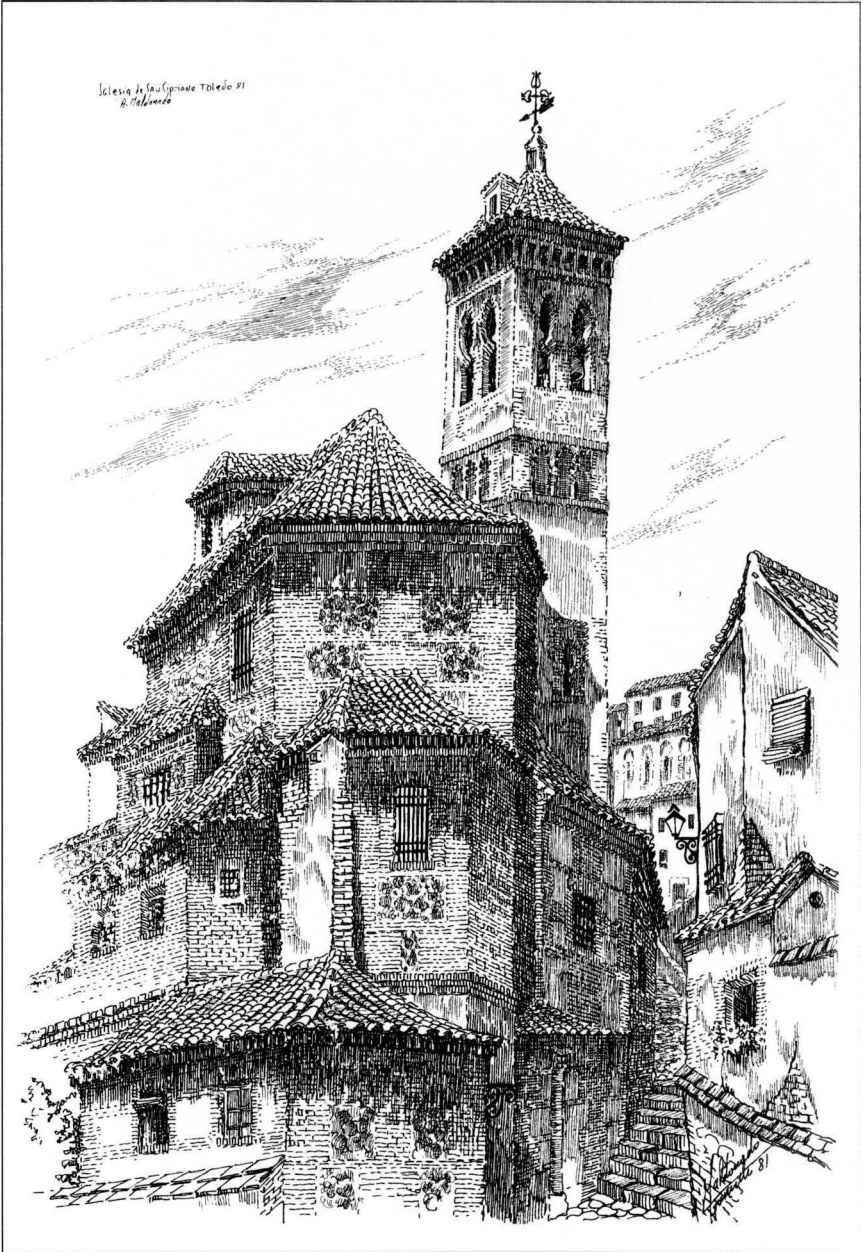
hoy, el Toledo de siempre, hacía acto de presencia, adueñándose hegemonícamente de la situación, todo lo demás sobraba.

Generalmente el escenario del encuentro, como digo, era esta ciudad. Unas veces el Jardín del Moro, otras la casa de nuestra querida amiga común Esperanza Pedraza, cuyo recuerdo quiero aquí evocar también con especial afecto. Otras veces, Galiana, la antigua almunia Regia de Carmen Araoz. Y otras, el Parador, teniendo a nuestros pies el Tajo y, sobre el río, encaramada, la ciudad con las siluetas protagonistas de la Catedral, de San Juan de los Reyes, del Alcázar, de las torres mudéjares, de los Jesuitas, de los restos de San Juan de la Penitencia. Pero también, escondidos púdicamente entre el caserío, los monasterios orientados al mediodía, el convento de las Jerónimas de San Pablo, el de sus vecinas, las Benitas, el de las Clarisas de Santa Isabel de los Reyes.

Y, así mismo, dispersos entre las callejuelas y plazas mínimas, los restos de las antiguas «casas principales», de ilustres linajes toledanos del medievo, unos de origen mozárabe, como los Lampader e Illán, otros afincados posteriormente en la ciudad, como los Meneses, los Ayala y los Silva. Entre estas casas, las de los García de Toledo, señores de la Gallinería, las del alguacil-alcalde Suer Téllez de Meneses, casado con la mozárabe María Meléndez, las de Lope González Palomeque y Mayor Téllez de Meneses –hoy Taller del Moro– y las de don Fernando Álvarez de Toledo y Teresa de Ayala, la «casa güena», mal llamada por un error recalcitrante e ingénuamente iletrado, el Palacio del Rey don Pedro.

Todas estas casas principales y sus antiguos moradores fueron, en más de una ocasión, el tema de conversación con don José.

Atardece un día caluroso del mes de julio. Vamos a cenar con



Iglesia de San Cipriano Toledo 81  
A. Meléndez

*Iglesia de San Cipriano.*



los Botella en el Parador y acudimos temprano para estar en la primera fila de su terraza, cuando el sol se oculta y las lucecitas de la ciudad empiecen a hacernos guiños.

Han enmudecidos ya las campanas dialogantes de los conventos de «dueñas encerradas», convocadas al rezo de vísperas. Es una hora mágica en Toledo.

¡Tenemos tanto de que hablar! La vista de Toledo es todo un reto que desata rápidamente nuestras lenguas. Don José conoce muy bien la ciudad. Su historia y sus leyendas. Como otros ilustres toledanos, carentes del título oficial de toledanía por no haber nacido junto al Tajo, pero indiscutiblemente TOLEDANOS con mayúscula, el profesor Botella incansable –siempre joven y sin dejar de «pedalear», como el decía bromeando–, recorría las calles, las plazas escondidas, deteniéndose ante las portadas blosnadas que nos brindan sugerentes adivinanzas. Así mismo, frecuentó las clausuras, que su cualidad de médico, hizo para él permeables. Y paseando por la cornisa y por el camino del Valle, contemplaba el Tajo, visitaba la ermita y atisbaba la Casa del Diamantista.

Pero, a pesar de su vasto conocimiento de la historia toledana, mil incógnitas afloraban en cuanto nos reuníamos. ¡Quedaban todavía tantas incógnitas por resolver!...

¿Me puedes contar algo nuevo sobre el Toledo de ayer? Era su pregunta habitual.

Seguía anocheciendo. La Catedral empezaba a ser un foco de luz trascendente, gritando sin sonido, pero con eco de siglos, EGO SUM LUX MUNDI, como los Pantocrator románicos. Y recordábamos: ¡qué lástima que se perdiera la catedral visigoda, a la que

descendiera MARÍA para imponer la casulla a San Ildefonso, y que luego se convirtió en mezquita tras la invasión del 711! Pero ¡qué maravilla de catedral gótica, brindada por San Fernando y los monarcas posteriores, juntamente con los ilustres prelados toledanos!

Y, mirando hacia la derecha, desde el altozano del Parador, evocábamos también a Al-Mamun, el ilustre taifa de la familia de los Beni Dilnum. Y, así mismo, a la bella Galiana del MAINET, amada nada menos que por Carlomagno.

Siempre, en los encuentros con el profesor Botella, nos faltaba tiempo.

Entre los temas toledanos que le apasionaban, como pusiera de manifiesto en su intervención en la Semana Mañana de 1996, uno era el cruce de caminos entre Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y el Greco, en el Toledo de 1577. Esa misma inquietud por el tema mostró hace años, Amintore Fanfani en la presentación de su libro sobre la Santa abulense y el pintor, fue como algunos de Uds. recordarán, tuvo como escenario este Salón de Mesa.

No hay constancia de que Santa Teresa y el Greco se conocieran. Pero, nos preguntábamos: ¿sería consciente el pintor, al menos de la trascendencia espiritual de ambos personajes, Santa Teresa y San Juan de la Cruz? Es muy probable que conociera, al menos, los dolorosos Sanbenitos que pesaban sobre ellos, debido a la lucha entre descalzos y calzados, y debido a la persecución de la Inquisición de algún estricto prelado, como don Francisco de Pisa, retratado precisamente por el cretense. Tal vez, comentábamos, mientras Pisa estaba posando, sacarían a colación estas novedades del mundillo toledano.

La conversación con don José, inevitablemente, recaía sobre el pintor. Y llegábamos a una conclusión. Aunque últimamente parece que no está bien visto hablar del misticismo del Greco, ¿cómo no admitir que la mirada de Cristo, en el Expolio, expresa algo más que una interpretación manierista? O ¿cómo no admitir que el esquema distorsionado llameante y ascendente de la Asunción, del Museo de Santa Cruz, sea algo más que una receta de taller, aprendida en Italia? Ambas figuras, coincidíamos diciendo, son también toledanos, de una profunda espiritualidad, que sí invitan a la oración. Y ello porque Toledo y su misticismo calaron pronto en el cretense, transformándolo espiritual y artísticamente, como dijera Marañón.

Ya era noche cerrada y la brisa del río despejaba aún más nuestras remembranzas. Y el profesor sacó a colación, como otras veces, la figura de doña Jerónima de las Cuevas, el único amor conocido de Doménico, lamentando los pocos datos que de ella tenemos: la localización de una mujer de ese nombre, en un barrio toledano de mala nota, y su maternidad. Y poco más. Indudablemente fue la madre de Jorge Manuel, el hijo del Greco. Pero ¿fue la esposa de éste o sólo su amante? ¿cuándo murió? ¿dónde murió? ¿enclaustrada en un convento, penando en su vida su pecado? ¿o murió prematuramente de parto, como apuntaba el profesor Botella? El tema era apasionante y acabó protagonizando aquella velada toledana. Fue entonces cuando yo le brindé ciertas conclusiones, basadas en documentos del archivo de Santo Domingo el Antiguo. El profesor se interesó por las noticias. Entre ellos los recogidos en la obra manuscrita del ilustre jesuita Esteban de la Palma, titulada «La Virgen Prudente», alusiva a una singular abadesa del citado monasterio, doña Ana Sotelo de Ribera, que fue, nada menos la que, de ser cierto, obligaría a Jorge Manuel a sacar de la cripta conventual de Santo Domingo, los restos de su padre. Una abadesa de vida ascética, enferma a la sazón, mortalmente, de «cáncer», perseguida a la

vez por la jerarquía eclesiástica, y que en ese mismo año de 1619 no llegó a firmar, por incapacidad, ninguna de las cuentas del monasterio. Y nos preguntábamos ¿cómo es posible que en esa situación límite, se produjera el traslado de los restos del pintor a la nueva cripta funeraria de San Torcuato? ¿Existió realmente ese traslado que, aunque documentalmente autorizado, no está documentalmente probado?

Nuestra charla, iluminada por la silueta inalterable de Toledo, barajó hipótesis, como la sugerente de Gómez-Menor. Y, entre ellos, yo saqué a colación otro dato, en el que no se ha reparado debidamente. Cuando Jorge Manuel compró la nueva cripta funeraria de San Torcuato, según se lee en los documentos de San Román, hizo constar en el contrato que era para trasladar allí los restos de *sus padres*. No sólo para trasladar los de su padre, sino también los de *su madre*. Luego, Jorge Manuel, *sabía* donde estaba enterrada doña Jerónima, y quería que definitivamente reposara junto a su padre.

Curiosamente, en cambio, en el documento anterior de adquisición de la cripta de los Theotocópuli en Santo Domingo el Antiguo –de 1612– no se menciona a su madre, sino al Greco, a Jorge Manuel, a sus hijos y descendientes. ¿Pudo Jorge Manuel pretender, en algún momento que su madre fuera enterrada en Santo Domingo, y que la negativa tajante de la abadesa Ana Sotelo, motivara la ruptura definitiva entre el hijo del Greco y la Comunidad? Tal vez este suceso aleccionara a Jorge Manuel y, por ello, en el contrato con San Torcuato, quiso que figurara expresamente el nombre de *sus padres*.

Y seguimos conjeturando, el Parador se iba quedando vacío. Pero nuestra conversación brindaba nuevas preguntas ¿dónde fue enterrada, al morir, doña Jerónima? No parecía probable que estuviera en un convento, ya que este hecho hubiera dificultado el tras-

lado. De ello vendría a deducirse que fue doña Jerónima, después de su maternidad, no fue obligada a profesar en una clausura. Y don José, cuya hipótesis abogaba por la muerte de sobreparto, halló en los datos citados, una posible prueba del fallecimiento temprano de doña Jerónima, hecho que impediría el matrimonio con el pintor.

Fue aquella, repito, una velada deliciosa, que reveló, una vez más, los conocimientos que el profesor Botella tenía sobre la historia de Toledo y el interés que suscitaban en él las investigaciones que se venían realizando.

Algunos sábados tuve también el honor de acompañar al matrimonio Botella a la misa vespertina, preferentemente en Santa María de la Cabeza o en San Juan de los Reyes, lugares que nos deparaban bellas perspectivas y la visión médica de la obra cumbre de la arquitectura hispano-flamenca.

Una de las imágenes del profesor, que me ayuda más a evocar su figura, es la de su participación en la festividad del Corpus Christi, a la que nunca faltaba. Primeramente la misa solemne en la Catedral, donde, con porte naturalmente distinguido y revestido con la veste, la gorguera y el birrete de la Cofradía Internacional de Investigadores, parecía arrancado de un cuadro del Greco. Nunca se perdió la celebración litúrgica, ni la procesión, dando pruebas de su religiosidad y de su fortaleza física.

Pero, tal vez, donde mejor podemos conocer los sentimientos de don José Botella hacia la ciudad, es en el prólogo que, amablemente me escribió para mi obra «Las mujeres toledanas y sus linajes».

Oigámosle en algunos de sus párrafos:



«Toledo es para mi –escribe– un gran misterio. Cada sábado, al llegar allí de atardecida, viendo a lo lejos San Servando y el Alcázar, mi imaginación se pone a soñar. Unas veces desde mi casa, abalconada sobre el Tajo, escucho el rumor lejano del río, que arrastra todavía las endechas de Garcilaso. O las estrofas de «La Noche Oscura» que San Juan de la Cruz compuso allí mismo, junto a su corriente. Y otras noches, en la que me siento más andariego, me voy, entre sombras y pasadizos a recorrer las misteriosas callejuelas que me conducen hacia el Pozo Amargo o hacia la Catedral... Y ya, al día siguiente antes de que lleguen las riadas de turistas, me pierdo –sí, literalmente, me pierdo a veces– por sitios que no había visto antes, entre ábsides mudéjares de iglesias y conventos para mí desconocidos, y descubro patinillos misteriosos, al fondo de los cuales hay un arco de yesería o un alfarje de, no se sabe, qué época. Y misteriosos blasones que no se a quien pertenecieron. O cobertizos que unen casas habitadas por fantasmas... Mi caminata es como un navegar sin brújula. Yo conozco, –continúa el prólogo– la mayoría de los conventos. Los he visitado como médico amigo –«*medicus anargiricus*» que dirían los latinos–, en frías mañanas de invierno, precedido por el alegre tintineo de la campanita que anunciaba la entrada de un varón en la clausura. De pronto, tu, hombre del milenio que acaba, te sientes transportado al medievo, con sus silencios, sus misterios y su insondable paz. Y al final, y después de visitar a la monjita enferma, tienes que saludar a «la Madre», y darle cuenta de la dolencia. Y ésta sentada en un sillón frailer, te recibe, fina y amable, de rasgos arrugados y puros, de ojos fríos que te miran ya como ventanas de eternidad...». Bellísimas palabras de nuestro querido profesor.

Y tuvo que ser precisamente aquí, en el Toledo que tanto amó, donde el profesor Botella, como «río que va a dar a la mar», oyó el último murmullo del Tajo.

Pero hoy, como en los bellos poemas del Papa Juan Pablo II, podemos oírle exclamar: «Este es el camino de las generaciones. No moriré del todo lo que hay en mí de indestructible, ahora se encuentra cara a cara con El que Es».



# **EL PROFESOR BOTELLA, FIGURA ESTELAR DE LA GINECOLOGÍA ESPAÑOLA.**

## **Mis vivencias y recuerdos personales con el Maestro**

**JULIO CRUZ HERMIDA**

A pocos meses de la muerte de don José Botella, pretender hacer una semblanza suya, de justa admiración a su memoria, no se me antoja fácil, por temor a caer en lo repetitivo, ya que su figura ha sido glosada exhaustivamente por destacadas personalidades de la ciencia y la cultura, en diferentes Instituciones Académicas, Foros universitarios, Revistas científicas y medios de comunicación.

Hoy, la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, me concede el honor de ocupar su prestigiosa Tribuna para hablarles del profesor Botella Llusía, no solo desde el enfoque científico y ginecológico, sino desde la reflexión emotiva que mi vida profesional, Académica y Docente, próxima al maestro, me concede especial privilegio para hablar de él, a través de recuerdos personales y convivenciales, que el paso de los años, no solo ha hecho olvidarlos sino que los ha reverdecido, en un ejercicio de rescatada memoria.

Al hablar de Botella, es obligado pergeñar un primer comentario a su excepcional curriculum, el que consagra su figura. Nos centraremos en algunos de los puntos más relevantes. La vida del Prof. Botella estuvo presidida por una vocación ingénita hacia la docencia universitaria y el entusiasmo por la investigación. En el año 1940 ya era Profesor Adjunto en la Cátedra de Obstetricia y Ginecología de la Facultad de Medicina de Madrid, y tres años después designado

Profesor Encargado de la misma. Fiel a su sentido de autosuperación prepara sus oposiciones y en 1946, a los 35 años, gana la Cátedra de igual disciplina en Zaragoza, y en 1948, tras reñidos ejercicios de oposición ante prestigiosos contrincantes obtiene la titularidad de la de Madrid, sucediendo a figuras de tanto sabor histórico como don Sebastián Recasens y don Manuel Varela Radío. Esa Cátedra, regentada con pulso firme por un joven de 37 años, se va a convertir en un privilegiado centro del saber tocoginecológico español, donde se impartirá una atractiva docencia que va a fomentar muchas vocaciones ginecológicas (entre ellas, la mía). Se va a potenciar una seria y rigurosa investigación en diferentes áreas de la Especialidad, y una pujante promoción de futuros Catedráticos, Profesores Titulares y Jefes de Servicio que se distribuirán por las Universidades y Hospitales españoles, dejando el sello específico de la Escuela y el orgullo de ser hijos de la misma.

El joven doctor Botella es elegido en 1950 por la Real Academia Nacional de Medicina, Numerario de la misma, ocupando el sillón número 5, que antes perteneció al Dr. D. Antonio M.<sup>a</sup> Cospedal. Un frío día del mismo año, el 23 de febrero, pronuncia su discurso preceptivo de ingreso sobre «la nutrición embrionaria», que es contestado por el también Académico D. Francisco Luque Beltrán. Quien os habla, estudiante de 5.º Curso, asiste alucinado a la escenografía del acto y su cuidada liturgia, dentro del entorno histórico artístico del recinto de la calle Arrieta.

Sentados en el estrado y los sillones de vieja y noble madera, ataviados con uniformes, fracs y chaqués, míticas figuras médicas de la época: Jiménez Díaz, Vara López, Vallejo Nájera, Enriquez de Salamanca, Gay Prieto, Julián de la Villa, Gregorio Marañón, Julio Palacios, Laín Entralgo, Martín Lagos, etc.

Con el tiempo pude hacer realidad mi sueño, forjado en aquella inolvidable sesión: llegar algún día a ser Miembro de la Academia, recordando, siempre aquel en que mi profesor de Facultad ingresaba como joven Académico, y quien respondía a su discurso, con el tiempo, iba a ser mi predecesor en el cargo de Jefe del Servicio de Obstetricia y Ginecología del histórico Hospital Central de la Cruz Roja, fundado por la Reina Victoria Eugenia de Watemberg.

Botella llegó, con los años, a ser Presidente de la Academia, Rector de la Universidad Complutense, Presidente de la Sociedad Ginecológica Española de Esterilidad y Fertilidad, así como de la Fundación Gregorio Marañón. Simultaneó su Cátedra con la Jefatura de Servicio de la vieja Maternidad Provincial de la calle Mesón de Paredes, cuna de tantos y tantos magníficos obstetras, que se convertiría más tarde en la «Maternidad de O'Donnell». Dichas Maternidades fueron apéndices científico-docentes y asistenciales de la Cátedra de San Carlos.

A D. José Botella le concedieron meritorias condecoraciones: Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, de Isabel la Católica, Caballero de la Legión de Honor francesa, y otras muchas que se haría largo enumerar.

Pese a que, hace dos años, promoví en un escrito de la revista nacional de la SEGO, que le fuese concedida al maestro la Medalla de Oro en el Trabajo, por estimar que así se premiaría una larguísima vida de trabajo, no se pudo conseguir. Curiosamente, algunos personajes folklóricos, que estuvieron cantando y bailando, menos años que don José salvando vidas de mujeres y ayudando a nacer miles de niños, sí la consiguieron. Tristes paradojas que no merecen más comentario.

En su haber: más de 600 publicaciones en español y 124 en inglés, francés y alemán. Cabe igualmente reseñar un cuantioso número de libros, entre los que destaca uno muy clásico, con más de 14 ediciones. «El Tratado de Obstetricia y Ginecología», con la colaboración de Clavero desde 1968, cuya importancia docente y pedagógica trascendió el marco geográfico nacional. Personalmente, con motivo de dictar algunas conferencias en el extranjero, pude comprobar como en Argentina, Venezuela, República Dominicana y Colombia, se convertía en Libro de texto en sus universidades. Era «el Botella», y el más consultado por especialistas en el antiguo Protectorado de Marruecos: Tetuán y Tánger.

Sus enseñanzas escritas traspasaron muchas fronteras, marcando en ellas sus conceptos y líneas de investigación. Fue, como remarcó Laín: «el Médico español actual con mas fama internacional».

Conviene recordar que el Tratado de Obstetricia y Ginecología, con su anexo de Tocurgia, tuvo su génesis primaria, en los apuntes tomados taquigráficamente por el Dr. Chaminade, y luego trasladados, mediante impresión con ciclostil, a un burdo papel de estraza, que conservo encuadernado en pie, como si el papel fuera «biblia» u otro tipo de papiro noble. Con mejor tipo de papel, tipografía y encuadernación, este primario esbozo de libro, se convirtió, en posteriores cursos, en modélicos libros editados por la Ed. Científico-Médica.

Dentro de este capítulo bibliográfico, no podemos dejar en el olvido su monumental obra «Endocrinología femenina», traducida a varios idiomas y prologada en su primera edición de 1942, por su siempre declarado y admirado maestro, don Gregorio Marañón y Posadillo. El mérito de escribirlo en forma de autoría única, a tra-

vés de 30 capítulos y cerca de mil páginas, dan mayor valor a la obra y a su autor.

El volúmen de la primera edición, lo compré con mi exiguo pecunio al finalizar la Licenciatura, en la célebre librería de «viejos», apodada con el nombre de su propietaria: «Doña Pepita», a un precio mas que razonable. Me la dedicó don José con unas escuetas líneas: «A Julio Cruz, antiguo alumno en San Carlos. Afectuosamente, J. Botella». Una edición muy posterior en la que ya colaboró su yerno José Antonio Clavero en algunos capítulos, no la compré, me la envió a la Redaccion de la Revista Toko-Ginecología Práctica, donde le hice gustosamente un amplio comentario. La renovación del texto era evidente, y la dedicatoria con que me distinguió también había cambiado: «Al Prof. Cruz y Hermida, alumno ayer, colaborador actual en la docencia del Departamento, colega en la Academia, y siempre amigo, con un abrazo. J. Botella». Evidentemente el libro se había actualizado y la distancia entre el maestro, y el discípulo se había acortado y ensanchado de afecto. Naturalmente, me sentí muy gratificado con sus palabras y consideración a mi persona.

Como Marañón, se interesó en este Tratado endocrinológico por la «Evolucion de la sexualidad», concluyendo que la mujer (XX) –y prescindiendo de diferenciaciones cromosómicas– podría ser una etapa intermedia entre el niño y el varón (XY). Conocidos fueron sus estudios en animales protogénicos (con primario desarrollo femenino) y protoándricos (que desarrollaban en la época embrionaria, antes el sexo masculino).

Botella Llusía fue un investigador apasionado pero serio y racional orlado por la intuición (alguien ha dicho que fue un anticipado de su época desarrollando un sentido profético y, evidente-

mente, anticipativo en muchos de sus trabajos, transformando con el tiempo hipótesis, por tesis. Por ejemplo, nominado a la suprarrenal femenina como «tercera gónada» que actúa como secretora vicariante de estrógenos a través de precursores (andrógenos). O el Síndrome del «Testículo feminizante de Botella-Nogales», descrito por él antes que Morris, al que se le adjudicó oficialmente una injusta paternidad. Hecho del que le oí lamentarse en diferentes ocasiones.

Mi primer contacto con don José Botella fue en 1948. Tenía a la sazón 36 años, aunque aparentaba bastantes más. Yo iniciaba, a mis 20 años recién cumplidos, la asignatura de Obstetricia y, cuando me acercaba a él, participaba del «miedo escénico» de su presencia. Diría mas bien: «respeto reverencial», que se convertía en admiración distante. A mas de uno de sus colaboradores –y yo lo comprendí en el tiempo que estuve asistiendo al Servicio tras finalizar la Licenciatura–, de la mano de mis buenos amigos Fernando Plaza, Enrique Marín y Ángel Puras, cuando don José se dirigía hacia algunos de ellos, sufrían (o sufríamos) de un inevitable y confuso síndrome caracterizado por balbuceo entrecortado, sudor frío, temblor de extremidades inferiores y, en ocasiones extremas, inoportuna relajación de esfínteres. Con el tiempo el trato con el maestro perdió temor y ganó en afecto.

Cuando años despues comenté con él ese especial «respeto reverencial», su respuesta silenciosa, en forma de sonrisa socarrona, podía interpretarse como un deseo de acercamiento para paliar distanciamientos pasados.

En esos años del final de la década pasada de los 40, le recuerdo como un señor mayor, alto, espigado, con gafas de concha, a través de las cuales se percibían unos ojos penetrantes, escrutadores



del interlocutor, con brillo de singular inteligencia. Un bigote, con-  
sustancial con su inescrutable fisonomía, fue permanente compañe-  
ro a lo largo de su vida.

Siempre pulcro y aseado en el vestir, hasta con el ropaje del qui-  
rófano o paritorio, que llevaba con especial distinción. Debo confe-  
sar mi sorpresa y acaso decepción, en el año 68, cuando al borde de  
la piscina marbellí del Hotel Meliá Don Pepe, ví a don José, pase-  
ando con José Antonio Clavero, luciendo un heterodoxo calzón de  
baño y chanclas marineras. Difícilmente le podía identificar con un  
vestuario informal y un tanto desaliñado, tan lejos de su ortodoxo y  
habitual vestir.

En una publicación mía me he permitido «Pensar en voz alta»  
y decir que «se puede ser profesor, pero no maestro, y maestro sin  
ser profesor». La dualidad pudo ser posible en el caso de Botella. El  
fue profesor por titulación académica, pero maestro por vocación y  
condiciones pedagógicas.

Creó escuela ginecológica, la mantuvo y se ha perpetuado en  
sus discípulos colaboradores. Posiblemente fue la más importante  
de la segunda mitad del siglo XX, compitiendo en prestigio con las  
catalanas de Fargas, Nubiola, Conill y Dexeus; la valenciana de  
Bonilla y Salvatierra; la madrileña de Usandizaga, la gaditana de  
Muñoz Beato, o la gallega de Novo, entre otras. Fue «magister pri-  
mum inter pares», es decir, maestro de maestros.

Pero Botella, además de científico nato, fue un Médico  
Humanista de gran basamento cultural. Amante de la literatura, de  
la música y de la pintura, tenía devoción por el arte arquitectónico,  
hasta el punto de confesar públicamente que, de no haber sido médi-  
co, hubiese querido ser arquitecto.

Cuando publiqué mi libro sobre los versos olvidados de Manuel Machado, me escribió adhiriéndose entusiastamente a mi tesis reivindicativa, con una carta llena de sugerencias y conocimientos sobre el gran poeta andaluz.

Recuerdo su magnífico ciclo cultural sobre «Aspectos médicos y dolencias obstétricas de algunas Reinas españolas», y su documentada disertación sobre la ambigua personalidad sexual de don Juan Tenorio. Y no se me ha olvidado su conferencia, llena de sensibilidad, en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, acerca de «Garcilaso, san Juan de la Cruz y el Tajo toledano», en un poético triángulo de sonidos, con versos y rumor de aguas.

En abril del pasado año, escuchó en la Real Academia de Medicina, mi comunicación sobre «Hipótesis patológicas en el cuadro de La Gioconda», y mi anuncio de que aquella charla se convertiría en un futuro próximo en un libro monográfico. Al finalizar la sesión me pidió que le enviara el borrador porque acaso él pudiera mandarme alguna opinión personal al respecto. Desgraciadamente el libro se publicó tras su muerte y no pude hacérselo llegar. A buen seguro que, de haberlo puesto en sus manos, sus atinadas sugerencias se hubieran recogido en ulterior edición. Una auténtica lástima el no haber podido contar con su testimonio de opinión, como médico culto, amante de la Historia y de la Pintura.

Quizás por su ya avanzada edad y natural carencia de ambiciones, no llegó a ocupar en la Real Academia Española de la Lengua, alguno de los sillones vacantes de Rof Carballo o Laín Entralgo. Hubiera sido la persona más idónea para aportar, desde su reconocido prestigio y humanismo cultural, la plaza de académico, en la que la simbiosis entre medicina y lenguaje se continuara tras Laín y Rof.

Hombre de firmes ideas éticas y religiosas, fue un creyente profundo, haciendo compatible su verdad científica con la verdad de la Iglesia Católica. Y me consta que, más de una opinión y juicios en temas difíciles y controvertidos, fueron escuchados con atención y respeto por altas instancias vaticanas.

Rindió culto a la familia, personalizando esta devoción y respeto a la propia, reducida, pero ejemplar, sin fisuras.

Desde su condición de impar magister, y como legado a colaboradores y continuadores de su trayectoria y obra, acuñó un pensamiento (recogido por Vidart Aragón en una Necrológica publicada en la Revista Toko-Ginecología Práctica), que puede ser norma pública de conducta. «La vida es como una bicicleta. Si dejas de pedalear, te caes». Por ello el fue un ciclista intelectual de fondo, y cuando la imposibilidad vital le quitó la posibilidad de seguir dando pedaladas, se cayó de la bicicleta para morir en sereno descanso.

Al día siguiente de su fallecimiento leí en el ABC la noticia de su muerte: el Profesor Botella falleció ayer a los 90 años en su casa de Toledo, de un insuficiencia cardiorrespiratoria, cuando estaba descansando». Al periodista se le olvidó apostillar que ese descanso lo aprovechó el maestro para dejar de pedalear sobre esa bicicleta que le acompañó en el trabajo toda su vida, y para contemplar por última vez el sereno cauce del Tajo, despedirse de las pinturas de su convecino Domenico Theotocopulos, y caminar hacia la Eternidad, en volandas de los recios versos de Garcilaso y la mística de Juan de la Cruz. Todo lógico, natural y acorde, en una persona que no dio respiro a su vida, y al poner corazón en todas sus empresas, ese corazón se tomara una pausa de actividad, sin pensar que en la vida, pueden haber pausas definitivas.

## HOMENAJE AL DR. D. JOSÉ BOTELLA LLUSÍA

PEDRO RIDRUEJO ALONSO  
Correspondiente

Una vez efectuado el saludo a las autoridades presentes, al Director de la Academia, a los señores Académicos, a la familia Botella y a todos los asistentes, comienza el profesor Ridruejo expresando su gratitud por el honor y la oportunidad que supone participar en un homenaje al profesor Botella, en el que late un acto de estima y de fidelidad a su memoria. La soledad, tristeza y oración que despierta su ausencia, nos congrega a todos.

A continuación, señala la razón de su personal intervención, justificada en la relación cercana y permanente que tuvo con el doctor Botella desde 1969 a 1978, durante la fundación y desarrollo del Centro Universitario de Toledo, donde se hizo patente la confianza, la estima y la admiración que su figura despertaba. Es quizás en base a ella, y en base a los datos que biográficamente ha recogido tan elocuentemente el profesor Clavero, como es fácil descubrir y proclamar la condición modélica que alcanza su personalidad y su obra.

Podríamos señalar que son siete los patrones de ese modelo que el profesor Botella representa. En primer lugar un *modelo familiar*, cuando secuencia la estela sobresaliente que en el mundo de la ginecología han ostentado su padre y su abuelo. O cuando es capaz de configurar una ejemplar familia nuclear con su esposa, su hija y su yerno. O cuando se integra en el amplio colectivo de un parentesco que alcanza a más de cien miembros.

Nos ofrece también un *modelo de formación* académica, que en la enseñanza primaria se lleva a cabo en el Colegio Alemán y que en el bachillerato se hace en el Instituto Escuela, con el fin de lograr una mayor amplitud y rendimiento. Posteriormente, su pretensión de ser arquitecto cede, a favor de la Medicina, ante el razonamiento del padre, desarrollando sus estudios en la Universidad Central, con calificaciones de matrícula de honor y premio extraordinario. Su postgrado en Alemania y la elaboración de su tesis sobre *Metabolismo intermedio del amoniaco, los aminoácidos y la urea en la gestación normal y sus modificaciones en la toxemia gravídica*, que leerá tras la Guerra Civil en 1940, mereció también la mención del Premio. Parece como si a lo largo de su vida el testimonio de capacidad y de inquietud intelectual no llega a extinguirse nunca, siendo una muestra de su esfuerzo al día, el aprendizaje informático en los años de su madurez.

Hay además en el doctor Botella un *modelo profesoral*, que se comienza muy pronto como adjunto del doctor García Orcoyen y que continuará como Encargado de cátedra, como Catedrático y como creador de una Escuela de la que han salido importantes figuras de la ginecología española e hispanoamericana.

Otra dimensión modelar de su persona y su biografía, es la que denota su *condición científica*. Con ella llega a desarrollar un número ingente de trabajos de investigación, de los que próximamente se dará un testimonio con ocasión del homenaje del día 9 de mayo en el Hospital Gregorio Marañón. Ser científico, además, no le impide, sino al contrario le hace más propicio, el abordaje de la problemática medico-social que rodea su especialidad. Hay testimonios de ello en varias obras, como la dedicada a la «Contracepción», o en los diferentes artículos que remite a la prensa, La definición del sexo como «misterio» es una clave de inspiración utilizada con carisma y profundidad.

Pero el profesor Botella fue también un *modelo de humanista*, en un intento permanente de conjugar la historia con el futuro, como se ha hecho patente en sus últimas intervenciones en el Colegio Libre de Eméritos. O en su asimilación de otras culturas, que llega a conocer muy bien, como es el caso de las orientales de China y la India.

Y modelo indiscutible *rectoral y directivo*, exhibiendo un talante liberal pero no político activo. Permanentemente propulsor y planificador de mejoras, y cultivador de una disciplina, elegancia y honorabilidad, que supo asumir permanentemente.

Ni que decir tiene que se dió también en el doctor Botella la condición de un *modelo representativo*, donde se ponen de manifiesto los sentimientos científicos religiosos históricos y sociales. Miembro y presidente de la Academia de Medicina, rector de la Universidad de Madrid, director de la Maternidad Provincial, cofrade del Santo Sepulcro y caballero de los Investigadores del Cristo de la Oliva, grandes cruces de Isabel la Católica, Alfonso X y Sanidad, medalla de oro de la Complutense, Doctor Honoris Causa, etc.

Pero junto a esa colección de patrones modélicos que justamente podemos predicar de él, hay tres referentes concretos de los que tengo testimonio personal y cercano, que no puedo por menos de comentar en esta ocasión. Hace el primero alusión a lo que para él representaba la figura de Marañón. El Centro Universitario de Toledo, publicó su conferencia del Ciclo de Personajes del Siglo XX, con el título *Gregorio Marañón, el hombre, la vida y la obra*, cuyo ejemplar conservo con la entrañable dedicatoria manuscrita que me dedica. En esa obra podemos leer textos como aquel que señala su coincidencia toledana con el maestro, ya que «pendiente

de sus muros y de sus cipreses, está su recuerdo permanente», de forma que «pasear por Toledo es imposible sin recordar su silueta».

Reconoce de varias formas su discipulado de don Gregorio Marañón, día a día, en las salas, en el laboratorio y en el aula. Y su acercamiento a él le permite historiar el esquema de los periodos de su vida y, sobre todo, de aquel largo destierro al que se vio sometido. A su regreso, con palabras del propio Marañón, «todo volvió a empezar, por que a lo que a los hombres nos parece fin, por verlo a través del dolor que amenaza con acabarnos, es solo circunstancia, accidente, ante el eterno fluir de la vida».

En esta glosa destinada a Marañón, aparecen compaginadas su condición de biólogo, de biógrafo, de persona y de universitario. Y por descontado, las que don Gregorio ostenta como endocrino, internista, historiador y humanista.

Un segundo referente que no podemos por menos de evocar, es el que le liga con Toledo, como objeto de su amor inquebrantable al arte y la belleza. Conoce el Cigarral de Menores de Marañón y participa en la Fundación que lo restaura. De ahí, quizás, surge el propósito de levantar el suyo propio, que sobre el Jardín de Ledesma consigue culminar en 1962, en los terrenos del Jardín del Moro. Dentro de su entrega hogareña al cigarral, se encuentra la devoción que le lleva a habitarlo todos los fines de semana y las vacaciones desde entonces. Allí escribe y, como él dice, allí sueña. Y ve desde el Valle como Toledo mejora y se va alejando de las ruinas de la primera época que había conocido. Toledo será así, para él, un auténtico resurgimiento.

El tercer referente que quisiera tratar es el del Centro Universitario de Toledo, punto de mi encuentro con él. En innume-

rables ocasiones el profesor Botella había comentado la peripecia de esa Universidad de Toledo que, desde el siglo XII está viva intermitentemente y aun sin reconocimiento oficial. Los estudios de Santa Catalina y San Bernardino en el Renacimiento y los pocos años que a final del siglo XVIII y principios del XIX le otorgó el cardenal Lorenzana, son puros apuntes de su auténtica moción universitaria.

Bien pues, en 1968, como Rector de la Universidad Central, recibe la visita del gobernador de Toledo, don Enrique Thomas de Carranza, que le propone la fundación de una universidad en la Ciudad Imperial. No es posible conseguirlo, pero si aprovechar el nuevo decreto de Colegios Universitarios, para poner en marcha el de Toledo, como parte de la universidad madrileña. En él colaboran generosamente la Diputación, el Ayuntamiento y la Caja de Ahorros. El desarrollo del Centro parte de las Letras (Historia) y de las Ciencias (Químicas), de un ensayo de Medicina y, posteriormente, de los estudios de Economía y Derecho. Y para llevarlo a cabo se dispone de edificios tan significativos como el de Lorenzana, San Pedro Mártir, San Juan de la Penitencia, etc. Yo fui llamado a dirigir el Centro entre los años 1969 y 1978. Me sucedió el profesor Poyán. Y más tarde se puso en marcha la creación de la Universidad de Castilla-La Mancha, para la que el profesor Botella postulaba a Toledo como sede de su rectorado.

No puedo por menos de evocar su gestión como presidente del Patronato y alma viva de la restauración del Toledo universitario, en dos estampas solemnes y significativas que asumió de manera ejemplar. La primera fue la del 18-7-1969, cuando se anuncia desde el Gobierno Civil la próxima apertura del Centro y en su discurso evoca la posibilidad de albergar algún día una Facultad de Filología Semítica, unos estudios de Arquitectura y unos cursos para extran-



jeros. Ni puedo tampoco olvidar la escena del acto de primera apertura de curso el 23-10-1969 en el Hospital de Tavera. Están presentes las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, así como personalidades como don Licinio de la Fuente, don Adolfo Muñoz Alonso y tantos otros más. El profesor Botella, con su bastón de mando de Rector, era todo un símbolo de la asunción histórica del logro toledano del que todos nos sentíamos orgullosos.

Bien; es hora de terminar. Pero antes de hacerlo quisiera mostrar mi acercamiento a los ideales que estaban en su vocación y en su espíritu. El de una Medicina integral, de la que la Antropología Médica o la Ecomedicina, son para mi campos incuestionables. O el de la concepción de la vida intelectual como cruce de caminos científicos y humanísticos. O el de la influencia social sin necesidad de engranajes políticos. O el de aquella gran disciplina interior, de la que emerge el personaje que queremos ser, a la que Cervantes se refería con el dicho de que «tu mismo te has forjado tu ventura» .

Todo esto y mucho más, me lleva hoy en su homenaje, a proclamar emocionalmente su bendita e imborrable memoria.



## EL HIJO QUE ADOPTÓ A UNA MADRE

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ  
Numerario

Si a alguien le pareciera extraño este título, tendrá ocasión de comprobar su veracidad en algún punto de este mi breve relato.

El pasado 22 de febrero hizo treinta y un años que el Dr. Botella realizó una delicada intervención quirúrgica a mi esposa. Cuando unos días antes, en nuestra primera llegada a su consulta de la calle de Velásquez le hacía la ficha, al averiguar nuestro domicilio levantó la mirada sobre sus gafas y nos dijo: «yo también soy toledano, casi; paso allí una tercera parte de la semana». Nosotros ya lo sabíamos, y se lo dijimos: le habíamos visto pasear Toledo los fines de semana y dar la vuelta al Valle; y le veíamos los domingos en la misa vespertina de los Jesuitas. Se le vio feliz al saberse reconocido como «casi paisano».

Aquella intervención quirúrgica precisó de numerosas visitas antes y después de la operación; y fue en ellas cuando yo descubrí que el Dr. Botella estaba enamorado de Toledo. Yo no saqué nunca la conversación no fuera a ser que el profesor pensara que yo buscaba alguna ventaja de simpatía en su trato. Él era siempre el que en los minutos de la espera, mientras mi mujer en compañía de su enfermera se preparaba para el reconocimiento en la sala contigua, me hablaba de Toledo. Se le iluminaban los ojos a don José cuando comentábamos las dichas y desdichas de nuestra querida ciudad. Él, uno de los hombres más inteligentes que yo he conocido, tenía en su mente una perfecta ficha de Toledo; como la tenía sobre papel de cada una de sus pacientes. Conocía sus males y tenía claras las ideas

sobre su tratamiento. Los matices de su voz iban cambiando según habláramos del dolor de los problemas o del gozo de la belleza de nuestra amada «Peñascosa Pesadumbre».

Él se había enamorado de Toledo a primera vista en su primera visita a la ciudad en una de las excursiones de su Instituto Escuela, teniendo once ó doce años. Excursión que se repitió algunos domingos más, en los que el jovencísimo Pepe Botella iba dejándose atrapar el corazón por aquella extraña ciudad medieval amurallada de estrechas calles y ruinosas casas entre las que se veían hermosos palacios y monumentos.

Tardaría algún tiempo en volver a visitar a su amada ciudad. Terminada su carrera, ampliación de estudios en Alemania y Austria y más tarde congresos y otros frecuentes viajes al extranjero mermaron su tiempo libre; pero el germen estaba sembrado en él. Aquél amor a primera vista, el flechazo que produjo su primer encuentro con Toledo, quedó como un fino dardo clavado en su culta sensibilidad y, mientras no podía visitar Toledo, la recordaba ansiando el reencuentro. Reencuentro que se produjo pronto dejando que el rescaldo que conservaba de su niñez hiciera arder en brasas su corazón, cual místico enamorado del quattrocento.

Por aquellas conversaciones en su consulta, y otras muy posteriores y esporádicas en sesiones extraordinarias de esta Real Academia, a las que él asistía como Académico Honorario que era, yo estaba plenamente convencido de que el Dr. Botella era un ferviente adicto a Toledo. Y era un enamorado desinteresado pues no le obligaban compromisos contraídos por distinciones que no tuvo de índole municipal o gubernativa. Su celo por Toledo y cuanto él hiciera por ella, estuvo siempre impregnado del más puro y limpio concepto de la generosa entrega.

Mas, el Dr. Botella no era hombre que sintiera plenitud en la sola contemplación; tenía que poseer algo de su amada ciudad para sentirse parte de ella. Y al fin consiguió hacerse propietario de una porción de su Toledo, lo que le llevó a volcar más su interés y su tiempo por esta vieja ciudad. Por esto, cuando me encargaron coordinar un número especial de la revista ARBOR dedicado a ciudades milenarias, no dudé un momento en solicitar un artículo para ese fin de este ilustre toledanista que compartió su vida entre el mundo y su vieja querida ciudad amurallada. En su artículo nos cuenta a retazos su relación de «hijo adoptado», ya que no «adoptivo», con Toledo.

Nos dice que ya casado y con su hija niña, algunos sábados y domingos que no almorzaban en la Venta de Aires, hacían «picnis» en «El Valle», en el lugar que hoy ocupa El Parador. Y desde allí veían al otro lado del río frente al cerro del Bú «un jardín con una casa abandonada. Como aquello era por San Lucas, la morería vieja –nos cuenta el Dr. Botella– yo pensé que podría tratarse de la casa en ruinas de uno de aquellos moriscos que expulsó Felipe III, y me dio por llamarle ‘El Jardín del Moro’».

El azar hizo que un día hablando con otro toledano esposo de una de sus pacientes, descubriera el doctor que aquél jardín se encontraba en venta por los herederos de su antiguo propietario. Y lo adquirió. Y aunque aquél palacete jardín ya tenía nombre, el idealista José Botella quiso conservar el que un día contemplándolo desde el otro lado del río junto a su esposa y su hija niña, le pusieron tal vez cogidos de la mano: el romántico nombre de «El Jardín del Moro». El doctor Botella era ya dueño de un trozo de su querido Toledo, y su entrega a esta vieja ciudad fue desde entonces desproporcionada; es decir, en mucha mayor proporción que el pequeño porcentaje de suelo que poseía. Y permítanme decirles, en

mucho mayor proporción fue su entrega a Toledo, que lo que él, nuestro querido Académico Honorario de esta Real Institución toledana, llegó a recibir de su amada ciudad.

Hay un canto de amor dolorido en algunas de sus preciosas frases en el artículo referido. «...Dejadme antes que os diga –dice el doctor Botella– que a pesar de vivir aquí una tercera parte de la semana, y a despecho de que siendo rector complutense, traje por primera vez y por decisión mía personal –que buenos disgustos me costó– los estudios universitarios, no tengo el honor de ser toledano. He conocido a media docena de alcaldes y todos o casi todos me han prometido hacerme ‘hijo adoptivo’ pero después, nada de nada». Y sigue el doctor Botella: «No me importa, porque yo he hecho a la ciudad, a su casco viejo amurallado, mi ‘Madre Adoptiva’, y esa honra autoproclamada, ya nadie me la puede quitar».

Su artículo rezuma amor por todas sus hojas. Y contrastando sus días de Madrid con los que pasaba en Toledo, nos cuenta: «En Madrid tengo prisa, estoy mirando al reloj siempre, lo que a veces me hace parecer descortés con la gente. Aquí en Toledo, no. (Adviértase por esta frase que el artículo está escrito en Toledo. Y adviértase también en la frase siguiente el tono de su modestia). El tiempo fluye lento, y así pasan horas y horas. Si yo tuviera detrás de mí, una obra importante, bien científica o bien literaria, podría decir qué libros he escrito aquí en mi celda del piso bajo. Sin embargo, como lo que yo he hecho no vale gran cosa, a mí mismo se me olvida dónde lo he escrito».

En otras páginas de su artículo mencionado, nos dice: «Los conventos: Santa Isabel, los dos Santos Domingos, Santa Clara, San Clemente... joyas recónditas que nadie visita. Porque el gran pro-

blema de estos monumentos, hoy ya únicos en el mundo, es que los ve muy poca gente. A Toledo hay que venir una semana entera o muchos domingos seguidos. Pero aun disponiendo de ese tiempo, hay cosas que no se pueden ver; las parroquias que solo abren a la hora de las misas, los conventos que salvo Santo Domingo el Antiguo, que felizmente se ha museificado, son de máxima clausura, y esa capilla de San José con sus dos Grecos fenomenales, que parece también un convento porque no hay manera de entrar en ella».

Le dolía al Dr. Botella que parte de las bellezas de Toledo no pudieran mostrarse a sus visitantes. Tenía el sentimiento de que, a quienes venían a ver esta milenaria ciudad se les escamoteaban parte de sus riquezas tangibles o sensitivas que, de poder mostrarse, harían las delicias de nuestros huéspedes. Y, mostrándose como un ferviente toledanista, orgulloso de serlo, nos transmite ese sentimiento desde su artículo, queriendo buscar soluciones.

«¿Cómo organizaríamos que todo este Toledo fuera visitable? Los conventos, podrían imitar a Santo Domingo o a la Encarnación y las Descalzas Reales de Madrid. Un convento de clausura es una delicia. No solo por las joyas de arte ocultas que contiene, si no por su ambiente y su silencio que nos transporta a otras regiones del espíritu. Entrar en un convento de estos, es un baño de paz. Yo he entrado pocas veces, lo hacía con frecuencia cuando me llamaban como médico. Vas por un claustro a ver una monjita enferma, y otra te va precediendo tocando una campanita. No encuentras a nadie, sólo silencio y soledad. Estas fuera de este mundo. No habéis visto amigos míos –dice el doctor Botella–, la delicia que es en Madrid a un paso de la Gran Vía, estar en el claustro o ver el huertecillo de Las Descalzas, con un rascacielos al fondo. En Toledo la impresión es todavía mucho mayor. Si las gentes de la ciudad, pudieran entrar

en estas clausuras, claro es que limitadamente y a ciertas horas, lo de menos sería, con ser mucho, las antigüedades que se verían, lo verdaderamente importante sería el efecto psicológico; un verdadero baño de paz. Muchos melómanos van a un concierto para que el 'alma se serene' como decía fray Luis en su poema a Salinas. Pues bien, yo os digo amigos míos, que entrar en una clausura toledana es escuchar la más pura de las melodías».

Qué gran toledanista perdimos el pasado 2 de octubre. A los creyentes nos consuela saber que todo no acaba aquí. Pero no podemos evitar un asomo de rebeldía al comprobar que ya no contamos con su acertado consejo, con su cálida palabra, con su cariñosa amistad.

Yo estuve sentado a su lado y al de su muy querida esposa el día que pronunció su pregón del Corpus en la catedral de Toledo. D. José estaba emocionado. Sentía como un gran honor aquél servicio a sus paisanos de corazón. No quería pensar siquiera que el honor era para nosotros, los que tuvimos el privilegio de escucharle sin saber que aquella sería la última vez.

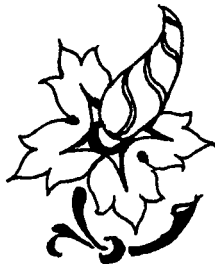
Señor alcalde: desconozco las normas de protocolo en los expedientes para estos casos. Pero de haber alguna posibilidad, permítame que en nombre de esta Real Academia le solicite, siempre que como digo fuera posible, la concesión del honor de Hijo Adoptivo a título póstumo para el que ya fuera hijo adoptado a voluntad propia, Excmo. Sr. Dr. D. José Botella Llusía.

Él había dicho en el artículo que refiero: «Y en fin os digo, que os habla quien se enamoró de esta ciudad siendo niño y que ya hombre, supo hacerse un rincón en ella, para descansar y para meditar». A lo que yo añado: «y para morir». El día 2 de octubre pasado, unas

horas antes de comenzar nuestro curso académico cuya sesión inaugural tuvo lugar el día 3 por la mañana, fallecía el Dr. Botella en su casa de Toledo. Nos enteramos un instante antes de empezar la correspondiente sesión pública y solemne. Yo, guiado por la emoción de la noticia y sin pensarlo detenidamente, tuve la osadía de pedir una oración puestos en pie por el alma de nuestro Académico Honorario. He de confesar, no obstante, que todo el público que llenaba la sala, de cuya filiación religiosa o política no tenía noticia alguna, respondió en pie a la oración que fue dirigida por nuestro Académico Censor el canónigo don Jaime Colomina Torner.

Y aquél niño que se enamoró de una ciudad y de mayor decidiera hacerla su «madre adoptiva», vino después a entregar la vida en el regazo de su madre.

Que Dios le conceda el descanso eterno.





## GONZALO PAYO, POETA

RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN  
Numerario

Gonzalo Payo Subiza ingresa en esta Academia el 16 de mayo de 1976, con un discurso que titula «*Los terremotos en Toledo y en la Meseta Central*», un excelente y original trabajo sobre historia de la ciencia en el que fusiona, de forma admirable, su dimensión profesional y científica, con la historiografía local. Fue contestado en nombre de la Corporación por el Numerario Máximo Martín Aguado, otro gran científico toledano.

Gonzalo Payo ha sido un buen ejemplo, un paradigma, de lo que suele llamarse una «cabeza universal» o renacentista, aun cuando yo siempre he preferido decir de él que era más bien un hombre de la Ilustración, una persona de talento y talante ilustrados; en él se conjugaban muy bien por un lado el apego, redescubrimiento y exaltación de sus raíces, en su caso, la familia, el terruño, y lo cotidiano; por otro lado, la supremacía de la razón y de la ciencia; el amplio espectro de su curiosidad intelectual, su honda afición al cultivo de muy diversas manifestaciones culturales, artísticas y literarias; su carácter innovador y rebelde, su afán por remover y transformar una sociedad bastante esclerotizada.

En la primavera de 1994 dictaba una conferencia en este Salón, titulada «*Pasado y presente de mi poesía*». Me correspondió hacer su introducción, y en ella llevé a cabo un brevísimo apunte bibliográfico, lo que me hizo reflexionar acerca de la necesidad de que algún día se hiciera un amplio estudio sobre su vida y obra, opinión en la que me ratifico en el día de hoy, meses después de su falleci-

miento. También en esa ocasión manifesté mi convicción íntima de que Gonzalo Payo científico, escritor, pintor, político, era esencialmente poeta, actividad en la que con más profundidad podía apreciarse medularmente su personalidad; en la poesía reflejaba sus más hondas inquietudes, su percepción trascendente de la realidad, sus más vibrantes emociones, sentimientos y pasiones, sus más desazonantes preguntas sobre el alma humana, su preocupación casi obsesiva por el tiempo venido y por venir: por la finitud, la inmortalidad.

Desde 1960 Gonzalo Payo ha publicado cerca de un centenar de trabajos de sismología presentados a Congresos y Revistas especializadas de Geofísica, tanto en España como fuera de ella y que constituyen el bagaje fundamental que sustentó su prestigio científico.

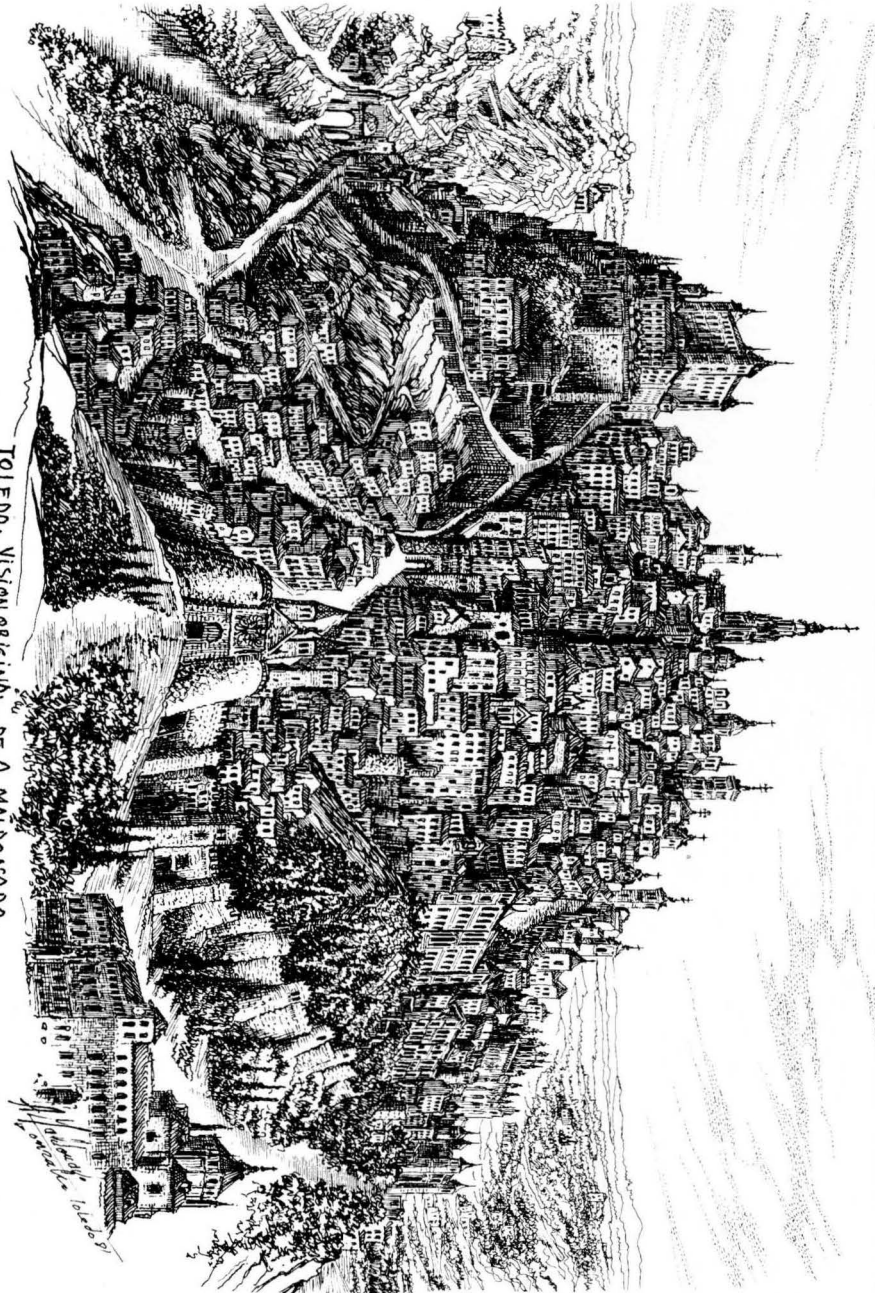
Como escritor en prosa ha dado a luz, asimismo, varias obras: «*Apuntes sobre un lustro de historia reciente*» (1993), texto en clave política.

«*La Tenaza*» (1984), dedicada a su esposa Pili, novela que fue finalista del Premio Ateneo de Sevilla, acusa el impacto de la Guerra Civil y constituye un relato testimonial, tanto de su generación, como de los acontecimientos políticos vividos.

Algo más tarde escribiré «*La Escala de Richter*», también finalista del Premio Planeta (1987), relato que gira en torno a un tema profesional, en línea con algunas tendencias de la novelística contemporánea, en la que un asunto conocido y descrito con rigor y erudición se injerta en la trama global de la novela.

«*La Herencia Fenicia*» (Observar y vivir) (1997) que el autor dedica también a su esposa e hijos. De Editorial Zocodover, reúne

TOLEDO, VISION ORIGINAL DE A. MALDONADO.





una colección de artículos publicados en las ediciones toledanas de los periódicos ABC y YA, principalmente. En ellos puede verse una descripción reflexiva de la sociedad finisecular; constituye en conjunto un buen testimonio para los estudiosos de la época.

Con posterioridad a esta fecha de 1997, es decir, en sus últimos años, continuaría cultivando este género periodístico, hasta el día mismo de su muerte, con la ayuda amanuense de su esposa Pili y de su hija Pituca. Sería interesante que pudiéramos también reunir en un libro todos estos artículos de los últimos cinco años.

Sin embargo, para mí, la más bella prosa, escrita por Gonzalo vio la luz en este Salón y en este ambón. Fue en el discurso de Apertura de Curso de la Academia el 6 de octubre de 1985, pues de acuerdo con el protocolo reglamentario de ese año le correspondió a él. Se titulaba «*El lenguaje y el ambiente rural de los años cuarenta*». Tras unas reflexiones previas, elaboró un relato sorprendente sobre el habla en un medio rural, tras haber seleccionado un millar de vocablos reordenados gramaticalmente con la ayuda de una programación informática. Fue un verdadero reto lingüístico que resolvió con su habitual brillantez. Quede también como una reliquia de un modo de hablar que actualmente se nos difumina, se nos empobrece, que amenaza con desaparecer y que probablemente se extinguirá con la muerte de los más viejos del lugar, pasando de ser un lenguaje vivo a mera curiosidad de filólogos.

Su primer libro de verso «*Ensueños...*» aparece en 1953, es decir cuando el tenía 21 años. Es una modesta edición, prologada por don Clemente Palencia. Obra muy diferente, en versificación y temática, a su producción posterior. En ella puede verse un canto ilusionado a la vida, al amor y a la ciudad de Toledo, con ecos románticos de Bécquer y Zorrilla. El propio autor le concedió gran

importancia en el recital de mayo del 94, declamando numerosos poemas de la misma. Y es que, evidentemente, tanto esta obra como los poemas publicados aun antes de esa fecha en la revista «Ayer y Hoy», son fundamentales para el conocimiento de su andadura poética y espiritual. Citaré un breve poema que seguramente hará revivir el recuerdo de muchos adolescentes toledanos de hace medio siglo.

Se titula «*Tarde de sol*».

Tarde de sol de invierno,  
 La luz se tiñe de doradas sombras;  
 el domingo agoniza  
 en el silencio de tan dulces horas.  
 Lenta y cansada  
 la caravana del amor retorna  
 y grave asciende la empinada cuesta.  
 El sol se hunde en la alargada loma.  
 Y Toledo, agosto rey de siglos,  
 en su serena placidez remota,  
 se estremece de amor, y en sus almenas  
 brotan fugaces lágrimas de historia

La tradición de la «*Campana Gorda*» le inspira los siguientes versos:

«Cuenta la tradición,  
 gigantesco eslabón de los recuerdos,  
 que al grandioso rugido de sus notas  
 se estremeció Toledo;  
 y una blanca nevada de cristales  
 cubrió de luces su quebrado suelo...

¡Ay! si como Toledo yo tuviera  
 una campana así dentro del pecho,  
 que a su ronco sonido despertara  
 mi corazón de su angustioso sueño  
 y una lluvia de amor brotase al soplo  
 de sus gigantes ecos...»

Aun cuando Gonzalo Payo no se desvinculó nunca del mundo poético, ya fuera escuchando, leyendo o escribiendo, hasta 1978 no aparece la obra «*Debajo del silencio*», prologada por Francisco Umbral quien aprecia una influencia de Machado; recoge poemas de los últimos 15 años, dando luz al tiempo a una serie de poemas de su padre, don Marco, persona de la que, ya he dicho, siempre escuché palabras de sabiduría, tolerancia y elevada moral. Gonzalo las introducía así:

«Cuando volvió mi padre  
 trajo unos versos,  
 como cantos rodados  
 de un cauce seco.  
 Herencia dolorida  
 de un hombre bueno  
 Partida España,  
 ¡cuánto dolor inútil  
 llevaste dentro!»

Siguiendo la estela dejada por los versos anteriores, Gonzalo empieza a mostrar su preocupación por el tiempo pasado y su finitud:

«Hoy quisiera olvidarme de aquel silencio  
 respirando esta brisa nueva que vuelve.

Pero ya es tarde,  
 pues el tiempo se aprieta contra mis sienes.  
 Habrán de ser mis hijos los que recojan  
 esta cansada antorcha que languidece.

Debajo del silencio  
 los niños crecen  
 Debajo del silencio  
 los hombres mueren...»

Pero es cada vez más insistente la incertidumbre sobre la finitud o infinitud del ser humano, el aniquilamiento o la pervivencia más allá de la muerte, la existencia o no de un Ser Supremo más allá de las estrellas o los agujeros negros. En definitiva, una meditación apasionada, una soterrada religiosidad que fluye cada vez más caudalosa en una lucha verdaderamente agónica, como la de Unamuno, entre la evidencia científica, el anhelo de inmortalidad, la duda razonable y el cansancio de vivir.

En ocasiones; parece extenderse a lo largo del poema una especie de tenebrosa «noche oscura»; diríase que una bruma de melancolía existencial invade el verso, aliviado si acaso al final, por algunos rayos de esperanza. Procuraré ilustrarlo con una selección de textos de esta época:

«Y me abrumba vivir y haber nacido  
 y me duele morir tan ignorado,  
 y me angustia ese cielo tan vacío  
 y me hiere el amar y ser amado.

.....  
 Pero aquí estoy, Señor, desconocido  
 de Ti y de los demás y solitario

.....



En tanto, tengo amor y tengo alma  
tengo fuego y dolor entre mis manos  
tengo luz y placer y tengo vida  
y hasta tengo una Fe que no he buscado,  
que siembra con su frágil esperanza  
la inmensa oscuridad de lo ignorado  
Mi esperanza se entregará a la suerte  
si resulta un instinto pretencioso  
este ansia de vivir tras de la muerte».

En la citada sesión poética; celebrada en este Salón, él mismo diría: «En esta etapa, yo solía hablar con Dios, con frecuencia. No me entendía muy bien algunas veces. Sobre todo no nos entendimos bien por la oscuridad que rodea al ser humano en la vida». Ello se explícita sobre todo en dos poemas titulados «*Oración*» y «*Díselo tú, Señor*»:

«Y nos fuerzan, Señor, a verte solo  
en la sencilla imagen de la Iglesia.  
Díselo Tu, Señor, diles que es cierto  
que Tu estas en el sol y en las estrellas  
que tus dedos Señor, cuentan el tiempo  
en millares de siglos; que tu fuerza  
es la causa sin fin de la energía,  
que arrastra las galaxias por la negra  
región inaccesible del espacio  
en muda huida, misteriosa y bella».

«*Al caer la tarde (Poemas de amor y muerte)*» se publica en la «Colección Miradero» de Gómez-Menor, en 1992. En una nota prologal, en prosa, fechada por cierto en 29 de febrero (es decir, en día bisiestro) nos evidencia su clave temática; dice así:

«Toda manifestación de vida gira de forma natural en torno al amor y la muerte... Sin embargo, al caer la tarde, cercano ya el otoño la luz del atardecer suaviza negruras y difumina las aristas de nuestros sentimientos. Por eso entonces, podemos dialogar con la muerte sin avergonzarnos de ser frágiles y hablar del amor con la serenidad de sabernos inmortales.

Aunque estos diálogos aparezcan siempre teñidos de una inevitable melancolía».

La lamentación sobre el «tiempo perdido» es cada vez mas insistente:

«He llegado ya tarde.  
 Muy tarde a tantas cosas importantes,  
 muy tarde a tantas cosas...  
 Tarde al amor, tarde a la esperanza  
 a la reflexión, tarde a la duda  
 tarde al anochecer, tarde a la aurora  
 Tarde a la juventud y a la locura  
 .....  
 Tarde al verso, a la música y la prosa.  
 .....  
 Y he llegado también al pueblo tarde,  
 en mi vida política;  
 y he dejado jirones de mi mismo  
 en la aventura hermosa.  
 Y hoy que soy tan permeable  
 ya no me queda historia;

Sigue la muerte, la finitud, como concepto o suceso que ali-

menta sus poemas de forma sustancial o accidental, pero siempre presente:

«Sé que no esta lejana mi partida  
aunque tal vez no sepa por qué muero.  
Quizá porque he vivido intensamente  
y he gastado mi cupo  
de amor y sufrimiento.

.....  
Pero quiero olvidarme día a día  
de este presentimiento,  
porque debo agotar todas las horas  
que aun quedan en mi cuerpo  
para sembrar amor a manos llenas  
en esta hermosa tierra  
que poco a poco dejo».

«*Paisaje interior*», aparece en 1996 en una edición artesanal de la «Colección Ulises». Como dice bien el título es el fruto de una introspección, repleta de nostalgias y añoranzas. Comienza así:

«He nacido y vivido y he dejado  
un lecho de guijarros ya redondos  
de tanto caminar en mi torrente.  
.....  
Pero aun estoy aquí mirando el firmamento  
Gozando de palparme y verme libre  
.....  
y para averiguar si la esperanza eterna  
que tenía Unamuno se confirma,  
pues me sobran deseos de estar vivo».

En esta obra, puede leerse una definición de poesía, desde su personal subjetivismo; creo que ilumina bastante la interpretación de sus composiciones:

«Palabras,  
sinfonía de ideas en la niebla,  
símbolos doloridos  
y signos jeroglíficos del alma  
sobre un papel en blanco  
.....  
Vibraciones aisladas  
disonantes agudos,  
en un concierto de instrumentos rotos  
y un permanente fondo melancólico».

Melancolía otra vez esta palabra siempre la cruel melancolía. Algunas personas de su círculo íntimo y principalmente su esposa le advirtieron de esta frecuente reincidencia... Él respondió a la objeción con otro poema:

«Te quejas de mi verso melancólico.  
Me acusas de envolverme en la tristeza  
escondiendo la luz de cada día  
en mi negro rincón de pesadumbres  
en mi inquietud perpetua  
y en la desesperanza de un cielo despoblado  
que sólo tiene estrellas...  
Tienes razón en tu reproche sabio  
mi poesía se duele con la duda  
de este morir cansado y permanente...

¡Cuando escribo mi espíritu se rompe

y vuelan con el viento  
pedazos de mi alma!»

Finalmente, en el 2001, es decir, un año antes de su fallecimiento, aparece su último libro de poemas titulado «*La Edad Temprana*» editado por la Diputación Provincial y que lleva por cierto un magnífico prólogo de nuestro compañero Alejandro Fernández Pombo. En esta última obra, y, pese a haber desaparecido de la misma, temas para él tan preferidos, como la angustia del tiempo perdido, la muerte y la vida mas allá de la muerte, debo decir que me parece una obra premonitoria de su ya cercano final. En ella se sumerge totalmente en sus recuerdos de infancia para ir describiendo, de forma plácida y sencilla, cada uno de los escenarios, tan intensamente vividos de niño en la viña familiar de Pulgar: son veintiséis estampas, entre las que figuran «*El Camino*», «*El Árbol seco*», «*La Noria*», «*La Siega*», «*La Bodega*», «*La Tormenta*» o «*La Camilla*».

En muchas de las estrofas finales puede encontrarse la palabra «esperanza». Tomo unos versos de la dedicada a «*La Siesta*»:

«La siesta en el secano tiene una densa bruma  
y un olor especial inacabado  
y una melancolía placentera  
y una dulce alegría rebosante.  
No es tiempo de morir, ni de perderse  
en el dolor efímero  
de saberse de paso en el camino.  
La siesta es un paréntesis del tiempo  
donde el alma dormita sin temores  
y el cuerpo recupera su esperanza  
y recobra el aliento  
que tanta madrugada ha traicionado».

Pareciera que con el sosiego de quien tiene el deber cumplido, las alforjas llenas y consciente de haber dejado una profunda huella, desea esperar pacientemente a la barca que le traslade a la otra orilla.

«Sé que no está lejana mi partida  
aunque tal vez no sepa por qué muero»

había dicho.

Pero, años antes, ya se manifestaba así:

«Hoy he estado tumbado bajo un árbol,  
que ya era enorme cuando yo era un niño,  
escuchando el silencio de la tarde  
y el acorde monótono de un grillo.  
Todo el aire ha venido a saludarme  
y a traerme amoroso sus latidos

.....  
Yo nunca estaré solo en esta tierra  
de la que soy cautivo.

En esta tierra castellana y seca  
el silencio está vivo  
lleno de luz, de pájaros y flores  
y lejanos ladridos  
que se funden en cálida armonía  
con el blando susurro de las hojas  
de los chopos los cardos y los pinos.  
Cuando yo muera quiero que me dejen  
donde pueda escuchar estos sonidos,  
que viven en el aire de mis campos  
que son el campo mismo.

Cuando yo muera dejarme en compañía  
de este silencio vivo».

Y, permitidme que dedique mis últimas palabras, a su esposa. Sin ella, estoy seguro que Gonzalo Payo no hubiera podido culminar una vida tan plena, fecunda y diversa. Musa permanente y, a la par, consejera de su actividad poética; enfermera vigilante para su frágil salud, compañera inseparable en el gozo y en la pesadumbre, en las luces y en las sombras; cobijo, refugio en tiempos de tristeza, abatimiento y cansancio, su impulso vital, su optimismo inquebrantable, proporcionaba renovadas energías a su cotidiano y duro bregar.

Sería, al fin, la que depositó devotamente su cuerpo en donde él siempre había querido: en la compañía de ese su «silencio vivo».



## **GONZALO, EN EL RECUERDO**

GUILLERMO SANTACRUZ SÁNCHEZ DE ROJAS  
Numerario

Excmas. e Ilustrísimas Autoridades:

Ilustrísimos miembros de esta Real Institución Académica.

Amigos y amigas que nos acompañáis en esta sesión de homenaje al Excmo. Sr. D. Gonzalo Payo Subiza.

Querida Pilar:

Deseo que seas, en compañía de tus hijos, el referente de mis recuerdos sobre Gonzalo.

Fueron muchos años de relación entre él y yo, fluyendo ahora en mi memoria varias de las numerosas circunstancias vividas en común, deseando concentrar solamente tres aspectos de la rica personalidad de tu marido, como testimonio personal de tres momentos entrañables, uno de naturaleza científica, al que denomino Movimientos Libres de la Tierra y otros dos de sentido lúdico, asignando al primero el nombre de Cacería con Cimbeles para evocar su afición cinegética y al otro Tiro Olímpico, por ser Gonzalo el introductor, en Toledo, de esta modalidad deportiva.

### **Los Movimientos Libres de la tierra**

Aunque Gonzalo y yo llevábamos varios años conviviendo en Toledo, apenas si habíamos tenido contactos profesionales.



Pero un día, sus esfuerzos por conseguir para el Instituto Geofísico de Toledo que dirigía, un lugar destacado en el desarrollo de investigaciones avanzadas, logró que se implantara en la Ciudad Imperial una de las estaciones experimentales que estaban montando los Estados Unidos de América para detectar y evaluar la importancia de los Movimientos Libres de la Tierra.

Yo conocía los más generales de rotación sobre su eje o traslación alrededor del sol pero desconocía los que se denominaban Libres.

El me los explicó porque estaban producidos por terremotos.

Me dijo, según creo recordar, que cada vez que se produce un gran seísmo generado por el movimiento de alguna de las placas tectónicas que forman la corteza del globo terráqueo, éste se bambolea en el espacio.

Es decir, que después de cada gran terremoto, la Tierra empieza a dar tumbos por el espacio como si estuviera borracha.

Además, se produce un cambio en la curvatura esferoide de la superficie de mares y continentes, encogiéndose como si un puño gigantesco empujara el globo por un lado, provocando una concavidad, mientras que por el otro surge una convexidad.

Estos son los Movimientos Libres que poco después del seísmo se extinguen, siguiendo la Tierra el de rotación, traslación y demás trayectorias galácticas.

Parece que el estudio de esos Movimientos Libres, aunque son de amplitud muy pequeña, tienen gran interés científico para conocer el comportamiento de nuestro soporte material en el espacio.

Los Estados Unidos habían proyectado un número muy reducido de observatorios de estos movimientos y Gonzalo había conseguido que uno de ellos viniera a Toledo.

Su instalación exigía un lugar adecuado, debiendo reunir unas condiciones muy concretas para que las mediciones fuesen validas.

El observatorio tenía que instalarse en una gran masa rocosa, preferiblemente de naturaleza granítica.

Gonzalo fué a visitarme al Ayuntamiento, proponiéndome encontrar el mejor sitio.

Para ello recorrimos toda la topografía del cañón del Tajo y la zona de los Cigarrales, descubriendo el lugar que cumplía todas las condiciones.

La entrada al nuevo Observatorio se estableció próxima al Puente Nuevo, comenzando a continuación las obras de perforación de una gruta que llegaría hasta las entrañas del roquedal que se eleva, casi cortado en vertical, entre el Castillo de San Servando y la Academia de Infantería.

Ese lugar fué el «nido» donde Gonzalo plantó sus precisos y preciosos instrumentos de medida para detectar los Movimientos Libres de la Tierra.

## **Cacerías con Cimbeles**

Como Gonzalo fue un cazador acérrimo y como yo era también aficionado a esta actividad cinegética, fuimos a cazar, alguna vez,

perdices y palomas de paso, modalidad que yo había practicado poco.

Me explicó la técnica del cimbel y las posibilidades inmensas que ofrecía el paso de las palomas procedentes de Alemania y Francia, cuando cruzaban España para invernar en África.

Para afrontar esa emigración, se formaban gigantescas bandadas que, a lo largo del recorrido, paraban a comer donde el palomo guía determinaba.

Dependiendo de la altura de vuelo, en el lugar de paso se emplean unas técnicas u otras para cazarlas.

En los Pirineos utilizan redes que se colocan en la coronación de los montes que deben remontar las aves que, al no verlas, se enredan en ellas.

En los terrenos llanos de Lagartera, Oropesa y Calzada de Oropesa, usan el cimbel.

Un día que estábamos reunidos con el doctor Álvaro Nodal, también aficionado a la caza, nos dijo, para animarnos, que le acompañáramos a los pueblos mencionados, por donde pasaban tantas palomas que nublaban el sol.

Resultó ser cierto pero volaban tan altas, que era imposible atinarlas, con escopeta.

El genio de los cazadores había inventado un artilugio para descolgarlas, utilizando cimbeles vivos, de papel o de plástico.

Un cimbel vivo es un palomo cautivo y entrenado que se coloca al extremo de una rama cortada de un árbol. Esta se articula en el centro, mediante un atado sobre otra rama fija, y, en el extremo opuesto, se coloca una cuerda que baja hasta el cazador.

Alrededor del árbol, normalmente frondosas encinas, se ocultan los escopeteros, y, alrededor del mismo, se colocan cimbeles de papel o plástico, que son palomos artificiales colocados sobre palitos clavados en el suelo de modo que parezca que están en movimiento. También se colocan palomas muertas, previamente abatidas, dispuestas como si estuvieran comiendo.

Cuando se observa el paso de un bando de palomas que vuelan altísimas, el cazador tira de la cuerda, elevando la otra punta de la rama donde se encuentra atado el cimbel vivo.

La paloma asciende hasta lo alto y, al soltar la cuerda, cae deprisa, lo que obliga al animal a mover las alas para mitigar la caída, semejando que se está posando sobre el árbol.

El palomo guía del bando, ve, desde su altura de paso, que una paloma o más, se están posando sobre un árbol mientras otras se encuentran en el suelo, alrededor del mismo, por lo que supone que hay comida abundante.

Entonces inicia un picado, seguido por toda la bandada.

Es emocionante ver como cientos de palomas descienden en alud hacia donde están ocultos los cazadores. En un momento estos se encuentran rodeados de aves en busca de comida, dando vueltas alrededor del árbol.

Es el momento adecuado para elegir el blanco y disparar, disponiendo solamente para ello de unos segundos porque, en cuanto se organiza el tiroteo, la bandada remonta el vuelo y desaparece.

Lo normal es que resulten muertos varios animales, que se colocan como cimbeles en el suelo a la espera de otra bandada, que no tardará muchos minutos en llegar si el paso de palomas es bueno.

Gonzalo, el doctor Nodal y yo, pasamos muchos días practicando este arte deportivo, que hoy recuerdo con la añoranza que da el tiempo transcurrido desde entonces.

## **El tiro olímpico**

Sin embargo, mi relación más intensa con Gonzalo no se debió a sus inquietudes científicas ni cinegéticas sino a la afición que sentía por el tiro deportivo con escopeta, especialmente en la modalidad olímpica.

Gonzalo se definía a sí mismo como hombre-escopeta y me comentó que le había dicho a su mujer que si no quería que hubiese divergencias matrimoniales serias, no se interpusiera nunca entre él y sus armas.

Por aquellos años, un conocido empresario de la construcción en Toledo, Ángel Nicolás Cambón, y su gran amigo, el Ayudante de Obras Públicas, Ángel Martín Mejía, adquirieron, en dos fases, una amplia zona de los cigarrales de Toledo, denominada Las Pontezuelas o La Pozuela porque en ella estuvieron los pozos de un primitivo abastecimiento de aguas a la ciudad.

Aquella adquisición podía utilizarse como base de un buen negocio inmobiliario o como el germen de un gran club deportivo.

Les propuse esta segunda posibilidad y aceptaron, dividiendo el terreno adquirido en parcelas que vendieron a sus amigos, al precio de coste, encontrándome yo entre ellos.

En el centro de la zona, presidida por el denominado Cerro Gordo, que es la mayor elevación situada en la zona sur de su término municipal, se dejó una extensión muy amplia para constituir el gran club deportivo que habíamos soñado, al que bautizamos con el nombre de Centro Deportivo Pozuela.

Ángel Nicolás fué el socio n.º 1; Ángel Martín fue el n.º 2 y yo el n.º 3.

La vasta extensión de terreno disponible permitió la construcción de un conjunto de instalaciones de tiro con escopeta, además de una hípica y las piscinas actuales, que sobreviven de aquella primera etapa.

En la época inicial de este Centro nació, bajo el impulso de Gonzalo, la Sección de Tiro Olímpico, cuyas instalaciones contenían una cancha para la modalidad de foso y skeet.

En ellas tiraron primeras figuras nacionales, iniciándose, también, futuros campeones olímpicos, como Guardiola.

Seguramente, en ningún otro deporte practicado en Toledo, llegaron los toledanos a mayor altura competitiva que en el tiro olímpico, en la época en que lo impulsaba Gonzalo.

Los equipos de Toledo, bajo su dirección, participamos en numerosas competiciones de ámbito local, provincial, regional y nacional y fueron numerosos los trofeos conseguidos.

La cesión de terrenos a la Caja de Ahorro de Toledo para saldar las deudas contraídas para la construcción de una casa-club de notables dimensiones, terminó con la vida del centro deportivo Pozuela y con ello la del Tiro Olímpico desarrollado en el mismo.

Gonzalo, al acceder a la Presidencia de la Diputación de Toledo, arrendó unos terrenos propiedad de la misma al nuevo club de tiro formado por los tiradores de Pozuela para dar continuidad a la afición nacida en las primitivas instalaciones, teniendo ahora una vida bastante pujante, con tres fosos, lo que permite que se celebren tiradas nacionales.

Gonzalo siguió apoyando su deporte más querido como Presidente de la Diputación y de Castilla-La Mancha, siendo el sostén de ilusiones y añoranzas deportivas durante su larga y tenaz lucha para vencer a la enfermedad, que finalmente le derrotó en la más terrible competición de su vida.

Los años que pasé junto a él, hablando de los Movimientos Libres de la Tierra, cazando palomas o rompiendo platos, que salían disparados desde los fosos subterráneos o las torres de skeet, son para mí un recuerdo imborrable.

Gonzalo Payo Subiza fue una personalidad humana actual de corte renacentista, abarcando su inquietud muchas facetas de su vida.

La deportiva solo fué una de ellas.

Quizá no la más trascendente pero, desde luego, sí una de las más entrañables en mi recuerdo y en el de cuantos sentimos, ayer y sienten hoy, la hermosa afición del tiro olímpico.

Yo me consideré muy identificado con su impulso para desarrollar las instalaciones de Pozuela y durante los años dedicados a ello, también intercambiamos nuestra mutua afición a la poesía.

Gonzalo hizo realidad, en Toledo, los famosos versos de Machado.

*«Caminante, no hay camino.  
Se hace camino al andar»*

En Toledo, no existían caminos para esta modalidad deportiva. Gonzalo la fomentó, al aficionar a muchos de sus amigos a ella.

Su andar no fue disperso como parece deducirse de los versos anteriores, sino muy preciso, como correspondía a su mentalidad lúdica pero, también científica.

A esa mentalidad doy sentido poético actual diciendo que caminar

*sin rumbo, meta o destino  
nunca logra hacer camino.  
Para hacerlo hay que plantar  
tu huella sobre otra huella,  
porque esa pisada sella  
la que otro dejó al pasar.*



Gonzalo Payo Subiza hizo sendas en el caminar deportivo de Toledo al conseguir que, sus continuadores pisáramos sobre la trocha que el abría.

Sean estos humildes y borrosos recuerdos míos, expresión viva del reconocimiento de cuantos tuvimos el honor y el placer de compartir una modesta parte de su valiosa existencia humana, dando continuidad, en el tiempo, al camino que abrió en el ámbito deportivo de Toledo y su provincia.

Muchas gracias.



## GONZALO PAYO, PINTOR

FERNANDO DORADO MARTÍN  
Correspondiente

Por mi admiración a Gonzalo Payo Subiza, me es grato participar en esta sesión de homenaje. Dada mi dedicación a la pintura, mis palabras van dirigidas a la aplicación que él tuvo en esta faceta.

Hombre prolífico, de él se ha hablado menos como pintor. De amplios recursos, han sido otras actividades que desarrolló en su vida las que han sido más aireadas. Dentro de las grandes aportaciones que llevó a la sociedad en que se desenvolvió, creo que no deben quedar empalidecidas las que dejó patentes en sus cuadros al óleo.

Su abuelo paterno había dicho que era una cabeza universal; hombre del Renacimiento, sumaríamos; como repetidamente se califica a quienes tienen la capacidad de hacer sus vidas intensas y extensas, aquellos que como él están dotados y tienen la voluntad de producir con provecho para sus semejantes; los que inducen a reflexionar y que proporcionan valores éticos y también estéticos para animar a que nuestros comportamientos alcancen mayor altura.

La pintura, entre ella comprendida la de Gonzalo Payo, crean, en quienes contemplan sus ejemplares, la aptitud de saber ver y gozar lo que está a su alcance, aquello que sirve de modelo y de inspiración como lo que recogió con su personal interpretación Gonzalo.

Artista él que su percepción y su sensibilidad se veían reflejados en su semblante, mirada atenta y vivaz, reproduciendo su espíritu exquisito y generoso para cuanto giró a su alrededor. Fue compendio de lo que otros hombres extraordinarios, cada uno en su especialidad, pueden reunir. Cultivó la poesía, de la que demostró ser una notable figura; la pintura, la que se mira con atención; sus artículos y tomos literarios, que han quedado escritos para deleite llegando a sus páginas; sus trabajos científicos y hasta los recuerdos de los que nos dice su familia que halló un hueco para practicar y escuchar música; presidió organismos puesto su interés para bien de los ciudadanos administrados, y, en esa intensidad a la que aludíamos, atendió al deporte como complemento del discurrir de sus días, manteniendo un estado saludable, lo que le proporcionaba, sin cansarse, estar toda una jornada en el campo, del que, además, extrajo múltiples matices que supo llevar a sus lienzos, completados con tipos campesinos cuidando rebaños de ovejas captados con perfección, así como los caballos, que parecen moverse; todo ello manejando una paleta rica en brillantes colores.

En su libro titulado «La herencia fenicia» hace constancia de un pensamiento de su padre, el que apuntó que lo mejor es elegir una profesión libre, y no estar supeditado al estado incómodo de la nómina oficial. A eso añade Gonzalo Payo haber sentido cierta envidia por las profesiones liberales, como las de médico (no estatalizado), escritor, otra más, y también la de pintor. Contra ello podría objetarse que Payo ejerció en su puesto de trabajo como Jefe del Observatorio Geofísico de Toledo con entusiasmo, y que sus estudios y vocación estaban plenos de iniciativas en el discurrir de su tiempo. Con iguales disposiciones desarrolló su labor de profesor, acompañando a sus lecciones de Matemáticas sus dotes de encomiable educador.

En cuanto a la pintura, la suya es de atrayente colorista; ensaya enfoques que luego el que los ve disfruta del estudiado equilibrio conseguido. Cielos prevalentemente dulces, sin estar omitidos los de momentos tormentosos sobre lejanías de tonos leves; en todas sus muestras se advierten los diferentes planos necesarios para lograr convincentes perspectivas. Examinando su pródiga producción, vamos desfilando puestos nuestros ojos en motivos como las sugerentes parcelas en barbecho, encinas, olivos y, en fin, tierras luminosas por las que correteó en su infancia y atrochó, ya maduro, con su escopeta de caza, alternada en días con el caballete para recoger variedad de panoramas campestres de que tanto gustó. Cuadros están en su casa descubriendo los ocres del secano o la jugosidad de cuarteles más generosos; olivos de verdes tirando a grises, y con tonos más acusados majestuosas encinas. En otras obras, Payo Subiza presenta espléndidos carmines en árboles del amor en primera línea, y al fondo fríos azules diluyendo cercanías hasta alcanzar el horizonte. No le faltan las aguas, que parecen tocarse, y en sus orillas más caballos moviéndose o corderos con sus madres en ordenación real con su pastor.

Acusa su buena preparación con el dominio del dibujo, inicialmente aprendido en sus estudios de topógrafo y de ingeniero geógrafo, que le dio pie a extenderse con el carboncillo en habilidades artísticas, llegando hasta coger la espátula dispuesto a dar mayor fuerza a lo que quiso destacar. Toledo, en la que vivió casi toda su vida, fue escena de inspiración; de la ciudad pueden verse panorámicas cogidas desde su lugar de trabajo de sismógrafo en espacios florales contrastados con un bonito conjunto de pitas. El puente de San Martín no falta en su vasto repertorio pictórico, visto desde lo alto del espolón sobre el río, desde una ocupada residencia pegada a Gilitos. Gonzalo Payo conoció al dedillo Toledo; en él buscó los mejores puntos de vista para obtener sus paisajes. También los

encontró a propósito de los ratos invertidos con su caña de pescar, recreándose al mismo tiempo con la gama de colores que le ofrecían el río y los llanos y bajadas que le delimitan. Cuenta en uno de sus artículos literarios que en esta diversión algunas veces llevaba a un nieto, al que llamaba sobrino, porque se resistía al tratamiento de abuelo; y tenía razón, porque su apostura y su semblante siempre correspondieron al de un hombre joven, ágil y vigoroso. A ese niño, mientras esperaba que una carpa picara el anzuelo de su caña, le enseñaba las vertientes que caen al Tajo desde lo alto de la Virgen del Valle, con sus chopos en la orilla, enfrente a la que estaban ellos, la del Barco Pasaje, particular enclave para, terminarlo, firmar un buen óleo.

Gonzalo Payo se movió dentro de círculos de artistas, de ellos en la aparecida Sociedad «Estilo», de gran actividad en Toledo. En la revista de ella, «Ayer y Hoy», colaboró frecuentemente con su obra poética. Conoció y fue amigo de pintores inscritos en la Asociación, algunos de ellos procedentes de las zonas rurales de sus comienzos, como él. De estos medios rurales –se ha referido muchas veces–, Guerrero Malagón, en su pueblo natal, se entretenía marcando sus carbones en enjalbegadas paredes; otro tanto lo hizo Francisco Sans Uguet en el ibicenco Alayor, del que es originario, en años en que no podía preveer que vendría a montar su estudio de la toledana calle del Angel, ya cuajado artista; uno más, el pintor, ya olvidado aquí, vecindado actualmente en Mislata (Valencia), Florentino Peces Martín, nacido en 1907, que en su infancia empezaba su inclinación dirigida al Arte queriendo reflejar gallinas y patos en las enlucidas tapias del cigarral «El Torero», finca de la que su padre era el guarda.

Gonzalo Payo hizo amistad con artistas extranjeros como Kasué y Aroldo Gamper. Distante de los caminos tomados por ellos,

él optó por ese ya tradicional neoimpresionismo que dominara el arte de los Vera, Beruete y Ricardo Arredondo. Esa misma tendencia con la que comenzara Rafael García Cano, el que sintetizó sus dos apellidos en el seudónimo de «Canogar» ya después de instalado en sus variaciones del Informalismo; Rafael García Cano, del que no es recordado que a sus quince años obtuvo, junto a los de otros pintores toledanos, el primer premio de su vida, aquí en su ciudad natal en concurso convocado por la Obra «Educación y Descanso», en agosto de 1948.

En un artículo publicado en la indicada revista «Ayer y Hoy», Payo Subiza, respecto a Arte, tiene expuesto este su pensamiento: «... el gusto de un pueblo se modifica por unos señores, a veces estupendos artistas, alentados por críticos más o menos sinceros, digan que su obra es la depuración del arte y que cualquier otra pintura es anticuada y pobre». Y sigue: «Nada hay tan desconcertante ver alabado un cuadro o la escultura que ni se entiende ni le pueden explicar. Pues toda explicación se le dice que eso hay que sentirlo o no sentirlo. Y malo es cuando una obra de arte necesita explicación».

Fue revista «Ayer y Hoy» órgano de comunicación en Sociedad donde se insertaron idearios y novedades poéticas, y en la que se incluyeron igualmente trabajos de dibujantes del ámbito local más relevantes y perteneciente a dicha Sociedad «Estilo»; la que organizaba exposiciones anuales de Pintura y Escultura antes de aparecer las Bienales del Tajo. Acudían los artistas más granados de Toledo y para los que a la vez preparaba concursos para premiar las obras más sobresalientes, requiriendo para formar parte de los Jurados a personalidades como las del crítico y catedrático Enrique Lafuente Ferrari y al renombrado artista rejero Julio Pacual, entre otros. Una de las Directivas de «Estilo», en 1957, fue constituida como presi-

dente Clemente Palencia Flores, vicepresidente Cecilio Béjar Durante y vocales Cecilio Guerrero Malagón, Fernando Jiménez de Gregorio, Antonio Moragón Agudo y, cómo no, el que ahora recordamos con cariño, Gonzalo Payo Subiza, todos ellos, por cierto miembros de esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, en diferentes épocas. Fueron muy celebradas y muy concurridas, en fechas más próximas, las exposiciones individuales que llenó con sus cuadros Gonzalo Payo, tales como las acogidas en la Cámara de Comercio de la capital toledana y la también del Palacio de Benacazón, esta última en 1999. En cuanto al número de visitantes para las suyas, desde de lo que él, en juicio escéptico impreso en su libro «La herencia fenicia», manifestaba esto: «Las exposiciones y el cine son de mi mayor gancho externo –y la partida de mus, claro– y en las exposiciones sólo están los cuatro amigos del pintor, o sea, poca gente; que los pintores son también como topos hacendosos que hacen poca vida social».

Cuadros de Payo se ven colgados en lugares donde menos se esperan: en consulta de médico enorgullecido noblemente éste de su posesión, en restaurante que se precia de coleccionar óleos de elegidos autores, y varios sitios más, con los que adornan, en mayor número para ver, los que conservan la familia, que reparten, principalmente su mujer, Pili, y sus hijos Marta, Marco, Piluca y Patricia. Entre ellos, dejó huella de su pasión por la pintura. Su esposa rinde entrañable memoria llevando los pinceles en sus manos para presentar unas buenas composiciones de flores; más atrevida, su hija de igual nombre, Pilar, familiarmente Piluca, y de ésta su hija Cristina, de ocho años, artista promesa que ya ha concurrido en exposiciones escolares. Todos guardando el gran cariño que siempre tuvieron para Gonzalo.

En cuanto a mi relación con él, quiero recordar que le expresé

el placer que sentía leyendo sus habituales escritos en la prensa, en comunicación que le hice semanas antes de que dejara de estar con nosotros. Me contestó con esta tarjeta que tengo conmigo, en la que me decía, junto a frases halagüeñas para mí, estas otras: «Querido Fernando: Te agradezco mucho tus palabras sobre mi colaboración de los miércoles en A B C y eso me alienta a seguir con ello. Ahora también tengo una colaboración 'ruralista' los viernes en ECOS. Gracias y un fuerte abrazo».

Y en efecto, en sus últimos días siguió escribiendo sus artículos, alguno salido a la luz cuando ya había dejado de existir. Su mujer es testigo de que continuó pintando hasta entonces, labor que entremezclaba dándole ánimos a ella, con lo que queda bien probada su gran entereza.

¡Gloria a hombre de prodigalidad en hechuras y de sabiduría tan extendida!

Muchas gracias.





## PERFIL DE GONZALO PAYO

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ  
Numerario

Las Artes y las Ciencias, diferenciadas a veces en ámbito coloquial con expresiones de disculpa o justificación de carencias diciendo «es que yo soy de letras» o «es que yo soy de ciencias», dejan claramente en nuestros ánimos la idea de la infrecuencia de compatibilidades de ambas materias en una persona.

No obstante dicha notoria infrecuencia, esta Real Institución, desde que sus fundadores decidieron darle nombre, quisieron cobijar ambas tareas bajo la denominación de Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, posibilitando la convivencia de las dos especialidades en personas diferentes y, por qué no, en un mismo individuo.

No es la primera vez en nuestra historia que en un mismo académico se han entremezclado las artes y las ciencias, concretamente las Bellas Artes con las Ciencias Históricas. Varios académicos de Bellas Artes han cultivado las Ciencias Históricas con notable aceptación. Igualmente, otros académicos de Ciencias Históricas han compartido sus tareas adentrándose en las Bellas Artes con relevante éxito.

Entre estos últimos tenemos el caso de don Alfonso Rey Pastor, director también, como nuestro homenajeado de hoy del Observatorio Geofísico Central de Toledo, quien en su declarada afición y amor por el arte y concretamente por la arquitectura antigua, dedicó una parte de su vida y de sus ilusiones a la localización

y descubrimiento de la Toledo romana con el replanteamiento del Circo Romano de la Vega Baja, el anfiteatro del barrio de las Covachuelas, y hasta el Acueducto del Alcázar. Lo corrobora su frase siguiente: «Si en algo me siento orgulloso de mi labor como hombre de ciencia, es por los trabajos arqueológicos que realicé en Toledo, en los que puse cuanto pude de mí mismo». Esta actitud de interés desde la Ciencia a las Bellas Artes, se repite en el que años después sería igualmente director del mismo Observatorio Geofísico Central, el Académico Numerario al que hoy rendimos homenaje, quien sobre el tratamiento de Ilustrísimo por académico, ostentó el de Excelentísimo por sus labores políticas, entre ellas la de Presidente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Presidente de la Diputación Provincial de Toledo, y Diputado del Congreso. Labores éstas que en nuestras intervenciones se han mencionado sólo de paso, dado nuestro interés en destacar sobre todo de don Gonzalo su personalidad académica.

Ingresó Gonzalo Payo en esta Academia en año 1976. Año en el que ingresamos también, nuestra inolvidable compañera Esperanza Pedraza, que gloria halle, y este humilde servidor que a ustedes ahora les habla. El ingreso de tres académicos en aquel curso nos confirió un especial aire de compañerismo entre nosotros, acrecentando singularmente el que ha habido siempre y hay entre los miembros de esta Real Institución. De ahí nuestros compartidos deseos de llegar a recibir juntos la placa de las «bodas de plata» que esta Academia entrega al cumplirse los veinticinco años desde el ingreso. Lo referíamos muchas veces y bromeábamos sobre la fiesta que organizaríamos para celebrarlo. Podrán ustedes comprender mi tristeza cuando, llegado ese momento, Esperanza Pedraza ya había fallecido, y Gonzalo Payo se hallaba gravemente enfermo; por lo que la placa de «bodas de plata» sólo pude recibirla yo, que siendo ya director, me fue entregada por quien lo había sido ante-

riormente, mi entrañable amigo don Julio Porres. Aprovecho para justificar ante mis queridos compañeros académicos, aunque sé que no sería necesario, el emocionado ahogo de mi garganta al agradecer dicha entrega recordando a los dos ausentes.

La cercanía de compañerismo entre los tres a que he hecho referencia, hacía que fuéramos siguiendo nuestros respectivos pasos con especial atención. Por ello, en lo referente a Gonzalo Payo, yo no le quité ojo de encima sobre todo en cuanto a las incursiones de este hombre de Ciencia en las Bellas Artes.

## POETA Y PINTOR

Al hablar de lo primero, deberíamos denominar a Payo como poeta y escritor, según ha señalado ya el primer orador de hoy Ilmo. Sr. Dr. don Rafael Sancho de San Román, antiguo director también de esta Academia. Puesto que él ya ha hablado de la poesía de Payo y de su literatura, y el Académico Numerario electo don Fernando Dorado lo ha hecho de su pintura, yo únicamente mencionaré de estas facetas de Gonzalo Payo, lo que a mi juicio fueron las normas por las que él se guió para adentrarse en estas facetas de las Bellas Artes, con lo meritorio en su caso, por infrecuente, de partir para estas manifestaciones de una base científica como la suya.

## SUS CAMINOS POR LAS LETRAS

Decía Navarro Ledesma que «todas las cosas de este mundo, y aun de los otros mundos, pueden ser objeto de la literatura». Se refería el maestro a que todo cuanto es hecho, pensado o idealizado por los hombres, es propicio a un objeto literario. Según él, todo cuanto nos rodea puede ser visto desde la literatura. Pero conviene observar esto con más nitidez y separarlo por géneros literarios,

géneros que son, como es sabido, tres: DIDÁCTICA, ORATORIA y POESÍA. El primer género es «el arte de enseñar literariamente»; el segundo, «el arte de persuadir»; y el tercero tiene como objeto inmediato «crear belleza».

No pretendo recordarles ninguna lección de literatura; sólo quiero que pensemos, cómo en nuestro hombre de Ciencia coincidieron estos tres géneros literarios en el transcurso de toda su vida. La DIDÁCTICA formó parte de su quehacer mientras ejerció de profesor y, aunque enseñara matemáticas, cosa según las malas lenguas muy lejana a la poesía, no perdía la ocasión, según algunos de sus alumnos, de enseñarlas «literariamente». Del segundo, que es la ORATORIA, cuyo objetivo es primordialmente el arte de persuadir, nuestro homenajead y querido compañero estuvo bien pertrechado, pues lo practicó con éxito durante su vida política. El tercero de estos géneros que es la POESÍA, fue cultivado con deleite por nuestro hombre desde temprana edad, según acabamos de oír al Dr. Sancho de San Román.

Mas él cultivaba una poesía serena, personal, centrada; y cuando digo centrada, me refiero a una clara lejanía de los extremos en los conceptos de la estética, de la que hablaremos acto seguido en nuestra también breve referencia a su pintura.

Para concluir con brevedad este tema de la poesía, y sin querer hoy adentrarnos en la eterna interrogante de si fueron primero los poetas o los filósofos, nos quedaremos en afirmar que lo ideal es la unión de ambas cosas en una misma persona, cual fue el caso de Platón, y también, por qué no, el de Gonzalo Payo. Mencionaremos en el escaso tiempo que nos queda, las técnicas de la poesía de la que la Historia nos muestra sus extremos. Se puede decir que un extremo está en lo excesivamente rimado de los poemas antiguos,

cuando se consideraba que la rima era condición indispensable para el verso.

Recordaremos unas estrofas del *Cantar del mío Cid* compuesto a mediados del siglo XII.

La oración fecha  
la misa acabada la an:  
salieron de la iglesia  
ya quieren cabalgar.  
El Cid a doña Ximena  
la mano va besar,  
llorando con los ojos  
que no saben que se far.

El otro extremo podemos situarlo en la poesía «dadá» del primer cuarto del siglo XX. Decía Tristán Tzara, uno de los padres del dadaísmo:

«Para hacer un poema dadaísta.  
Tomad un periódico.  
Tomad unas tijeras.  
Elegid en el periódico un artículo que tenga la longitud que queráis dar a vuestro poema. Recortad con todo cuidado cada palabra de las que forman tal artículo y ponedlas todas en un saquito.  
Agitad dulcemente.  
Sacad las palabras una detrás de otra colocándolas en el orden que las habéis sacado.  
Copiadlas concienzudamente.  
El poema está hecho.

Y añadía Tzara:

Y os habréis convertido en un escritor infinitamente original y dotado de una sensibilidad encantadora, aunque, por supuesto, incomprendido por la gente vulgar».

Una de las consecuencias de este concepto es lo siguiente:

«NO ES QUE LA  
 el quiromántico  
 buenos días  
 MANERA DE DECIR QUE  
 buenas noches  
 DEPENDE DE LA FORMA QUE SE HA DADO  
 a propia miósis  
 al propio cabello  
 Yo le contesté:  
 Idiota  
 TIENES RAZÓN PORQUE  
 príncipe  
 contrario  
 ESTOY CONVENCIDO DE LO  
 tártaro  
 naturalmente  
 NO TENEMOS  
 titubeamos  
 razón. Yo me llamo  
 LO OTRO  
 deseo de conocer».

Esto era uno de los sentidos de la estética en poesía en el primer cuarto del siglo XX, que situamos en el otro extremo. Y, conocido

ello, justifico mi apreciación de la poesía de Gonzalo Payo lejana a los dos extremos: sin demasiada rima y con un sentido sereno, centrado.

## LA ESTÉTICA

Es cierto que la idea de la estética es movable según modas o épocas, mas no por ello hay que desechar el pasado. Para ciertos radicales «la literatura y el arte son fenómenos de las superestructuras y tienen formas contingentes y mudables a medida que cambia la base económico-social; la poesía de Petrarca, la pintura de Velázquez y la música de Bach dejan de ser valores permanentes y se convierten en puros acontecimientos históricos».

Por un lado oímos hablar de la estética como un valor permanente; y de otro, como un valor movable según los cambios de las épocas. Yo pienso que para saciar el ansia del género humano desde aquella interrogante de Sócrates en la averiguación de «lo Bello», basta con seguir el consejo del inigualable Juan Plazaola: «que cada esteta intente definir el arte según categorías de su propia filosofía».

Es evidente que el sentido de la estética ha cambiado a través de la Historia. Lo demuestran los cambios de estilos con los que el hombre ha expresado arte. No podemos comparar una obra de arte románica con otra renacentista; son diferentes. Mas nadie mira por encima del hombro a nadie si declara gustarle más el Renacimiento que el Románico, o viceversa. O si prefiere una obra gótica a otra barroca. Sin embargo, hemos de reconocer que en nuestros días, en materia de arte, se han sembrado ciertos temores a expresar preferencias sobre arte actual. Como si alguien estuviera empeñado en que las expresiones del arte nuevo fuesen entendidas por todo el mundo y, quien no lo entienda, sea considerado un atrasado cultu-

ral. Hay arte muy bueno expresado bajo esta estética de nuestro tiempo. El artista, el creador, no puede obviar cuanto le rodea –mecanización, prisas, ruido, polución, velocidades de desplazamientos, progresos científicos, prolongación de la vida del ser humano, etc.–; circunstancias que presiden casi siempre la inspiración del artista. Pero reconocemos que hay otros artistas que se cobijan bajo este «arte actual» con obras que ellos mismos no serían capaces de explicar. Mas, aun valorando y reconociendo la existencia de una verdadera estética de nuestro tiempo, no tiene nadie por qué sentirse obligado a crear según ésta, ni a esconder sus gustos si no corresponden a ella.

El sentido del equilibrio de Gonzalo Payo, le llevó a hacer su pintura serena y sincera, cuajada del expresionismo de sus interpretaciones paisajísticas que trasladaba a sus lienzos idealizándolas con su especial toque espiritual, velando ligeramente cualquier estridencia de color. Sin someterse, por su sentido de la libertad o tal vez de la rebeldía, a ninguna corriente de las que le rodeaban.

Hay un arte nuevo, sí; y una estética de nuestro tiempo, como la ha habido en tiempos pasados. Y puesto que el dadaísmo, una de cuyas normas era la destrucción del pasado hará pronto un siglo que pasó de moda, atendamos y alabemos las nuevas tendencias estéticas, las auténticas, sin olvidar las anteriores. Pero mientras alabamos y alentamos la verdadera inspiración en el arte actual, practiquemos la libertad del pensamiento individual, del sentir individual, del respeto por cada sentido individual de la estética que proclama Plazaola, como hizo en sus incursiones en el arte nuestro querido compañero el Académico Gonzalo Payo Subiza, verdadero hombre polifacético del Renacimiento incrustado en nuestros días.

He dicho.



## **ALFONSO VI y EL CID: dos personalidades y métodos de acción contrapuestos**

**JOSÉ MIRANDA CALVO**  
**Numerario**

La proximidad del 25 de mayo reviste para Toledo un especial significado dada su perenne conmemoración de la reconquista cristiana de la ciudad en la anualidad de 1085, asociada a la tradición de que en la misma viniera el Cid Campeador junto a su Rey, por más que históricamente no aparece demostrada.

El hecho de que tal acontecimiento significara el inicio de la supremacía político-militar de la España cristiana así como la acción de armas de mayor relevancia del siglo XI, nos mueve a su comentario presentando, a su vez, el paralelismo divergente de las dos máximas figuras representativas de dicha centuria.

Los aspectos fundamentales que resaltan a lo largo de esta etapa podemos agruparlos y basarlos sobre la siguiente trilogía:

a) La llegada por vez primera y consolidación de la línea central del Tajo, con su influjo derivado de constituir sólida base de partida para la posterior penetración hacia el Sur.

b) Predominio acusado del influjo europeísta a través de la Orden de Cluny y matrimonios sucesivos del rey Alfonso con la nueva orientación litúrgica bajo la dirección de Roma.

c) Protagonismo de las dos figuras estelares del siglo: Alfonso VI y el Cid Campeador, Rodrigo Díaz de Vivar.

Personajes ambos, contrapuestos en carácter y métodos de acción y, a su vez, complementarios en orden al logro de comunes fines.

En el rey Alfonso VI hemos de ver, ante todo, al primer monarca con auténtica visión de Estado al servicio de sus aspiraciones, anteponiendo siempre la acción política a la de las armas llevada a cabo a lo largo de sus 43 años de reinado.

Contrariamente, en el Cid Campeador, guerrero nato por formación y convicción, observamos un visión más limitada, aplicando con total integridad las leyes de la guerra, según los usos de su época, haciendo gala de una superior inteligencia que le permitieron revolucionar la táctica conocida y utilizada hasta entonces.

La bibliografía sobre ambos personajes es, igualmente, dispar, puesto que si bien es menos abundante y más homogénea respecto al rey Alfonso, aparece más amplia y contradictoria respecto al Cid, cuya pormenorización omitimos por ser ampliamente conocida y estar al margen de la disparidad de criterios.

Tratemos, pues, de conocer y ofrecer algunas pinceladas de nuestros personajes, así como unos previos antecedentes.

¿Cuáles fueron los ideales y propósitos del rey Alfonso VI?

Sencillamente, profundizar al máximo la política llevada a cabo por su padre, el rey Fernando I. Consecuentemente no cabe enjuiciar su acción de gobierno sin el previo conocimiento de los principios que motivaron a su padre, que fueron:

1.º Abandono de los intentos de expansión territorial al otro

lado de los Pirineos, contrariamente a lo seguido por su padre el rey Sancho III el Mayor de Navarra, concentrándose en el área peninsular.

2.º Amistad y estrecha vinculación con la Orden borgoña de Cluny, con el fin de conseguir por su mediación los apoyos franceses y europeos, a la vez que neutralizaba los intentos del Papado respecto al vasallaje de sus territorios.

3.º Fomentar la disociación y enfrentamientos mutuos entre los distintos reinos de taifas, erigiéndose en «protector» de unos y otros a cambio del pago de abundantes «parias» o tributos que le permitieran el mantenimiento de sus mesnadas y el desarrollo general del reino.

Con esta política, el rey Fernando llegó a poseer el mayor reino cristiano de su época, extendiéndose sus dominios desde los límites de La Rioja hasta Portugal, en la cuenca baja del río Duero, tras la conquista de las plazas de Viseo, Lamego y Coimbra, así como el reconocimiento tributario de los reinos de taifas de Zaragoza, Toledo, Badajoz y Sevilla.

La influencia sobre el rey Fernando de su mujer, la reina Sancha y, tal vez, el convencimiento de la imposibilidad de mantenimiento de tan vastos territorios en una sola persona al conocer perfectamente las grandes diferencias entre sus hijos, procedió en 1064 al reparto, asignando, como sabemos, Castilla a Sancho, León a Alfonso y Galicia con la porción de Portugal a García, junto con la asignación de sus taifas tributarias de Zaragoza, Toledo y Badajoz-Sevilla, respectivamente, así como las plazas de Zamora y Toro a sus hijas Urraca y Elvira a más de otros beneficios.

El rey Alfonso, como sabemos, nacido entre 1038 a 1042, según los diversos criterios, fue el 4.º de los 5 hijos, siendo el segundo de los varones y el predilecto desde un principio de su padre, que confió la educación humanista al obispo Raimundo de Palencia y la caballeresca y arte de la guerra al conde Pedro Ansúrez.

Desde su infancia mostró carácter y cualidades muy similares a su padre: afable, respetuoso de formas, frío, previsor, ambicioso de fondo, firme en sus convicciones adaptable en sumo grado a los usos y costumbres arábicas que aprendió y mantuvo durante toda su vida, astuto, conjugando humanidad y tozudez, así como innegable valor militar, si bien, el hecho de verse rodeado de capitanes de la talla de el Cid, Alvar Fáñez, Pedro Gustioz, Gonzalo Díaz, los Ansúrez, etc., empequeñecieron sus condiciones castrenses, por lo que tuvo que espolear su natural inteligencia para mantener el prestigio real y lograr sus ambiciones políticas.

La identificación con el pensamiento y métodos de su padre motivaría verdadera predilección sobre el resto de sus hermanos, causando la envidia y enojo del mayor, Sancho, hombre decidido e impetuoso, convencido de su derecho de primogenitura de varón, máxime, habida cuenta de que a la predilección del padre se sumó la de la hermana mayor, Urraca, de la que por parte de algunos cronistas se llega a afirmar que mantuvo relaciones incestuosas con Alfonso.

El reparto entre los hermanos, con el beneficio otorgado a Alfonso con el reino de León, más extenso y rico que los restantes, constituyó el detonante para el desencadenamiento de las luchas internas, una vez que murieron los padres, Fernando en 1065 y la madre en 1067, ya que, tanto Sancho, por ser el mayor y Alfonso por ambición y, tal vez, por ser el verdadero confidente del padre,

sabía que para proseguir la política de recuperación del territorio nacional debía poseer íntegramente el conjunto del reino castellano-leonés.

A partir de 1067, tras la muerte de la reina Sancha, comienzan los movimientos de los dos hermanos, Sancho y Alfonso, con miras a eliminar a García de Galicia, dada su debilidad e ineptitud y el poco aprecio que por el mismo sentían los nobles y obispos.

La mente de Alfonso comienza a poner en práctica los métodos políticos de persuasión e intrigas sobre el estamento nobiliario y eclesiástico, evitando luchas formales, fomentando intrigas y prometiendo dádivas, lo que le permitirá, prácticamente, a partir de 1071, sentirse monarca sin proclamación oficial, manteniendo a su hermano García apartado en la zona Sur, en Portugal, dado el rechazo de sus vasallos.

El rey Sancho, imposibilitado de actuar eficazmente en Galicia, dado que para ello era indispensable ser dueño de León, intenta por las armas vencer a su hermano Alfonso tratando de evitar su intromisión en Galicia, entablándose la acción de Llantada, (19-7-1068), sin trascendencia alguna, y más tarde en la decisiva de Golpejera (4-1-1072) en la que Alfonso cae prisionero y es desterrado a Toledo, bajo la protección de su tributario Al-Mamun.

El rey Sancho, seguidamente, acomete a García, derrotándole en Santarén, y enviándole, igualmente, a Sevilla bajo la protección de su tributario Moctámid, coronándose en León en marzo de 1072, unificando sobre su persona el total de los reinos de su padre.

La sublevación en Zamora de su hermana Urraca obligó a Sancho a acudir para su sometimiento, siendo asesinado por Vellido

Dolfos (7-10-1072) a los nueve meses de su reinado absoluto, regresando Alfonso a León y siendo coronado como rey de Castilla-León el 10-11-1072.

Estos antecedentes obligados vienen a preludiar la acción de gobierno del rey Alfonso que, como hemos visto, tanto por su previa acción política en Galicia sobre García como por las circunstancias del asesinato de Sancho, sin necesidad de batallas ni enfrentamientos directos con los súbditos de los distintos reinos, aparece convertido en Rey absoluto de León-Castilla, toda vez que para remate, de acuerdo con sus hermanas Urraca y Elvira, permite el regreso desde Sevilla a García y basándose en el rechazo de sus súbditos, le encierra en el castillo de Luna (13-2-1073) haciéndole prisionero hasta su muerte (22-3-1090), eliminando de esta manera cualquier competidor.

Comienza, pues, Alfonso a poner en práctica su profundo pensamiento de expandirse sobre el suelo peninsular.

Las reflexiones que realiza y pondera sobre sus posibilidades tanto en el orden demográfico para evaluar sus combatientes y auxiliares, como en recursos, le hace ver las dificultades de conseguir sus propósitos al carecer de alianzas, comprendiendo de seguida que toda acción política que tienda a conseguir amplios logros expansionistas frente al contrario, difícilmente tiene éxito de no contar paralelamente con apoyos y contactos exteriores.

De ahí, su abandono en la búsqueda de alianzas localistas, con infantas de los reinos vecinos cristianos o damas de alcurnia de los suyos, como habían venido practicando sus antecesores, lanzándose al exterior sobre los territorios fronterizos con el fin de que dichas ayudas pudiesen llegar con extrema facilidad.

La elección, lógicamente, recayó sobre princesas francesas, borgoñonas principalmente, que le emparentaron con la Casa Real de Francia y más directamente con los poderosos Duques de Aquitania y Borgoña, directamente vinculados con la Orden de Cluny que, en aras de la amistad sentida por Alfonso hacia la misma y las ayudas económicas que les proporcionaba, correspondió con la búsqueda y elección de las mismas.

Los matrimonios, pues, comenzaron a sucederse, no sólo por la muerte natural de las sucesivas esposas, sino por el afán de tener un heredero por línea de varón. Así, vemos, el inicial matrimonio con Inés (1073), hija del duque Guillermo VIII de Aquitania; Constanza, hija del duque de Borgoña y nieta del Rey de Francia, Roberto II el Piadoso y sobrina del propio abad Hugo de Cluny; Berta, la toscana pero emparentada igualmente con la Casa Real de Francia; Isabel de Francia y, finalmente, Beatriz que quedó viuda al año siguiente de su matrimonio al morir el rey Alfonso VI en 1109.

Todos ellos, junto al resto de uniones extramatrimoniales, dada la actividad sentimental del rey Alfonso motivada por su obsesión de tener heredero varón, que sólo pudo proporcionárselo la mora Zaida, cristianizada como Isabel, viuda del hijo del rey Muctámid de Sevilla, que aportó como dote los castillos de la cuenca del Guadalquivir; Caracuel, Alarcos, a más de los de Consuegra, Mora, Ocaña, Oreja, Uclés, Huete y Cuenca, proporcionando verdadera cobertura a Toledo.

Vemos, pues, cómo hasta en la elección de mujer musulmana, el rey Alfonso tuvo en cuenta la visión del Estado ante el afán no sólo de tener heredero varón sino en proteger a Toledo como base indispensable de mantenimiento de la totalidad de su reino.

La maduración de sus planes para caer sobre el reino taifa de Toledo encontró un nuevo y mayor apoyo para las aspiraciones alfonsinas que vendrían a redondear sus preparativos, tras el inicio de su matrimonio en 1073 con la princesa Inés, y comienzo de las influencias y ayudas foráneas, cual fue el asesinato de su primo hermano Sancho García (Rey de Navarra) por sus hermanos el 4-6-1076, despeñado por sus hermanos Ramón y Ermesinda que, lógicamente, a más de la repercusión general, dividió a la nobleza y pueblo navarro en dos bandos, ya que el reino de Navarra se extendía por toda La Rioja, limítrofe con el lado oriental de Castilla, que tanto ambicionaron secularmente los monarcas de Castilla.

Consecuentemente, el rey Alfonso aprovechando la conmoción producida en la sociedad navarra por el asesinato de su monarca y las subsiguientes divisiones producidas de dicho suceso, se aprestó a presentarse con su ejército ante Nájera, al igual que realizó el rey Sancho Ramírez de Aragón por sus fronteras con Navarra.

El hecho de que la sociedad navarra rechazase reconocer como su nuevo Rey al fratricida, obligó a ambos hermanos, Ramón y Ermesinda, a acogerse a la protección tanto del taifa de Zaragoza como del propio Alfonso, perdiendo el reino de Navarra los territorios de La Rioja, así como las tierras norteñas de Álava, Vizcaya y buena parte de Guipúzcoa en favor de Alfonso, junto a otras concedidas al Rey de Aragón, encontrándose, pues, el rey Alfonso sin haber desarrollado batalla alguna con un auténtico ensanchamiento de sus dominios y consiguiendo el olvido por parte de su nobleza de las posibles sospechas que albergaran sobre la muerte del rey Sancho en Zamora.

Como quiera que el rey taifa de Toledo, Al-Mamun, había muerto en 1075, así como su hijo Hixén, sucediéndole en el trono



su nieto Yahia Alcádir, el más infeliz y débil de los taifas toledanos, comenzaron a sucederse los ataques al reino toledano por parte del taifa de Zaragoza, unidos a los del taifa de Sevilla y el rey cristiano de Aragón que llegó a poner sitio a Cuenca, por lo que el débil Alcádir invocó la protección de Alfonso que acudió rechazando a unos y otros con pleno convencimiento de que quedaba a su arbitrio, no solamente como tributario suyo sino porque la mayoría de sus nobles estaban plenamente persuadidos de la imposibilidad de mantenimiento propio.

La corte musulmana quedó, pues, dividida en dos bandos: uno formado por los que preferían ofrecer el reino de Toledo al rey Alfonso, previa instalación de Alcádir en el reino de Valencia que era dependiente del de Toledo y, el otro, por aquellos que solicitaban la continuidad arábiga a través del taifa de Badajoz.

El rey Alfonso en ningún momento dudó de la continuidad y bonanza de su política en el afán de la reconquista dada la importancia estratégica de Toledo, puesto que con ella y su reino rompería la continuidad territorial y enlace directo de las taifas de Sevilla, Toledo y Zaragoza, al interponer entre las mismas el reino de Valencia.

El rey Alfonso pudo constatar, como resultado de los esfuerzos y reiterados llamamientos de Alcádir, el grado de aborrecimiento y falta de apoyos que tenía entre la sociedad musulmana, por lo que, poniendo en juego sus amistades y contactos derivados de su anterior estancia de nueve meses como desterrado en Toledo, comenzó a poner en práctica su plan político haciendo oídos sordos a las llamadas de Alcádir no acudiendo en su ayuda con el fin de que la situación se le hiciera insostenible y, consecuentemente, se hiciera doblemente indispensable su presencia y asistencia aumentando sus

exigencias ante la imposibilidad de no encontrar Alcádir otras ayudas que la suya.

No podemos olvidar que el rey Alfonso era plenamente consciente de que con el aumento demográfico de su zona, la ayuda foránea que comenzaba a percibir de sus matrimonios, con el aumento derivado de sus masas combatientes, la ocasión era propicia para conseguir la reconquista de Toledo habida cuenta de la debilidad de su monarca.

La natural reflexión alfonsina que no gustaba de aventuras arriesgadas y batallas formales, le inclinó como de costumbre a seguir practicando sus procedimientos habituales de fomento de discordias internas entre la corte y sus más influyentes personajes musulmanes, con su cortejo de encizañamientos, mentiras políticas, falsas promesas de supuestas ayudas a unos y otros, etc. todo ello combinado con la ejecución alternativa de correrías fulminantes llevadas a sangre y fuego sin respetar amigos o enemigos de ambas tendencias imperantes en la corte musulmana, siguiendo en esto la táctica cidiana, llevadas a cabo por sus capitanes sin sujeción a tiempos y direcciones, aprovechándose al máximo de la serie de informaciones de sus partidarios y muy especialmente de las suministradas por la minoría mozárabe en auténtica misión quintacolumnista.

Plan, pues, semipolítico y semi-militar a su vez, unido paralelamente a la exigencia de pago de nuevos y mayores tributos que, al ser reclamados por Alcádir a su población, exasperaban más y más ante la imposibilidad de resistencia y convencimiento de la debilidad propia.

Plan eminentemente basado en el conocimiento psicológico de

la realidad social que, si por una parte se revelaba lento de ejecución, llevaba aparejada la seguridad de su resultado, ahorro de bajas críticas, y aumento sistemático del prestigio alfonsino por su superioridad e imposibilidad de otras asistencias.

Con el mencionado plan, el rey Alfonso se ponía a cubierto de la siempre posible unión de otros reyes taifas que pudieran acudir en socorro de Alcádir, por remota que fuese tal posibilidad, así como quedaba igualmente a cubierto de posibles acusaciones de sus propios capitanes de inacción, dándoles satisfacción con el encargo de las sucesivas realizaciones de dichas campañas.

No obstante, el rey Alfonso puso límites al desarrollo de las mismas, por lo que la realizada por el Cid en 1081 al ser considerada como excesiva por la rotundidad de sus devastaciones le valió ser desterrado por vez primera, considerando el rey Alfonso ponía en entredicho la validez de su plan.

De ahí, que el alejamiento del Cid le impidió seguir actuando y consiguientemente no formó parte del conjunto cristiano que entró en Toledo con el rey Alfonso y menos aún que fuese el primer alcaide de la Ciudad como afirman algunos historiadores.

El rey Abd Allah, último rey ziri de Granada, en sus Memorias retrata como nadie la táctica y modos alfonsinos, diciendo: «cuántos más revoltosos haya y cuánta más rivalidad exista entre ellos, tanto mejor para mí. Se decidió, pues, a sacar dinero de todas partes y hacer que unos adversarios se estrellaran contra los otros, sin que entrase en sus propósitos adquirir tierras por sí mismo. Por consiguiente no hay en absoluto otro medio de conducta que encizañar unos contra otros a los príncipes musulmanes y sacarles continuamente dinero, para que se queden sin recursos y se debiliten.

Cuándo a eso lleguemos, Granada incapaz de resistir, se me entregará espontáneamente y se someterá de grado, como está pasando con Toledo que, a causa de la miseria y desmigamiento de su población y de la huida de su rey se me viene a las manos sin el menor esfuerzo».

Este, pues, era el método de acción preferente y habitual del rey Alfonso, el recomendado por su padre, puesto en práctica con auténtico y mayor sentido por Alfonso y que a lo largo de su reinado tan buenos frutos le proporcionó, habida cuenta de la serie de apoyos previamente buscados y obtenidos, si bien, a partir de la conquista de Toledo y venida de los almorávides con la superioridad de medios y combatientes le forzó a entablar batallas formales, como la de Zalaca (23-10-1086), con las derrotas conocidas posteriores de Consuegra, Alcoraz, Huesca, etc., sufridas por sus capitanes.

Paralelamente a la iniciación de la conquista del reino de Toledo comienza el acercamiento a la Iglesia romana a través de la amistad con la Orden de Cluny, puesto que otra de las ideas políticas del rey Alfonso era que la Iglesia respaldara a la Corona, si bien manteniendo un firme resistencia en orden a reconocer su vasallaje al Papado, como se venía efectuando en Europa, así como en Aragón, no dudando en oponerse al Papa Gregorio VII sin llegar a los enfrentamientos como ocurrió con Enrique IV de Alemania y Guillermo I de Inglaterra.

La amistad y vinculación con Cluny, así como la comprensión del Papa Gregorio VII ocasionó en la España cristiana auténtica transformación y renovación espiritual que alcanzó tanto a la clerecía como al monacato, determinando la entrada acelerada de monjes y obispos franceses con centro en la abadía de Sahagún. El Abad

Bernardo de Agen, elevado a la silla de Toledo, fue el principal artífice de esta penetración e influencia, elevando a sus monjes a los Obispos de Osma, Segovia, Salamanca, Palencia, Braga, Sigüenza, Valencia, Zamora, etc. manteniéndose con obispos nacionales las de Burgos, Oviedo, León, Orense, Lugo, Tuy, etc., en perfecta conjunción en sus propuestas con el Rey y el Papa, introduciendo progresivamente los libros y letra francesas.

La principal obsesión del Papado era conseguir la unificación del ritual latino en la Europa cristiana, por lo que, redobló sus esfuerzos en España dada la raigambre del ritual hispano estructurado desde la época visigótica en los Concilios de Toledo y consiguientemente mantenido por los mozárabes en los distintos reinos musulmanes dentro de las normas de tolerancia permitidas.

Los temores del rey de Aragón de verse absorbido por Castilla, determinó a Sancho Ramírez a reconocer el vasallaje de S. Pedro bajo la soberanía del Papa Alejandro II, instaurando el ritual latino en S. Juan de la Peña en 1068, en tanto que el resto de España seguía con el tradicional. Al acceder al Papado el monje Hildebrando, de Cluny, con el nombre de Gregorio VII las presiones sobre Alfonso VI fueron obsesivas, ya que se utilizaron las influencias de sus mujeres francesas, tanto Inés como Constanza, unidas a las de los legados del Papa venidos a España, determinando y convenciendo al rey Alfonso VI a su aprobación en el Concilio de Burgos de 1080 y tratando de implantarlo seguidamente en Toledo tras su conquista en 1085, con la resistencia y acuerdo de todos conocido.

La repercusión e importancia de esta sustitución de ritual litúrgico comportó una nueva faceta en el orden espiritual, dada su trascendencia, puesto que, el mozarabismo se venía desarrollando en

auténtica entremezcla y convivencia con lo musulmán, en tanto que, con la implantación del ritual latino y la influencia europea subsiguiente se producía una ruptura definitiva de dicha convivencia, al afirmarse mayor diferencia de raza, costumbres y religión, como se tradujo en las bulas papales frente al infiel que recortaron en gran medida el grado tradicional de entremezcla existente.

La decisión del rey Alfonso VI al aceptar e imponer el ritual litúrgico romano, orientó definitivamente a España al mundo occidental europeo, alejándonos definitivamente del «modus vivendi» que con el mundo árabe se mantenía, elevándose a Toledo como Silla Primada merced a la Bula del Papa Urbano II (5-10-1088).

Una vez más, el rey Alfonso VI, en el orden espiritual utilizó su política pactista dando aprobación al cambio de ritual y manteniéndose firme en su posición de Emperador único al que sólo debía reconocerse su soberanía temporal.

En cuanto al Cid se refiere, comencemos diciendo que nacido en la aldea de Vivar, a unos 9 kms. de Burgos (1043), que a la sazón era fronteriza de Navarra, conoció desde su infancia las incidencias de la lucha de Castilla con Navarra viendo la intervención directa de su padre en las mismas en las que se destacó por sus victorias, facilitándole el acceso a la corte castellana y permitiendo con ello que Rodrigo compartiese su juventud con el Infante Sancho sobresaliendo en el arte de la caballería y manejo de las armas.

Estas cualidades, junto a su intervención a los 16 años en la batalla de Graus contra el Rey de Aragón, combatiendo junto al Infante Sancho, le depararon el honor de convertirse en su Alférez Mayor, distinguiéndose en la batalla de Golpejera que decidió la derrota de Alfonso frente a su hermano Sancho.

El renombre alcanzado, así como su victoria en duelo frente al representante de Navarra en la disputa por el castillo de Pazuengos, le valió el sobrenombre de Campi-doctor o Campeador.

La identificación con su rey Sancho le sumió en total desesperanza al conocer su muerte en Zamora por el traidor Vellido Dolfos y, lógicamente, a sospechar la intervención de Alfonso en el complot familiar urdido por la infanta Urraca para eliminar a Sancho.

De ahí, su iniciativa en tomar juramento al rey Alfonso en Santa Gadea, como signo de su desconfianza ante la muerte de su Rey.

Si fue cierto el acto de dicho juramento, cabe preguntarse: ¿constituyó auténtica humillación para Alfonso? ¿comprendió, no obstante, que tamaña ceremonia se ajustaba a la leyes del honor y cumplimiento del deber de lealtad prescritas en el Fuero Juzgo y demás normas generales de la época?

El relato juglaresco con sus romanceadas versiones indican contradictorios testimonios en uno y otro sentido.

La realidad posterior, sin embargo, mostró al Cid inicialmente incorporado a la corte alfonsina, incluso realizando su matrimonio con Jimena, la novia buscada por el propio rey Alfonso.

Esta normalidad no tardaría en alterarse, puesto que encargado de ir a Granada a cobrar las «parias» al rey moro le llevó a su enfrentamiento con el Conde García Ordóñez, favorito de Alfonso, entendiéndose se sobrepasó en su acción al tenerle como prisionero durante 3 días (1079) aumentándose el malestar de la corte dada la prepotencia de su conducta.

Ello vendría a coincidir con el inicio del plan político-militar ideado sobre el reino de Toledo, en el que el rey Alfonso tenía puestas fundadas esperanzas.

El ataque musulmán a la fortaleza de Gormaz (1081) durante la ausencia de Alfonso, motivó la realización personal del Cid de una fulminante acción de represalia llevada a cabo con total ímpetu y dureza por tierras del reino toledano, sin distinción de amigos o enemigos, de acuerdo con el pensamiento castrense del Cid, por lo que, el rey Alfonso pretextando obstaculizaba su plan político ordenó su destierro inicial siendo el Cid acompañado por sus leales y fieles vasallos según el Fuero de Castilla quedando su familia al amparo del monasterio Cardeña.

¿Fue tal acción el pretexto que deseaba el rey Alfonso dados los celos que suscitaba la conducta y cualidades castrenses del Cid?

¿Fue, por el contrario, estricta decisión regia ante la independencia de acción de su vasallo en tierras de su protección?

¿Cabe considerar el destierro como el producto final de las desconfianzas y envidias que se sentían por Rodrigo desde el acceso al trono castellano-leonés por Alfonso tras la muerte del rey Sancho?

Difícilmente, podemos ofrecer respuesta concreta y definitiva.

El destierro, según los usos y costumbres de la época le obligaba a «ganarse el pan» que, de acuerdo con las normas jurídicas y prácticas del momento, permitían al desterrado prestar servicios de toda índole, incluso armados, a cualquier señor.

De ahí, su adscripción al taifa de Zaragoza inicialmente, segui-



da de sus servicios a otras empresas y señores, consiguiendo que los taifas y caides de Lérida, Denia, Alpuente, Albarracín, etc. le pagasen «parias» por su protección, rematando sus sorprendentes victorias con la toma de Valencia cuyo mantenimiento hasta su muerte constituyó la prueba más resonante de su valentía, inteligencia y genio militar.

Sus métodos de acción fueron en todo momento contrapuestos a los del rey Alfonso, que solamente utilizaba la fuerza como recurso postrero caso de fracasar su acción y métodos políticos.

El Cid, militarmente revolucionó el concepto del combate agilizando al máximo el empleo de las masas combatientes.

El Cid, no sólo sustituyó los tradicionales combates formales con el empleo masivo de las fuerzas, así como las cargas profundas de la caballería, sino que lo sustituyó por el fraccionamiento de la infantería en dos grupos: la avanzada y la zaga, es decir, lo que hoy día se conoce como escalonamiento en profundidad, en cuanto a la infantería se refiere, como con la caballería al combinar sus movimientos con la maniobra del «tornafuye», es decir, aparentar que se huye para atraer en su persecución al enemigo y volverse bruscamente a determinada señal cayendo sobre sus efectivos en variadas direcciones.

Su movilidad era tan extraordinaria que no dudaba en marchar durante las noches, desconcertando totalmente al contrario por sus imprevisibles direcciones. Esta táctica de las marchas nocturnas, totalmente desconocida en aquella época, para caer sobre el enemigo al amanecer, bien para golpearle con toda energía, bien quemando cosechas y ganados sin concesión alguna, etc., provocaba auténtica desmoralización al desconocerse el lugar y momentos de su aparición dada su movilidad y sorpresa.

Junto al genio y clarividencia militar del Cid, resalta, paralelamente, su concepto de la fidelidad a su Rey, puesto que como nos dice el poema:

*con Alfonso, mi Señor, non querria lidiar.*

Efectivamente, jamás lo hizo, por fundadas que fueran sus quejas ante el rigor e injustificada conducta del rey Alfonso.

La generosidad y concepto de la fidelidad en el Cid quedó patentizada al acudir en socorro de su Rey en la acción de Rueda (1083), sin haber sido siquiera llamado, motivando su perdón y petición de incorporación a la corte alfonsina. No obstante, el Cid constatando los recelos subsistentes entre la mayoría de los cortesanos y, tal vez, las posibles veleidades del Rey, decidió no regresar a la corte manteniéndose en la zona aragonesa.

Volvemos a preguntarnos: ¿tomaría su negativa el monarca a puro desaire? ¿quedaría el Rey indiferente ante la desafección del favor que le concedía, a pesar de ajustarse a las leyes caballerescas? ¿sospechó el Cid que la decisión de su Rey no era producto del agradecimiento, sino aplicación estricta de las leyes?

Es más, dada la meticulosidad y reflexión conocida del rey Alfonso, cabe igualmente preguntarse: ¿preferiría el rey Alfonso seguir viendo al Cid manteniéndole en seguridad el flanco oriental para poder ejecutar con plena libertad de acción su plan político de conquista del reino de Toledo?

Difícil nuevamente de aseverar cualesquiera de las interrogantes expuestas, habida cuenta de las incidencias posteriores tras la derrota de Alfonso en la batalla de Zalaca (13-3-1086).

El temor alfonsino, tras dicha derrota, de que los almorávides pudieran recuperar el ambicionado reino de Toledo, determinó el perdón cidiano con su incorporación a la ciudad, cuyo relato romanesco nos sobrecoge de emoción al leer:

«con unos quince a tierra se tiró  
los hinojos y las manos, en la tierra jincó,  
las yerbas del campo, a dientes las tomó,  
llorando los ojos, tanto había el gozo mayor».

Declinando alojarse en el Alcázar, por considerarlo exclusivo de mansión regia y aposentándose en el castillo de San Servando frente a la ciudad (marzo de 1087).

La «Historia Roderici», único testimonio que así nos lo relata, nos dice que sobre julio de 1087, el rey Alfonso... «otorga licencia y concesión de su reino, de que toda la tierra y lós castillos que pudiera conquistar en tierra de moros, fueran totalmente suyos con carácter hereditario, esto es, no sólo suyos, sino de sus hijos, y de sus hijas, así como de toda su descendencia».

El rey Alfonso, de ser cierta esta relación otorgaba al Cid auténtica libertad de acción y movimientos en el orden político-militar con derecho de señorío, supeditado a la soberanía de Castilla, de acuerdo con el derecho vigente de la época.

Nos encontramos, pues, con un diferente matiz en el conjunto de las relaciones personales entre los dos personajes.

El Cid, consecuentemente, realizó por Levante el resto de sus campañas y operaciones, que tuvieron como resultado la conquista y mantenimiento de Valencia (15-6-1094), hasta su muerte (10-7-1099).

El rey Alfonso con esta concesión se desentendió por completo del flanco oriental, manteniéndose y actuando el Cid como si fuera un aliado, interponiendo una cuña entre las comunicaciones directas de los reinos moros de Zaragoza y Sevilla, cuya fragmentación territorial al impedir pudiesen aunar sus fuerzas con las de los almorávides impidieron nuevas derrotas como la anterior de Zalaca.

Nuevamente, nos preguntamos: ¿cómo, de no aceptarse tal interpretación, puede entenderse que el rey Alfonso pudiera permanecer indiferente durante años a esta auténtica independencia de acción del Cid con la pérdida del cobro de las «parias» del reino de Valencia que cobró directamente el Cid durante su dominio?

La no comparecencia del Cid en la campaña sobre el castillo de Aledo, motivó nuevamente el desfavor del rey Alfonso con la orden de seguir desterrado con su definitiva permanencia sobre Levante, solamente alterada por el directo llamamiento de la reina Constanza para que fuese en ayuda de Alfonso en la campaña de Granada (1091), que el Rey no dudó en aceptar recibéndole en Martos, si bien volvió a encolarizarse con pretexto de haber puesto el Cid su campamento en lugar y forma desaprobada por el Rey, alejándose definitivamente de su persona y corte.

¿Cabe imaginar que fue simple pretexto la mencionada ubicación campamental, ante el reconocimiento de la necesidad de su ayuda?

Una vez más, no existe posibilidad de contestación veraz.

El rey Alfonso, ante la penuria económica que comenzó a sufrir, dada la pérdida de los tributos o «parias» de los reinos de Sevilla y Valencia que le impedían mantener sus ejércitos, no dudó en

emprender su campaña contra Valencia si bien no llegara a culminar.

La muerte del Cid en Valencia (10-7-1099) vino a poner fin a estas tormentosas y complicadas relaciones, así como a la serie de alternativas que existieron entre estos dos grandes personajes, sin duda alguna los más sugestivos del siglo XI.

Lástima que los acontecimientos vividos por los mismos no pudieran haberse desarrollado de modo armonioso en pro de la más completa y rápida recuperación territorial nacional.

Por encima de las interrogantes y nebulosas que su falta de conocimiento exacto conlleva, Toledo y los toledanos conmemoran la efemérides de su reconquista cristiana con el respetuoso recuerdo y admiración de éstas míticas figuras históricas,



## LA PASIÓN DE CRISTO EN LA ESCULTURA TOLEDANA

JUAN NICOLAU CASTRO  
Correspondiente

Pretender hacer una descripción exhaustiva de la escultura de la Pasión existente en parroquias y conventos toledanos no es tarea en exceso ardua, es, sencillamente, imposible dada la abundancia del material existente. Es materia, por otra parte, no abordada hasta la fecha y que presenta dificultades, a primera vista infranqueables. Esta ingente cantidad de escultura religiosa no ha sido, apenas, estudiada y es necesaria una labor de documentación y fotografía que llevará muchos años de trabajo. A la complejidad del tema hay que añadir que los últimos dos siglos han sido especialmente duros para el arte religioso español. La guerra de la Independencia, la desamortización y la pasada guerra civil han causado un cúmulo de pérdidas irreparables, y en el mejor de los casos, una gran dispersión de las obras, haciendo muy difícil para el investigador localizar las piezas a las que la documentación le remite. Por otra parte tenemos que contar con el hecho de que la escultura religiosa no está de moda, es un arte al que muy pocos investigadores se han asomado, con la excepción de algunas individualidades de las universidades de Valladolid, Sevilla, Granada, algunos escasos miembros del CSIC y poco más.

Después de este preámbulo que en parte intenta justificar mis limitaciones, vamos a tratar la escultura de la Pasión en Toledo con una cierta libertad y un cierto desorden, vamos a referirnos a algunas de las imágenes que procesionan durante los próximos días santos, vamos a hablar también de una serie de interesantes esculturas que se conservan en parroquias y de otras que se guardan en clausuras de conventos. Y, dada mi condición de historiador y mi afición

a escudriñar en los archivos, nos detendremos en los desaparecidos pasos de la Cofradía de la Vera Cruz y el Cristo de las Aguas sobre los que hemos localizado preciosa documentación que, desgraciadamente, no nos puede resarcir de su pérdida.

El punto de partida lo vamos a situar en el retablo mayor de la Catedral. Aunque hay piezas anteriores, la excepcionalidad de esta obra supuso indiscutiblemente un antes y un después en la escultura toledana. Este retablo, una de las más ingentes creaciones de nuestra escultura nacional, fue obra de meditada y larga realización. En ella apenas intervino el Cabildo Catedral, pues las riendas de la empresa parece fueron llevadas directamente por el Cardenal Cisneros. Su compleja historia no se ha escrito aun en su totalidad, aunque recientemente la Dra. Isabel del Río en su tesis doctoral dedicada a Felipe Bigarny, uno de sus realizadores, ha avanzado mucho en su clarificación documental. Nosotros no vamos a detenernos en el tema de su ejecución en la que intervinieron multitud de escultores, lo que nos interesa son la serie de escenas de la pasión de Cristo que en él aparecen, que son las siguientes. En el banco o predela tenemos la Última Cena, el Lavatorio de los pies a los Apóstoles y la Oración en el Huerto, son escenas que tampoco interesan mucho a nuestro propósito, su abigarrada composición debió ser poco clara para los escultores que con posterioridad trabajaron estos temas. De las cinco calles en que se divide el retablo nos interesa la primera calle de la izquierda, según mira el espectador, en ella se suceden tres escenas de tipo pasional, la Flagelación, Cristo ante Pilatos y la Calle de la Amargura. En la calle contigua sus tres escenas rematan en el tema de la Piedad y por fin la calle central se corona con gigantesco Calvario en el que podemos observar a Cristo en la cruz, a San Juan y a María a los lados y, cosa no frecuente en el arte toledano, a San Dimas y a Gestas, el buen y mal ladrón. De estas escenas nos interesa tener en cuenta la de la

Flagelación. Vemos en ella a Cristo desnudo, atado a una larga columna, que es golpeado por dos sayones ante la presencia de Pilatos. Esta figura de Cristo se copió infinitas veces en la escultura toledana. Relacionada con ella tenemos al Cristo atado a la columna, conservado en la parroquia de los Santos Justo y Pastor, que se saca, desde hace pocos años, en la procesión del Jueves Santo. Es pieza magnífica, atribuida de antiguo a Juan Guas, creemos que por Ramírez de Arellano en un viejo artículo aparecido en la revista «Toledo». Es más que probable que no sea de Juan Guas, pero al margen de cualquier atribución es una escultura del finales del siglo XV o comienzos del XVI que fue retocada y restaurada en época barroca y es de una gran belleza de proporciones y de un modelado muy fino.

Esculturas de Cristo atado a una columna abundan extraordinariamente en Toledo y casi todas parecen pertenecer a los siglos XVI y XVII. La más antigua parece la que preside el altar del coro de las Jerónimas de San Pablo, en su convento de la cornisa, que tiene a San Pedro afligido arrodillado a sus pies. La figura de Cristo, muy expresiva, encaja con lo que se hace en el siglo XVI. Otro tipo, más cercano en el tiempo, es el que conservan las Madres de Santa Clara en el coronamiento de la sillería del coro o las de Santa Úrsula. Aquí Cristo nos muestra un cuerpo mucho más hercúleo y unas facciones en las que se ve preocupación por una belleza ideal en detrimento del realismo del sufrimiento. El canon del cuerpo se nos antoja falto de esbeltez y tienen como novedad el que las manos no están atadas a la columna sino que parece, más bien, abrazarla. Derivación suya pero posterior, la podemos incluir en el segundo tercio del siglo XVII, es una figura conservada en la antecapilla de la cripta de las Madres Capuchinas, en un retablo de mármoles oscuros de San Pablo de los Montes, seguramente colocada por decisión del fundador del convento, el Cardenal Don Pascual de Aragón. La figura



sigue el tipo comentado, pero aquí nos encontramos ante un escultor que conoce los recursos de la anatomía humana; su cuerpo es de proporciones muy esbeltas y tiene una tristísima mirada que eleva hacia arriba perdiéndose en un punto infinito. Debe ser obra toledana, pero el hecho de que nada podamos aventurar sobre su autor nos indica lo lejos que nos encontramos del conocimiento de la escultura del siglo XVII.

Y vamos a detenernos en una obra absolutamente espléndida y suponemos que desconocida. La localizamos en el Monasterio de Madres Capuchinas y fue publicada en la revista *Archivo Español de Arte* en el año 1999. Se trata de una pequeña flagelación en bronce dorado del escultor italiano Alessandro Algardi, escultor nacido en Bolonia en 1595 y muerto en Roma en 1654, que fue una de las grandes figuras del barroco italiano y, tal vez, el único que en ocasiones llegó a hacer sombra al propio Bernini. En el grupo figura Cristo atado a la columna azotado por una pareja de sayones, tiene los brazos a la espalda y atadas sus manos a una columna adornada con pequeñas laminillas de lapislázuli. Mide solamente 29 centímetros. Las tres figuras se hallan magníficamente modeladas, lo que indica la perfección del molde y el acierto de la fundición. Las partes mejor trabajadas son, sin duda, sus rostros. Cristo tiene la cabeza vuelta hacia la izquierda, en actitud de sumisión o víctima. Los rostros de los sayones están también sabiamente trabajados, destacando por su actitud el sayón izquierdo, en el que el tratamiento encrespado de cabello y barba contribuyen a dar a sus facciones un tono de ferocidad. Pero, sin duda, es la de Cristo la figura más bella, de proporciones más bien robustas y musculatura marcada. La composición del grupo tiene claros antecedentes en el arte del Renacimiento italiano como, por ejemplo, en la flagelación del pintor Sebastián del Piombo en la iglesia de San Pietro in Montorio de Roma.

Otro tema pasional es Cristo con la cruz a cuestas, el Nazareno, Jesús que inclinado bajo el peso de la Cruz avanza fatigoso y jadeante a la culminación de su martirio. El Nazareno, junto con la Virgen Dolorosa, son las figuras populares por antonomasia de la pasión. Los más frecuentes son figuras de vestir, a los que buscando un realismo extremo se les añade ropas, peluca y corona de espinas natural. Son las figuras llamadas de bastidor que solo tienen talladas cabeza, manos y pies y que no tienen gran interés artístico, salvo en contadas ocasiones como es el caso del prodigioso Cristo sevillano del Gran Poder. Aquí, en Toledo, son varios los de este tipo que procesionan, pero también los hay de talla completa como el que sale en procesión la tarde del Jueves Santo. Es una hermosa talla de mediados el siglo XVIII debida a las gubias del imaginero Germán López Mejía que utilizó en su realización madera y trapo encolado para hacer más realistas las vestiduras que le cubren. Germán López fue el imaginero por antonomasia de la escuela toledana. Formado con los Tomé, carece de su genialidad, pero supo crear un tipo de imagen muy popular que caló entre los devotos toledanos. El número de esculturas que a él se pueden asignar es muy grande y esta figura de Nazareno es la primera que hemos podido atribuirle. Está fechada en el año 1740 y, sabemos, procede del antiguo hospitalito de Santa Ana y hoy recibe culto en la parroquia de Santa Leocadia. Su rostro es fino y alargado, de mejillas hundidas y pómulos salientes. La túnica presenta unos pliegues aristados como podemos ver en su contemporáneo Luis Salvador Carmona de quien tuvo que ver y estudiar esculturas Germán López.

Y pasamos a referirnos a la espléndida talla de Cristo Redentor del Capítulo de Caballeros Penitentes que procesionan la noche del Miércoles Santo en emocionante salida del convento de Santo Domingo el Real. Ya escribió recientemente sobre el tema, con her-

mosas palabras, el Sr. Peñalosa. Queremos aclarar que, aunque hoy día sale a la calle vestido con hábito de terciopelo, la escultura no es imagen de vestir pues están enteramente talladas sus vestiduras en la madera. Aunque sobre su datación se han apuntado los siglos XVI y XVIII creemos que, en realidad, ambos son válidos. La escultura parece pertenecer al siglo XVI y será obra de alguno de los buenos imagineros que trabajaron en Toledo en la segunda mitad de ese siglo, la orla del vestido, que la reciente restauración ha sacado a la luz, es obra típica de la policromía del Renacimiento en la que sobre un fondo dorado se pinta, a punta de pincel, una filigrana del más refinado colorido. Por otra parte la técnica de la talla del cabello, barba y bigote la podemos ver en varias cabezas de finales el XVI o muy comienzos del XVII. También son típicos de esas fechas los ojos, pintados sobre la madera. Sin embargo, la escultura fue restaurada, con toda probabilidad, en el siglo XVIII, transformándose entonces la policromía y alguna otra zona, como las manos, en un sentido mucho más realista. Fue entonces cuando se le añadió la sangre, excesivamente abundante, que el Renacimiento no gusta de prodigar y si lo hace el Barroco, buscando una mayor impresión en los devotos.

Finalmente vamos a dar en parte a conocer otra figura de Cristo caído, con la rodilla en tierra, y una de sus manos fuertemente aferrada a una roca, trabajada en bronce, también obra de Alessandro Algardi que, como la flagelación, conservan las Madres Capuchinas en el altar del Santo Cristo en su capilla del presbiterio de la iglesia. Cristo aparece caído con la rodilla derecha apoyada en tierra y la pierna izquierda extendida. La cabeza es la típica de Algardi que ya hemos visto en la Flagelación. El pelo, partido, enmarca el rostro terminado en barba de puntas redondeadas.

Pasamos ahora al tema central de la escultura religiosa de la

Pasión, el Crucificado, la figura de Cristo que muere en la cruz consumando su misión salvadora. La abundancia de Cristos crucificados es inmensa, existen de todos los estilos, desde el gótico, de todos los tamaños, en todas las actitudes y de todo tipo de materiales. Lógicamente, solo veremos algunos de ellos, escogidos con un criterio personal y en parte sin un motivo aparente, aunque todos tienen un alto sentido estético y un marcado acento emocional. Puesto que tomamos como punto de partida el retablo mayor de la Catedral, ya hemos comentado como un gigantesco Calvario culmina el gran conjunto doctrinal. Ya vimos como este Calvario incluye a los dos ladrones y es obra del taller de Felipe Bigarny. Como recientemente afirma la Dra. Isabel del Río la figura más cercana al estilo del maestro es la de San Dimas, el buen ladrón, con un tratamiento muy realista de la anatomía y unos cabellos revueltos y ondulantes como si estuvieran agitados por el viento. Con su compostura y suavidad de gesto, contrasta la figura de Gestas, el mal ladrón, de cabellos hirsutos terminados en aceradas puntas que dan a la figura un aire satánico que se acentúa vivamente en su mirada con un gesto de reconcentrado rencor.

Abundan en conventos una serie de Crucificados que podemos datar en el siglo XVI, todos tienen unos cuerpos hercúleos y un tratamiento aun renacentista del dolor, sin apenas gesticulación, con una policromía en la que no abunda la sangre, y concentrado el dramatismo fundamentalmente en la cabeza que conmueve por su apasionado gesto, si están vivos, o por el dramatismo del silencio que la envuelve si cae sin vida sobre el pecho. Piezas espléndidas de este tipo las hay en altar lateral de la iglesia de las monjas franciscanas de San Antonio y en un ejemplar de mayor calidad, que preside el coro. Las monjas de Sta. Clara poseen el bellissimo Calvario atribuido a Juan B. Monegro. Del último tercio del siglo XVI, y poco conocido, es el espléndido Crucificado, una de las grandes

piezas de la escultura religiosa toledana, venerado en capilla lateral de la iglesia de los Jesuitas. Sabemos quien fue su autor, el hermano jesuita Domingo Beltrán de Otazu, de origen vasco, que viviría muchos años en la provincia jesuítica de Toledo. Cuando decide ingresar en la orden ya era escultor cotizado y por mediación de San Francisco de Borja lograría marchar por un año a proseguir sus estudios en Roma, de ahí su clasicismo. El Cristo toledano es figura de cuerpo esbelto, pero seco y enjuto, con un espléndido tratamiento de anatomía y un dramatismo que impregna la figura y se concentra en el trágico rostro. Acompañan a este Cristo dos figuras que no queremos pasar por alto. La escultura del Hermano Beltrán está flanqueada por una Virgen Dolorosa y un San Juan, que son figuras típicas del siglo XVIII y que podemos entroncar con el estilo de Narciso Tomé. Sus pliegues cortantes y aristados los podemos ver en las vestiduras de los ángeles del Transparente y sus rostros de cabellos recogidos a la altura del cuello, señalando la forma del cráneo, son típicamente tomesianos. Existe otra pareja de Virgen y San Juan, conservados hoy en la capilla de la Casa de Ejercicios, muy semejantes aunque de mayor calidad.

Del siglo XVII destacamos el que preside, desde el remate de la reja que divide la iglesia en dos zonas, la nueva capilla del convento de Jesús y María. Es pieza espléndida, de tamaño aproximadamente mitad del natural. Su anatomía está extremadamente cuidada y su rostro, de una gran belleza, transmite sobre todo serenidad. Si es pieza toledana, nos encontramos aquí con la obra de un escultor que urge descubrir, por la belleza y el tono de contención que fue capaz de transmitir a esta imagen pero, es posible también entroncarla con la escuela madrileña del XVII, que cuenta con excepcionales personalidades aun faltas de un estudio documentado.

A otro Crucificado de este siglo le consideramos, sin temor a

equivocarnos, una de las más bellas esculturas existentes en Toledo. Nos referimos al Cristo de la Expiración, que procesiona en las primeras horas de la madrugada del Viernes Santo. Recibe culto en capilla propia en el Monasterio de Madres Capuchinas. De tamaño casi natural, tallado en madera de cedro y sin policromar, muestra la tonalidad cálida de la buena madera; de anatomía enjuta, tremendamente expresiva, y cabeza caída sobre el costado, enmarcada por una corona de espinas que se ciñe al cráneo formando una especie de casco, disposición desconocida en la escultura española. Según reza una lápida de mármol en el muro de la capilla, fue donada al Monasterio por Don Pedro Antonio de Aragón, hermano del Cardenal Don Pascual de Aragón y sucesor suyo en los cargos de Embajador ante la Santa Sede y Virrey de Nápoles y, según antiguo documento del archivo del convento, éste lo recibió como regalo de la noble familia romana de los Colonna. Pocas emociones mayores, nos brinda la Semana Santa toledana que la contemplación del paso de esta figura, con su color de sombra, por algunas de las más bellas callejas toledanas, en el aire frío y seco de la madrugada del Viernes Santo. Tenemos constancia de que así lo vió desfilar el poeta García Lorca y fue tal su emoción, que hizo intención de dedicarle un poema que no sabemos si llegaría a realizar.

De los varios Crucifijos de marfil que guarda nuestra Catedral Primada, queremos dejar constancia de un Calvario que se conserva en los nuevos museos. Durante mucho tiempo estuvo colocado en la capilla de San Juan de la girola del templo. De origen también italiano, es un Cristo expirante, de potente anatomía, que cuelga de una cruz de ébano y bronce formando un espectacular conjunto. Muy posiblemente, con posterioridad, se le añadieron una serie de figuras de bronce, como la Virgen, San Juan y tres deliciosos angelillos cogidos en vuelo que, con cálices, recogen la sangre de manos y pies.

Magnífico es el Cristo de la Misericordia que desde hace pocos años, y con gran acierto, sale en procesión de la parroquia de Santa Leocadia en la tarde del Viernes Santo. Su carácter procesional es muy marcado. Debe ser obra de muy finales el siglo XVII. Es un Crucificado de cuatro clavos, de corona postiza, cruz de tronco y de un desnudo realista pero elegante. Por su contención y serenidad le iría bien el título de la Buena Muerte. En él, el dolor ya se ha alejado, quedan solo sus huellas, pero un halo de serenidad le envuelve.

Numerosísimos son los Crucificados que podemos asignar al siglo XVIII. Solo nos referiremos a tres de ellos muy representativos de la centuria y además de gran calidad. Típico del momento es un Crucificado que se conserva en la iglesia de El Salvador. Uno de los Crucificados, desgraciadamente anónimo, más bellos de este siglo existentes en la ciudad. Su estado de conservación es magnífico. Presenta un hermoso modelado anatómico e inclina su cabeza sin vida hacia el lado derecho, cayendo pesadamente sobre el pecho. Recuerda, por su corrección y elegancia, a los hermosos Crucificados de Luis Salvador Carmona, considerado hoy por algunos críticos el mejor imaginero español del siglo XVIII, y del que se conservan ejemplares en Torrijos y Los Yébenes.

Otro espléndido Cristo en la cruz, procedente de la capilla de la Escuela de Cristo de la desaparecida parroquia de San Juan Bautista, se conserva hoy en el monteño pueblo de Navahermosa donde imaginamos fue llevado después de la guerra civil. Allí se llevó junto con un espléndido retablo de Germán López que estuvo presidido por una pintura de la Soledad. La figura de este Crucificado pasaba por anónima e incluso se llegó a decir, peregrinamente, que era del imaginero granadino Alonso Cano. Estudiada últimamente con atención hemos llegado a la conclusión de que muy posiblemente se deba a las gubias de Germán López, el autor

del retablo. Encontramos en él una gran elegancia de proporciones, pero un estudio anatómico flojo, con un pecho dibujado al margen del natural. La cabeza, sin embargo, resulta espléndida, cogida en el momento de la expiración, con la boca reseca como acabando de pronunciar sus últimas palabras. Su mirada resulta ligeramente estrábica lo que le da un gesto de mayor realismo. Por lo demás, el tratamiento de cabello y barba, lo mismo que el tipo de facciones, están plenamente dentro de la órbita de este singular imaginero.

Y el último Cristo del que queremos hablar es también pieza insigne de la escultura toledana, formando con la Madre Dolorosa y San Juan uno de los conjuntos más logrados de la ciudad. Se conserva en la iglesia parroquial de San Nicolás, en la capilla de los Villarreales, y es obra de un curioso personaje, Giuseppe Antonio Vinacer o Finacer, que había nacido en la ciudad de Ortisei, en la zona de Las Dolomitas, en los Alpes italianos a mediados del siglo y que, no sabemos cómo ni por qué, aparece en Toledo en los últimos años de la centuria. La primera obra que hace para este Calvario es la figura de la Virgen Dolorosa que iba a ser titular de una Cofradía erigida en su honor en 1798. Vestida con túnica rosa y manto azul ultramar es imagen muy bella, de una gracia rebuscada y un tanto académica. Frente a ella, en complicada actitud, aparece San Juan vestido con túnica verde oscura y ampuloso manto rojo. El Crucificado es de factura académica, con un desnudo de formas atléticas. Abre los brazos ampliamente sobre la cruz y entre ellos deja caer la cabeza, de rostro doliente y amoratado. Es grupo sentido, que en la rica policromía del retablo que lo alberga y en la penumbra de la capilla, inspira al espectador devoto.

Vamos a adentrarnos ahora en otro momento del drama de la Pasión en el que la protagonista es otra, ya no es Cristo que ha muerto y ha finalizado su martirio, sino su madre, que tiene que



pasar el terrible trance de sostener el cadáver ensangrentado de su hijo entre sus brazos y apurar su soledad. El primero de los temas es el conocido por la Piedad, uno de los momentos más repetidos por los artistas del mundo cristiano en todas la épocas. Nosotros volvemos al convento de Madres Capuchinas a fijarnos solamente en una representación del tema. Se trata de un bajorrelieve incrustado en el mármol del altar del Cristo y que también podemos atribuir a Alessandro Algardi. En él se representa a la Virgen sentada sobre unas rocas bajo la cruz. El rostro, de riguroso perfil clásico, lo vuelve hacia el hijo. Sobre las rodillas sostiene el cuerpo de Cristo que en parte aparece recostado en el suelo. Sobre la superficie rugosa de las ropas de María destaca la belleza, blandamente modelada, del desnudo de Cristo, en el que su postura, con el suave abandono del brazo derecho y las piernas dobladas, evoca el recuerdo de la Piedad de Miguel Angel en el Vaticano.

El otro tema es el de la Soledad, la figura de la madre dolorosa que participa en la Pasión como protagonista de primera fila, junto a su hijo. La devoción a la Virgen de los Dolores es una de las más arraigadas en el mundo cristiano, la madre que ve morir al hijo y permanece firme, de siempre impresionó a las multitudes. Las imágenes de la Soledad abundan en las parroquias toledanas y en las iglesias y clausuras de todos los conventos. Son todas muy semejantes, en pie, con las manos entrelazadas en oración y los ojos bajos, de mirada perdida, sin ver, concentrados sólo en su infinito sufrimiento. A veces se comenta que todas son iguales, pero sostenemos, siguiendo al padre Ramón Cué al comentar la Semana Santa Sevillana, que quien esto opina no les ha mirado fijamente al rostro. Su expresión es siempre distinta, no hay dos iguales, unas son de rostro aniñado, otras mujeres maduras, otras se encierran casi violentamente en sí mismas y en otras su mirada resulta más acogedora. Sí es igual su vestido, túnica negra que casi siempre se suaviza

con una sobretúnica de encaje blanco, y gran manto negro que la cubre de pies a cabeza, más que vistiéndola, envolviéndola y arrojando su dolor. Nunca falta el corazón traspasado por los siete puñales. De los numerosísimos ejemplos nos vamos a centrar solamente en tres, la titular de la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad, de la parroquia de Santas Justa y Rufina que arranca del siglo XVII pero cuya imagen actual data del siglo XIX. Es figura que tiene su punto de partida en la Soledad que el escultor Gaspar Becerra esculpió, según tradición, para la esposa del Rey Felipe II, Doña Isabel de Valois, y que recibía culto en el desaparecido convento de Mínimos de la Victoria en la madrileña Puerta del Sol. Su fama fue enorme y esculturas y cuadros con su imagen se difundieron por gran parte de España. No sabemos quien fue el autor de la primitiva imagen de la Soledad toledana pero fue imagen muy venerada y tenida en gran estima por los fieles. Una prueba documental de ello la hemos localizado en el contrato de un retablo que en 1762 hacía el escultor y ensamblador, Germán López, para la villa de Illana, en Guadalajara. Se especificaba que recibiría culto en ese retablo una Soledad que había tallado Andrés Tomé, hermano del más conocido Narciso Tomé, a semejanza de la que recibía culto en la iglesia de Santas Justa y Rufina. Es una Virgen callada, arrodillada frente a la cruz, de la que ya ha desaparecido el cuerpo de su hijo. Ya no queda nada, solo ese fiero dolor que le atraviesa el corazón. Así, de esta manera, quieta, envuelta en un impresionante y respetuoso silencio, es como siempre sintieron el misterio del dolor de María las gentes de Castilla. Hoy en nuestras Semanas Santas, el andalucismo, más bien el sevillanismo, lo impregna todo, su manera de vestir las imágenes, su exquisito gusto a la hora de adornar los tronos se copian en España entera, pero aquí el dolor de María nunca se vio vestido de lujo y ataviado de preciosos encajes, nuestro sentir es otro, también hermoso, pero más interior, más seco.

Otra imagen de la Virgen de la Soledad se conserva en el coro alto del Colegio de Doncellas Nobles. Pertenece con toda probabilidad a la segunda mitad del siglo XVIII, y es otra Soledad que se mantiene en pie, las manos entrelazadas, el rostro ligeramente ladeado, los ojos bajos de los que caen unas lágrimas de cristal que reflejan la palidez de sus mejillas. Está ataviada, como es normal, con túnica negra que lleva delante un sobrestido blanco y manto también negro, todo ello bordado con exquisito gusto por la entonces colegiala Amparo de San Román y Fernández, madre del Dr. Rafael Sancho de San Román a quien todos conocemos. La finura de talla de esta imagen es muy grande, y ello nos lleva a sospechar que tras ella tenemos a un buen escultor. Ya hace tiempo, estudiando el panorama de la escultura toledana de estas fechas, se la atribuimos al escultor Mariano Salvatierra Serrano, escultor conocido fundamentalmente por sus obras en piedra para la Catedral, pero del que sabemos talló también la madera a la manera de los tradicionales imagineros españoles. Consta documentalmente que talló una imagen de la Virgen de los Dolores de vestir para la Cofradía del Cristo de la Humildad, que radicaba en San Juan de los Reyes y que, muy posiblemente, será alguna de las muchas que hoy se conservan en las iglesias toledanas.

Otra Soledad de este tipo, muy poco conocida, aunque está expuesta al culto, se conserva en la capilla mayor de la iglesia de San Cipriano. Es figura femenina que se sale también de lo corriente, sobre todo, por tener un rostro dolorido extrañamente individualizado, como si el escultor hubiese seguido un modelo real. Es una Virgen, con facciones de mujer ya adulta, contrariamente a lo acostumbrado que suelen ser facciones más bien de niña.

Y, un poco de pasada, vamos a mostrar otra Soledad de vestir existente en Madrid, pero tallada por un escultor toledano, que fue

especialmente venerada y famosa en el Madrid del siglo XIX, hasta el extremo que la propia reina Isabel II mandó que se le hiciese una copia. Nos referimos a una Virgen de la Soledad, también de vestir, que realizó el escultor Valeriano Salvatierra y Barriales, hijo de nuestro Mariano Salvatierra, con el que aprendió el oficio, y que llegaría a ser uno de los pilares del neoclasicismo español. El escultor no gozó de buena salud y los últimos años de su breve vida, moriría a los 47 años de edad, se vio aquejado de problemas de estómago que iba a curar a la villa de Ajofrín. La Soledad en cuestión fue tallada en cumplimiento de una promesa hecha en momento de agravamiento de su enfermedad en 1834. La imagen fue donada a la V.O.T. de los Servitas de la que el escultor era hermano y se trasladó a la iglesia de San Nicolás, en el antiguo Madrid de los Austrias, donde aun recibe culto. De tamaño menor que el natural, Salvatierra logró aquí una obra sentida y sincera. De rostro intensamente dramático, muestra sus manos abiertas en actitud singularmente expresiva.

Y para terminar, como ya anunciamos al comienzo, dada mi profesión y vocación de historiador, vamos a dar algunas pinceladas sobre tres grandes pasos que sacaba el Jueves Santo en procesión la Cofradía de la Santa Vera Cruz y el Santísimo Cristo de las Aguas que procedentes del antiguo convento del Carmen Calzado, se conservaban en la iglesia parroquial de la Magdalena, donde perecieron en la pasada guerra civil. La Cofradía era tenida por la más antigua de la ciudad ya que se tenía al propio Cid Campeador como su fundador. Las personas mayores de Toledo aun recuerdan la vistosidad de estos pasos y el difícil manejo de ellos por las estrechas calles de su recorrido. Los tres pasos, que no eran los únicos que se sacaban a la calle, eran la Cena de Cristo, Jesús camino del Calvario y la Elevación de Cristo en la Cruz.

La Última Cena era transportada por, al menos, doce hombres. En el centro llevaba una mesa a la que se sentaban en unos banquillos Cristo con once de sus apóstoles, ya que Judas, el traidor, iba sentado en un pequeño banquillo aparte. Las figuras, buscando un mayor realismo, iban vestidas con túnicas ceñidas a la cintura y manto. Sobre la mesa se podía ver un cáliz con la sagrada forma y todo tipo de objetos y viandas para la Cena Pascual.

El paso de Jesús camino del Calvario, popularmente conocido como la Verónica, debía ser de mayores proporciones ya que lo transportaban a hombros, por lo menos, dieciocho hombres. La escena era muy compleja se veía en él a Cristo Nazareno ayudado por el Cirineo, vestido con túnica natural, a llevar la cruz y a la Verónica, también ataviada con manto de seda natural, que portaba el sudario con el rostro impreso de Cristo. Cinco judíos ayudaban a componer la escena. Dos, que debían ser figuras infantiles, llevaban el escrito de la sentencia y las herramientas de la crucifixión. Las tres figuras mayores iban tocando una trompeta, amenazando a Cristo y tirando del reo con una larga cuerda.

El tercero era el mayor de los tres, eran necesarios para portarlo al menos veintidós hombres y tenemos testimonio oral de lo trabajoso y difícil que era el sacarlo a la calle. El tema del paso era la Elevación de la Cruz y la escena estaba formada por nueve figuras. Cristo en la cruz, el buen y mal ladrón colgados en sus respectivas cruces, un judío que portaba una gran horquilla para sostener el madero, otro que hacía intención de sostener su peso, otro que, al parecer, aparecía arrodillado en actitud de apalancar en un peñasco la cruz, y dos que iban izando la cruz con largas sogas. En la parte delantera del paso iba un personaje que nunca hemos visto aparecer entre las figuras de la Semana Santa, se trataba de Moisés que, en pie, portaba en una de sus manos las tablas de la ley y en la otra la

serpiente de bronce enroscada en una vara, que haría alusión al final de la antigua ley. Hemos tenido la fortuna de encontrar en los protocolos notariales del Archivo Histórico Provincial el contrato de este paso y gracias a ello conocemos muchos datos que imaginamos pueden valer para los otros dos pasos anteriores. El contrato se hizo ante notario, apareciendo de una parte los Padres Fray Felipe de Olivares y Fray Manuel de Paredes, carmelitas calzados de su convento toledano, y de otra el escultor Manuel de Corbias, que se declara vecino de la ciudad. El documento se firmaba el treinta de marzo de 1665 y el plazo para su entrega era de un año, debiéndose entregar al escultor la cantidad de mil ochocientos reales de vellón.

Con anterioridad a este paso sabemos, por el contrato, que había otro, pues se le permite al escultor usar los materiales que le sean provechosos del antiguo. Estos primitivos pasos se solían hacer con muchas figuras, de tamaño más bien pequeño, realizadas en cartón y trapo encolado lo que los hacía muy livianos a la hora de tener que sacarlos a hombros, pero tenían el inconveniente de su fragilidad. De ellos todavía se conserva en la ciudad de Valladolid el paso de la Borriquilla del Domingo de Ramos. De todos modos, en este nuevo que encarga el convento del Carmen también se concreta que los personajes solo tendrán tallado en madera, cabeza, manos y piernas y el cuerpo se haría de trapo encolado. Hay también detalles que nos indican hasta que punto eran figuras pintorescas, como, por ejemplo, que en los cascos de los judíos se debían de colocar grandes penachos de plumas. Cuando las procesiones terminaban, las imágenes recibían culto en altares de la iglesia y el resto de las figuras y material se almacenaban en determinados locales. La colocación de los pasos, que se debía realizar de nuevo todos los años, era labor costosa de la que se encargaba una persona entendida en la materia, normalmente un escultor. Tenemos noticias de cómo se

encargó de esta actividad durante muchos años el escultor Mariano Salvatierra y que incluso se hizo cargo de este cometido ya a la temprana edad de 16 años. Hombre, a lo que parece, de genio fuerte tuvo graves incidentes con la cofradía que salvó siempre por su especial habilidad en el cargo. También sabemos como restauró varias de las figuras del paso de la Elevación de la Cruz.

No queremos seguir adelante, ya hemos dicho al principio, que el tema era complejo, y en una breve conferencia sólo teníamos margen para esbozar unas pinceladas. Pero en una conferencia en que se habla de la Pasión de Cristo no podemos quedarnos solo en el capítulo de su muerte, hay un segundo capítulo, lleno de luz y de esperanza, el capítulo de la Resurrección. Por ello terminamos con este hermoso grupo de la Exaltación o Triunfo de la Santa Cruz, de un escultor contemporáneo de nuestro Mariano Salvatierra, que corona el presbiterio de la Capilla Real del palacio de Aranjuez, y que responde al mismo espíritu y a la misma estética de la Exaltación de la Cruz de Salvatierra que corona el retablo del Expolio en la sacristía de nuestra Catedral Primada.



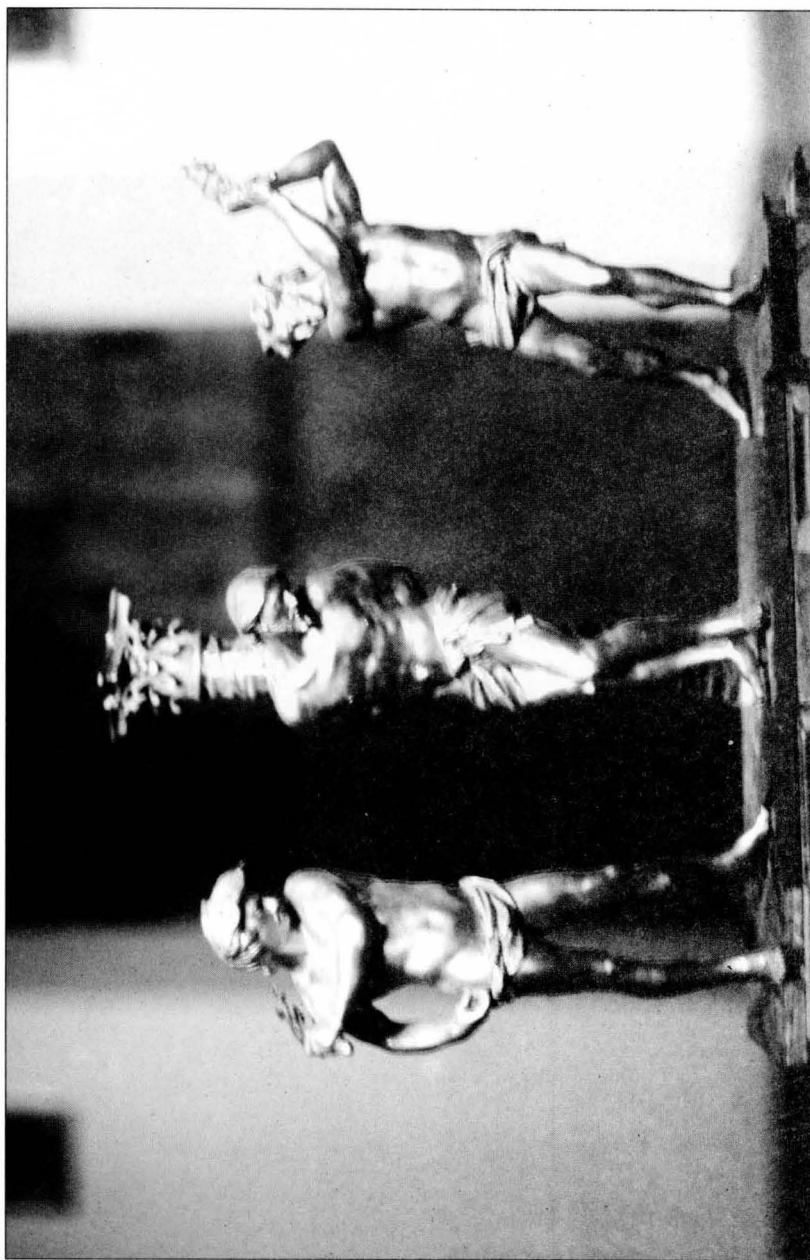


GERMÁN LÓPEZ: *Cristo con la Cruz*. Parroquia de Santa Leocadia. Toledo.





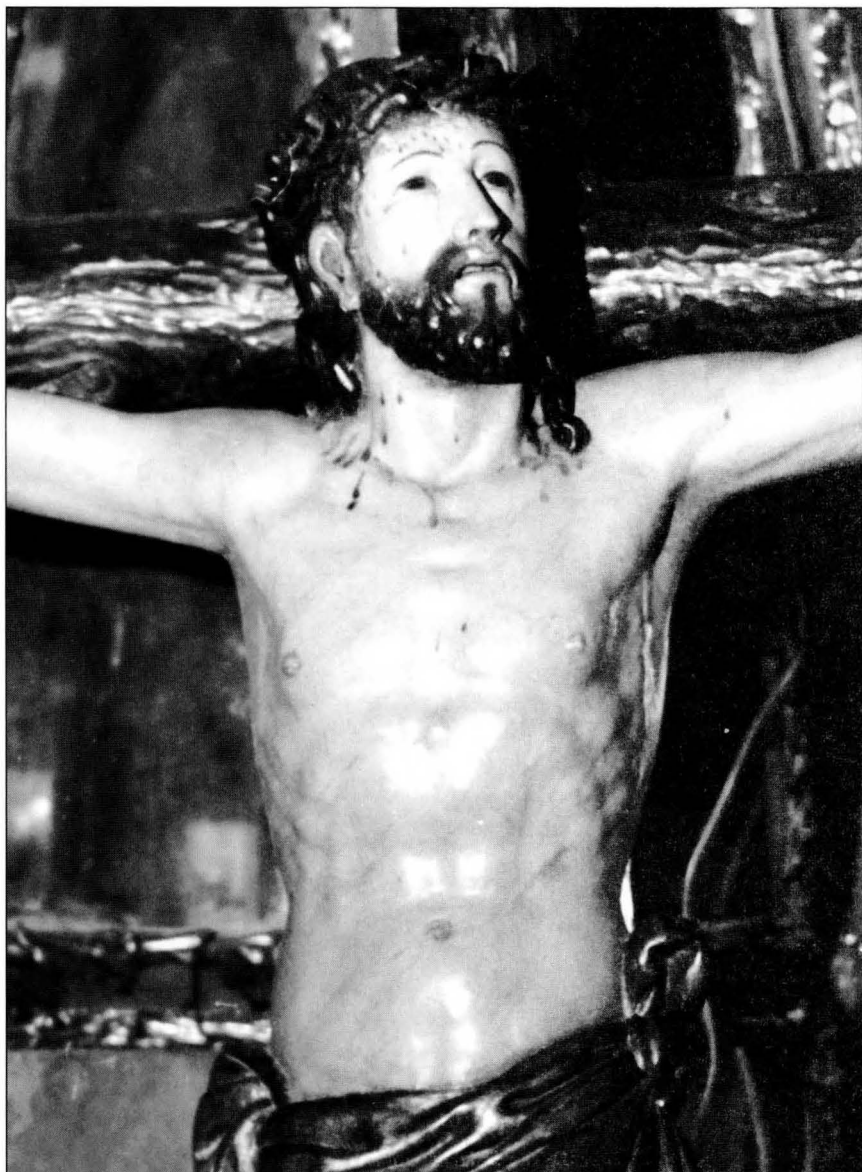
ALESSANDRO ALGARDI: *Cristo con la Cruz*. Madres Capuchinas. Toledo.



ALESSANDRO ALGARDI: *Flagelación*. Madres Capuchinas. Toledo.



ALESSANDRO ALGARDI: *Cristo flagelado*.  
Madres Capuchinas. Toledo.



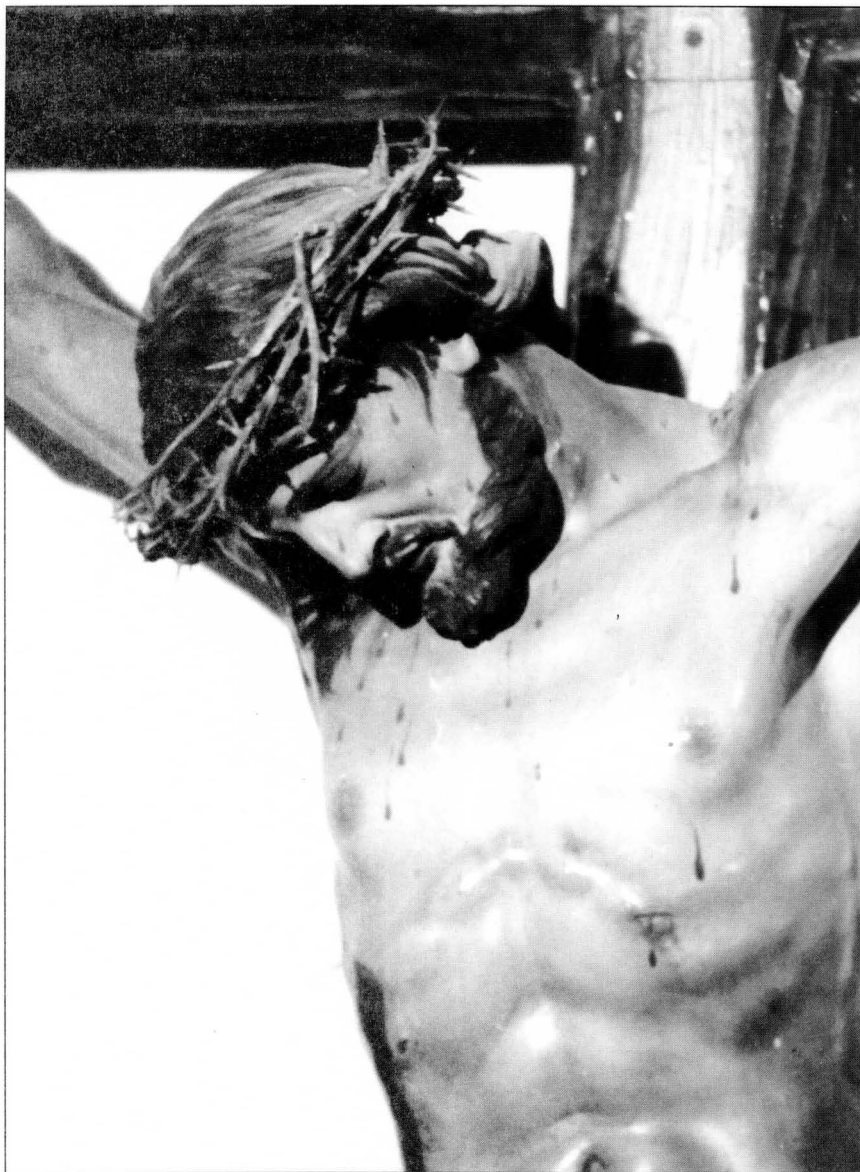
Anónimo. Siglo XVI. *Cristo en la Cruz*.  
Monasterio de San Antonio. Toledo.



Anónimo. Italiano, siglo XVII. *Cristo crucificado*. Madres Capuchinas. Toledo.



Anónimo. Siglo XVII. *Cristo en la Cruz*.  
Monasterio de Jesús y María. Toledo.



Anónimo. Siglo XVII. *Crucificado* (detalle).  
Parroquia de El Salvador. Toledo.



GERMÁN LÓPEZ (?). *Cristo en la Cruz.*  
Parroquia de Navahermosa (Toledo).





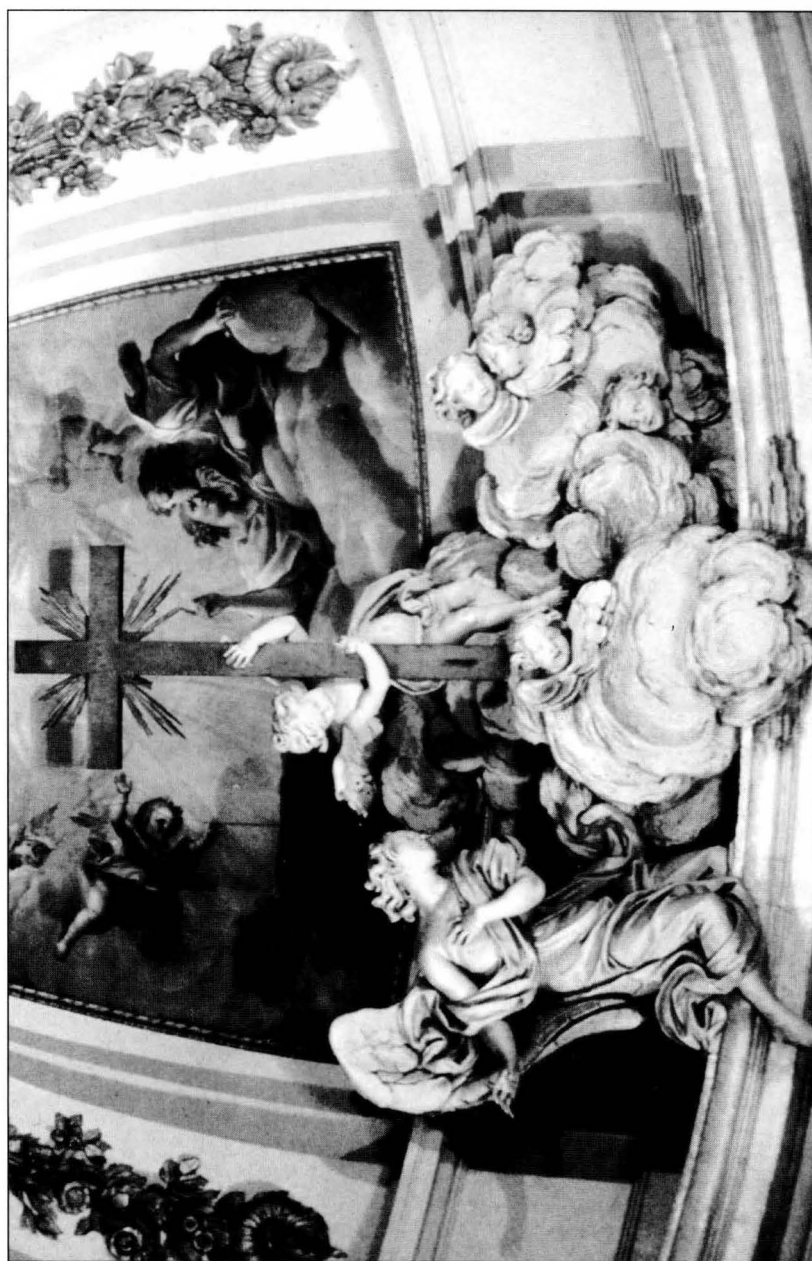
MARIANO SALVATIERRA (?). *Soledad*.  
Colegio de Doncellas Nobles. Toledo.



Anónimo. Siglo XVIII. *Soledad*.  
Parroquia de San Cipriano. Toledo.



JOSÉ ANTONIO FINACER. *Virgen Dolorosa*.  
Parroquia de San Nicolás de Bari. Toledo.



ROBERTO MICHEL. *Exaltación de la Cruz*. Palacio Real. Aranjuez.

## MEMORIA DEL CURSO 2001-2002

**LUIS ALBA GONZÁLEZ**  
**Académico-Secretario**

A lo largo del curso pasado esta Real Academia ha celebrado tres sesiones públicas y solemnes, dos extraordinarias, una sesión poética y un homenaje a Jacinto Guerrero, una serie de conferencias y las 18 ordinarias previstas en el calendario académico.

La primera de las sesiones públicas se celebró con motivo de la inauguración de curso, el día 7 de octubre de 2001.

Previa a la sesión, como se hace habitualmente, hubo una Eucaristía en la iglesia del Monasterio Cisterciense de San Clemente, concelebrada por los tres académicos numerarios Ilmos. Srs. D. Jaime Colomina Torner, D. Ramón González Ruiz y D. José Carlos Gómez-Menor Fuentes.

En el estrado acompañaban al Excmo. Sr. Director, D. Félix del Valle y Díaz, el Excmo. Sr. Consejero de Educación y Cultura D. José Valverde Serrano quien presidió el acto y los Ilmos. Srs. Dña. Lourdes Campos Romero, Decana de la Facultad de Humanidades; el Director General de Turismo, Comercio y Artesanía y Académico Correspondiente, D. Juan Berenguel Vázquez, el Rector del Seminario Mayor, D. Juan Miguel Ferrer Grenesche, y los académicos Censor y Secretario.

Abierta la sesión por el Sr. Consejero de Educación y Cultura, que presidía el acto, el Académico Secretario procedió a la lectura de la memoria del curso 2000-2001.

El discurso inaugural corrió a cargo del numerario Dr. D. Rafael Sancho de San Román, con el título «*Médicos de Toledo*».

A continuación se fue llamando al estrado a los nuevos Académicos Correspondientes, que fueron: por Madrid, D. Carlos Seco Serrano; por Barcelona, D. Pedro Voltes Bou; por Segovia, D. Alfonso de Cevallos-Escalera y Gila, Marqués de la Floresta; por Castillo de Bayuela (Toledo), D. Ángel Deza Agüero, y por Santa Cruz de la Zarza (Toledo), Dña. Amalia Avia Peña.

Después se entregó el premio «*Gonzalo Ruiz de Toledo*» a D. Manuel Pulgar Alonso, por la restauración de la casa de su propiedad, y la beca «*General Moscardó*», instituida por el súbdito canadiense Mr. Wardie, a los estudiantes universitarios D. Eugenio Serrano Rodríguez, Dña. Alicia Pérez Argés y D. Isidoro Castañeda Tordera.

Finalizó la sesión con unas palabras del Consejero de Cultura agradeciendo la presidencia del acto y estimulando a la Academia a seguir en su labor de investigación, divulgación y preservación del patrimonio de la ciudad.

La segunda sesión pública tuvo lugar el 1 de diciembre de 2001 con motivo del IV Centenario de la publicación de la primera edición de la «*Historia General de España*» del Padre Juan de Mariana, desplazándose la Academia a la ciudad de Talavera de la Reina, en cuyo teatro Victoria se celebró, presidida por el Sr. Director, acompañado por los Académicos Censor y Secretario, y el Ilmo. Sr. Alcalde de Talavera, D. José Francisco Rivas Cid, quien abrió la sesión con unas palabras de bienvenida y haciendo ver cómo el Padre Mariana fue un hombre de nuestro tiempo y un «*talaverano de la Puerta de Cuartos, que siempre llevó su cuna con orgullo*».

A continuación intervinieron los siguientes señores: el Correspondiente en Talavera D. José M.<sup>a</sup> Gómez Gómez, que habló sobre «*La familia del Padre Juan de Mariana*».

D. José Isidoro García de Paso Gómez, profesor titular de la Complutense, que abordó el aspecto económico de la época, con el título «*La Teoría Monetaria del padre Juan de Mariana*».

D. Juan Francisco Peñalver Ramos, profesor de E.S. de Geografía e Historia, que expuso el tema «*El Padre Juan de Mariana en la Talavera del siglo XIX*».

D. Hilario Rodríguez de Gracia, Correspondiente en Toledo, presentó su trabajo «*Juan de Mariana y sus editores*». Y en último lugar el Numerario D. José Carlos Gómez-Menor Fuentes, que disertó sobre «*La edición de la Historia de España, su significación y trascendencia*».

Cerró el acto el Sr. Director glosando la figura del ilustre jesuita.

Levantada la sesión, todos los asistentes se trasladaron al monumento a Mariana, donde el Director y el Alcalde de la ciudad depositaron una corona de laurel al pie de la estatua.

La tercera de las sesiones públicas se celebró el 21 de abril de 2002 en conmemoración del 356 Aniversario de la muerte de Cervantes, conjuntamente con la Sociedad Cervantina.

La presidió el Sr. Director, acompañado por la Ilma. Sra. Viceconsejera de Educación y Cultura, Dña. Elisa Romero Fernández-Huidobro; el Excmo. Sr. General Jefe de la II Zona de la

Guardia Civil, D. Juan Carlos Rodríguez-Búrdalo; el Presidente de la Sociedad Cervantina, Académico Correspondiente D. José Rosell Villasevil; la conferenciante, Dña. Isabel Cano Ruiz, y los Académicos Censor y Secretario.

Presentó el acto el Sr. Director, glosando el mismo y exponiendo el currículum de la conferenciante que le iba a seguir en el curso de la palabra, Dña. Isabel Cano Ruiz, quien habló sobre «*El Derecho en el Quijote*».

Terminada su conferencia, intervino D. José Rosell Villasevil, que habló sobre «*Cervantes y el entierro del conde de Orgaz desde la poética de Félix del Valle*».

Cerró la sesión el Director con unas sentidas palabras.

Las dos sesiones extraordinarias tuvieron lugar, la primera el 6 de noviembre de 2001 para la elección de Depositario-Contador y Depositario-Contador segundo, siendo reelegidos los Numerarios Ilmos. Srs. D. Guillermo Santacruz Sánchez de Rojas y D. Juan José Gómez-Luengo Bravo. Y la segunda el 5 de febrero de 2002 para la elección de Vicesecretario, saliendo elegido, previa votación correspondiente, el Numerario Ilmo. Sr. D. José Luis Isabel Sánchez.

La sesión poética en homenaje a Garcilaso tuvo lugar el 12 de mayo de 2002, dedicándose este año al fallecido poeta toledano Juan Antono Villacañas.

Presidió el Director, acompañado por la Ilma. Sra. Viceconsejera de Educación y Cultura, así como por Dña. Fina de Calderón, Correspondiente en Madrid, Dña. Eduarda Moro, Dña. Beatriz Villacañas y D. Juan Carlos Rodríguez Búrdalo, junto con el Académico Censor.



Abrió la sesión el Director expresando un entrañable recuerdo a Juan Antonio Villacañas, dando a continuación la palabra al Numerario Ilmo. Sr. D. José Miranda Calvo, que realizó la única intervención en prosa.

Después fueron ocupando sucesivamente el podium Dña. Fina de Calderón, Dña. Eduarda Moro, Dña. Beatriz Villacañas –que agradeció con emocionadas palabras el recuerdo de la Academia a la figura de su padre–, D. Juan Carlos Rodríguez Búrdalo, el Numerario D. Guillermo Santacruz Sanchez de Rojas y el Sr. Director.

Terminada la sesión, todos los asistentes se trasladaron al monumento a Garcilaso, ante el cual Dña. Fina de Calderón recitó uno de sus poemas, colocando, junto con el Director, un ramo de flores al pie de la estatua del poeta.

Con el Cabildo Catedralicio, Ayuntamiento, Diputación, Conservatorio Jacinto Guerrero y Fundación Jacinto e Inocencio Guerrero, esta Real Academia organizó un homenaje al célebre músico en el L Aniversario de su muerte, que tuvo lugar el 20 de noviembre de 2001 en el Teatro de Rojas, interviniendo, entre otras personas, el Sr. Director junto con los Numerarios Srs. Colomina y Miranda.

Durante los días 16, 17 y 18 de octubre de 2001, conjuntamente con la parroquia de Santo Tomé, se desarrolló en esta Salón de Mesa un ciclo de conferencias en «*Homenaje a D. Gonzalo Ruiz de Toledo, conde de Orgaz*», con la intervención del Numerario Ilmo. Sr. D. Ramón González Ruiz, que habló sobre «*La iglesia de Toledo en tiempos de D. Gonzalo*».

Acerca de «*Los privilegios reales otorgados a D. Gonzalo*»,

habló D. Gonzalo Crespí de Validaura, conde de Orgaz, y cerró el ciclo el Correspondiente M. Pierre Molenat, con su exposición sobre «*D. Gonzalo y el mozarabismo toledano en la transición del siglo XIII al XIV*».

La última conferencia celebrada en la sede de esta Academia tuvo lugar el 7 de abril del presente año, bajo el título «*Poética de las Cigüeñas Blancas*», pronunciada por el Correspondiente en Talavera D. Ángel del Valle Nieto.

## **ACTIVIDADES DE LA ACADEMIA**

En las dieciocho sesiones ordinarias celebradas a lo largo del curso se trataron numerosos asuntos, de entre los cuales destacan los siguientes.

Esta Real Academia acordó sumarse al homenaje al fallecido poeta toledano Juan Antonio Villacañas, celebrado en el Teatro de Rojas, con la participación de los Académicos Numerarios Srs. Miranda, Sancho y del Valle.

Se envió a los Directores de todas las Reales Academias asistentes al congreso de Valencia el dossier relacionado con las obras de restauración de la mezquita del Cristo de la Luz, incluidos los informes de la Historia y Bellas Artes de San Fernando.

En colaboración con la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Comunidades, se editaron los CD ROM con todos los trabajos de Toletum desde su aparición hasta el año 2000 incluido.

La Academia intervino activamente, como lo había acordado y

propuesto, en la organización de la exposición del pintor Arredondo, patrocinada por Caja Castilla la Mancha y con la colaboración de la Junta de Comunidades, siendo comisario nuestro Director junto con D. José Pedro Muñoz Herrera, teniendo un notable éxito.

En la sesión ordinaria del 22 de enero fue leída una carta del Ilmo. Sr. Don Juan Nicolau Castro presentando su renuncia irrevocable como Numerario, al no poder colaborar debidamente con esta Academia por incompatibilidad con su actual horario de trabajo, solicitando ser pasado a Correspondiente. Fue aceptada.

A finales de curso la Academia efectuó las siguientes visitas. El 4 de junio a la Puerta del Vado, correspondiendo al arqueólogo Sr. Ruiz Taboada y al Director de la Escuela Taller, Sr. Fernández Layos, dar las explicaciones sobre los trabajos allí realizados y descubrimientos habidos. El 11 de junio se visitó la Capilla de los Franco, siendo guiados por el Sr. Fernández Layos. El siguiente día 12 se efectuó una visita a la iglesia parroquial de Polán, con la asistencia de la Correspondiente en el pueblo Dña. Ana María de Corcuera y Hernando; durante la misma se observaron unos frescos aparecidos en las obras de restauración, sobre los que posteriormente se emitiría informe; fue acordado constara en acta el agradecimiento de la Academia por la buena acogida dispensada por dicha Académica. Por último, el 13 de junio se desplazaron varios Académicos a la antigua Casa de la Moneda para ver la restauración en ella realizada.

## **NOMBRAMIENTOS Y DISTINCIONES**

En la última sesión ordinaria se efectuó la votación de propuestas para Académicos Correspondientes, resultando elegidos:

En Madrid:

- D. Rafael Alonso Alonso
- D. Gonzalo Crespí de Valldaura y Bosch-Labrús
- D. Antonio Delgado Raja
- D. José López Martínez
- D. Manuel Moraleda Benítez
- D. Celedonio Perellón Cardona

En Italia:

Dña. Paloma Gómez Borrero

En Sevilla:

D. Joaquín Núñez Fuster

En Las Palmas de Gran Canaria:

D. Sebastián Sosa Álamo

También se acordó conceder el «*Premio Gonzalo Ruiz de Toledo*» al Consejo Consultivo de Castilla-La Mancha por la restauración de su sede en la calle Núñez de Arce, conocida como «Casa de la Moneda».

## **MOCIONES, COMUNICACIONES, INFORMES Y PROPUESTAS DE SRS. ACADÉMICOS**

Informe del Sr. Director acerca de su asistencia, acompañado por el Numerario Sr. Gómez-Luengo, al 11 Congreso de Reales

Academias celebrado en Valencia, que fue ampliada más adelante por dicho Académico.

Del Sr. Aguado sobre repinte de letras en la lápida con el recuerdo del nacimiento de Garcilaso.

Del Sr. Leblic sobre sesión en Oropesa con motivo de la canonización del beato Alonso de Orozco.

Del Sr. Gómez-Luengo sobre pintadas aparecidas en la escultura de Alberto del paseo de Merchán.

Del Sr. Alba sobre un caso similar en el monumento al Greco del paseo del Tránsito.

Del Sr. Camarero acerca de un tipo de cactus extendido por el cerro de la Virgen de la Cabeza y cuya problemática ya fue tratada hace años por el Numerario Sr. Martín Aguado.

Del Sr. Aguado sobre solería en San Pedro Mártir.

De los Srs. Colomina y Arellano sobre propuesta de traslado de la estatua del Emperador desde el patio de armas de la Puerta de Bisagra a la rotonda ajardinada delante de la misma, informe complementado con otro del Sr. Alba acerca de una posible colocación de las estatuas de reyes godos y castellanos a ambos lados de la carretera de Madrid antes de llegar a la citada rotonda.

De los Srs. Santacruz y Gómez-Luengo sobre las obras de restauración en la mezquita del Cristo de la Luz.

Del Sr. Aguado sobre azulejo en el antiguo convento trinitario de Toledo.

Del Sr. Izquierdo sobre el proyecto de construcción de un parque eólico en Sierra Ancha y su proximidad al yacimiento arqueológico de Ciudad de Vascos.

Del Sr. Aguado acerca de la solería de la Biblioteca de la Catedral y sobre el nuevo solado de la calle Sillería.

## ACTIVIDADES SRS. ACADÉMICOS

### PUBLICACIONES

Han publicado libros o trabajos en diferentes medios los siguientes Académicos:

*Numerarios:* Srs. De Valle, Colomina. Gonzálvez, Isabel, Izquierdo, Moreno Nieto y Porres.

*Correspondientes:* Srs. Andrés, Arias de la Canal, Benito de Lucas, Fina de Calderón, Calvo Manzano, Cviró, Cevallos-Escalera, Cunas, Deza, Fernández Pombo, Dorado, Franco, Gallego Morell, García y García, Gómez Mampaso, González Ollé, Gutiérrez García-Brazales, Jiménez de Gregorio, Junquera-Early, López Pita, Madroñal, Márquez, Martínez Baeza, Martínez Mena (Antonio), Muñoz Ruano, Naudin, Palomino, Pavón Maldonado, Del Puerto Almazán, Ridruejo, Ríos, Rodríguez de Gracia, Sánchez Doncel, Sánchez Granjel, Del Valle Nieto, Vázquez Fernández y Weiner.

### CONFERENCIAS

Las han pronunciado los siguientes Académicos:

*Numerarios:* Srs. Del Valle, Colomina, Gonzálvez, Isabel, Izquierdo, Miranda y Porres.

*Correspondientes:* Srs. Andrés, Benito de Lucas, Fina de Calderón, Calvo Manzano, Cviró, Currás, Deza, Fernández Pombo, Franco, García García, Junquera-Early, López Pita, Madroñal, Mena (Antonio), Naudin, Del Puerto Almazán, Ridruejo, Ríos, Rodríguez de Gracia, Rosell, Del Valle Nieto, Vázquez Fernández y Weiner.

## EXPOSICIONES, CONCIERTOS Y RECITALES

Los han efectuado los siguientes Académicos:

*Correspondientes:* Srs. Calvo-Manzano, Cruz Marcos, Junquera-Early, María Puebla y Mena (Antonio).

## OTRAS ACTIVIDADES

(Simposiums, intervención en proyectos, miembros de comités científicos, cursos de verano, congresos, seminarios, másters, miembros de tribunales y jurados, pregones, coordinación y presentación de libros, recitales, directores de cursos y excavaciones, comisarios de exposiciones, programas de TV., mesas redondas, ponencias, colaboraciones y asesorías artísticas.

Han participado los siguientes Académicos:

*Numerarios:* Srs. Alba, Camarero, Colomina, Gómez-Luengo, Gonzálvez, Izquierdo, Leblic, Miranda, Moreno Nieto, Porres, Santacruz y Del Valle y Díaz.

*Correspondientes:* Srs. de Armas, Benito de Lucas, Caviro, Cruz Marcos, Currás, Deza, Fernández Pombo, Franco, Maldonado, Mena (Antonio), Pavón, Rosell y Vázquez.

## TÍTULOS, GALARDONES, DISTINCIONES Y NOMBRAMIENTOS

Los han recibido u obtenido los siguientes Académicos:

*Numerarios:* Sr. Gómez-Luengo: miembro del Consorcio del Real Patronato de Toledo, propuesto por el pleno de esta Academia.

Sr. Sancho, Académico Correspondiente en Toledo de la Real de la Historia de Madrid.

Sr. del Valle y Díaz, vocal de la Comisión de seguimiento de obras de la Catedral.

*Correspondientes:* Sra. de Armas: Diploma de Honor de la Asociación Cultural Peña el Rodense; Comendadora de Las Palmas Académicas con placa de mérito de la muy ilustre Academia de las Ciencias y Tecnología de Valencia.

Sra. Avia Peña: Hija predilecta de Santa Cruz de la Zarza (Toledo). Lleva su nombre el Centro Cultural en el mismo pueblo, inaugurado en abril de 2002.

Dña. Fina de Calderon: Premio Alcaraban Encomienda de número de la Orden de Isabel la Católica. Comendador de la Orden del Mérito del Gran Ducado de Luxemburgo.



Sra. Calvo Manzano: Académica de la Música.

Sr. Cevallos-Escalera, Marqués de la Floresta: Gran Oficial de la Orden Nacional de Quetzal de Guatemala; Caballero de la Legión de Honor de Francia; Comendador de la Orden de Isabel la Católica y Premio Flandes 2001 de la Academia Belga-Española de Historia.

Sra. Corcuera: Diploma de Honor (provincial) de la Asociación Folklórica Cultural «Castillo de Guadamur».

Sra. Currás: homenaje de la Sociedad Alemana de Científicos de la Información y Prácticas, entregándosele Insignia de Oro; Profesora Honoraria de la Sociedad de Estudios Internacionales de Madrid, 2002; Vicecensora de cuentas de ISIKO-Internacional, Granada 2002.

Sr. Domínguez Tendero: Hijo Predilecto de Consuegra.

Sr. Gallego Morell: Medalla de Honor 2001 de la Fundación Rodríguez Acosta, de Granada.

Sr. García y García: reelegido miembro del Pontificio Comité de Ciencias Históricas del Vaticano.

Sra. Gómez Mampaso: Diploma a la «Excelencia Docente» curso 2001-2002 de la Universidad Autónoma de Madrid.

Sr. Jiménez de Gregorio: Hijo adoptivo de Alcaudete de la Jara (Toledo) y titulación con su nombre de la Casa de la Cultura de dicha Villa.

Sr. Madroñal: profesor titular de la Universidad de las Islas Baleares; Premio Rivadeneira de la Real Academia Española.

Sr. María Puebla: Caballero de la Real Hermandad de Caballeros de San Fernando y de la Orden Sereníssima de la Alquitara de Portomarín (Lugo).

Sr. Martínez Baeza: miembro correspondiente del Instituto Histórico Geográfico Brasileño y de las Academias de la Historia de Bolivia y Colombia, y de la Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de la Argentina; reelegido Presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Sr. Muñoz Ruano: Vicepresidente de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Madrid.

Sr. Ridruejo: Profesor Emérito del Departamento de Psiquiatría de la Universidad Autónoma de Madrid.

Sra. Ríos: miembro de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles.

Sr. Rodríguez de Gracia: Correspondiente de la Real Academia de la Historia en Toledo.

Sr. Sánchez Granjel: Académico Electo de la Real y Nacional de Medicina de Madrid.

Sr. del Valle Nieto: Doctor en Farmacia con su tesis «La Farmacia en la Poesía, dos generaciones, la del 98 y la del 2, y dos poetas, León Felipe y Federico Muelas». Beca «Agustinas», con ocasión del Centenario del Colegio Sagrados Corazones de Talavera de la Reina.

## NECROLOGÍA

Al final de esta Memoria dedicamos nuestro recuerdo a los Académicos fallecidos a la largo del Curso pasado.

Mrs. Beatrice Gilman Proske, Correspondiente de esta Academia en Nueva York desde 1952 y fallecida a los 102 años. Gran experta en escultura del Renacimiento y Barroco españoles. Vinculada durante medio siglo a la Hispanic Society como catalogadora de libros de arte y conservadora del Departamento de Escultura.

El Ilmo. Sr. D. Ramón Fernández-Canivel y Toro, Correspondiente en Granada desde 1989 y fallecido a la temprana edad de 46 años. Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras, Procurador de los Tribunales y Presidente del Consejo de Administración de Laboratorios Fernández y Canivel S. A., preparadores del «Ceregumil». Estudió profundamente los fondos documentales relativos a Toledo en la Real Chancillería de Granada.

El Excmo. Sr. D. Gregorio Marañón Moya, Correspondiente en Madrid desde 1979. Dr. en Derecho, Embajador de España, Director que fue del Instituto de Cultura Hispánica, Premio Mariano de Cavia en 1972.

He dejado en último lugar para el recuerdo a dos Académicos muy unidos a esta Academia, aunque sólo fuera por su cercanía física. El Correspondiente en Consuegra desde 1988 D. Francisco Domínguez Tendero, Paco, distinguido cinco meses antes de su fallecimiento, como hemos recordado, con el título de Hijo Predilecto de su ciudad, de la cual también era Cronista Oficial. Creador de la «Fiesta de la Rosa del Azafrán», hoy día una de las

más populares de esta Comunidad y declarada de Interés Turístico. La provincia de Toledo ha perdido uno de los hombres que por su bonhomía, su sencillez y su entusiasmo siempre será recordado, habiendo perdido esta Academia a uno de sus miembros más entrañables.

Y hace casi dos meses se producía la muerte de un Ilustre Académico Numerario, D. Gonzalo Payo Subiza, miembro de esta Real Corporación desde 1976. Su discurso de ingreso versó sobre «*Los terremotos en Toledo y en la Meseta Central*». Dr. Ingeniero Geógrafo, Director que fue del Observatorio Geofísico de esta ciudad, ocupó importantes cargos políticos, desde Presidente de la Junta de Comunidades a Diputado en las Cortes de Castilla-La Mancha, cargo este último que ostentó hasta el final de sus días. La actividad pública no le impidió actuar en el campo de la pintura, de la literatura y de la poesía; colaborador en la prensa diaria y ensayista.

Su primer libro de poesía, titulado «*Ensueños*», apareció hace medio siglo, en plena y exultante juventud, prologado por el inolvidable Clemente Palencia. Le siguieron «*Debajo de silencio*», escrito conjuntamente con su padre; «*La herencia fenicia*», donde selecciona sus artículos periodísticos; «*La tenaza*», libro de narrativa, premio Ateneo de Sevilla 1984; «*Al caer la tarde*» (Poemas de Amor y Muerte); «*Paisaje interior*», en la colección Ulises y «*La Edad Temprana*», aparecido el año pasado.

Termino con las últimas estrofas de su poema «*Este silencio vivo*», que figura en unos de los libros antes mencionados:

*Yo nunca estaré solo en esta tierra  
de la que soy cautivo.*

*En esta tierra castellana y seca  
el silencio está vivo  
lleno de luz, de pájaros y flores  
y lejanos ladridos  
que se funden en cálida armonía  
con el blando susurro de las hojas  
de los chopos, los cardos y los pinos.*

*Cuando yo muera quiero que me dejen  
donde pueda escuchar estos sonidos,  
que viven en el aire de mis campos  
que son el campo mismo.*

*Cuando yo muera, dejarme en compañía  
de este silencio vivo.*

